

DE ARUNDA A RUNDA. APROXIMACIÓN AL POBLAMIENTO ALTOMEDIEVAL DE RONDA A TRAVÉS DE UNA SISTEMATIZACIÓN DE SU CERÁMICA

ADVERTENCIA

El trabajo que se publica ahora, fue redactado en 1999 como memoria de licenciatura (tesina), y defendido el mismo año ante un tribunal compuesto por los Drs. Antonio Malpica, Manuel Acién y Pedro Aguayo en la Universidad de Granada.

Su temática principal es el estudio de una muestra de cerámica medieval procedente de excavaciones de Ronda ciudad, suponiendo la primera vez que se abordaba algo así con la intención de caracterizar la secuencia altomedieval de la ciudad, prácticamente desconocida hasta entonces. Por esta razón, por ser la cerámica el centro de atención, hemos querido mantener los planteamientos que apoyaban el discurso, que tomados en su conjunto es lo que le da coherencia, si bien algunos de ellos se han visto enriquecidos y corregidos con posterioridad.

INTRODUCCIÓN

El origen del trabajo que presentamos debe inscribirse como resultado de la puesta en marcha de toda una dinámica de investigación histórica que, basada esencialmente en el registro arqueológico como fuente principal de conocimiento, se viene desarrollando en la ciudad de Ronda y en su Depresión natural desde hace más de veinte años.

La razón de optar por la metodología arqueológica como medio para reconstruir el proceso de una parte importante de la historia de la ciudad, considerada como caso específico de asentamiento, estuvo motivada, en sus comienzos, por la formación de los investigadores responsables y la finalidad con la que nació un proyecto de investigación centrado en la Prehistoria Reciente*.

Pero la sistemática aparición de restos de otras épocas, sobre todo medievales, unida a la escasez relativa de otro tipo de documentos con los que tradicionalmente se asociaban tales períodos, terminó provocando la ampliación de la problemática histórica del territorio hacia otras parcelas de conocimiento*.

Esto, se materializaría en un interés mejor programado, destinado a conocer, primeramente, la evolución histórica de la ciudad y de su diálogo con su área de influencia, que ha venido dando excelentes resultados, no siempre acordes con las visiones tradicionales que hasta entonces se tenían. Pero al mismo tiempo que se corregían determinados desajustes, bastante incrustados, a veces, en las mentalidades, iban surgiendo nuevas incógnitas de difícil solución, referidas, fundamentalmente, a períodos de transición, para los que apenas se contaban con datos.

Es uno de esos momentos el que intentamos traer a colación aquí: el del tránsito de la Antigüedad Tardía a la Alta Edad Media y, concretamente, el lugar que ocupa Ronda en esa dinámica. Aunque este propósito para nada es ambicioso, ya que nuestro interés se centra en el análisis de unas circunstancias acaecidas en un lugar y momento concretos que, forzosamente, sólo nos puede ofrecer una visión parcial de los acontecimientos: aquéllos que afectaban directamente la ciudad de Ronda. De esta manera, nuestra pretensión no va más allá del intento por conocer, familiarizarnos y poner en orden unos elementos de la cultura material que nos sirvan de ayuda para llevar a cabo el deseo inmediato de estudiar un territorio y su po-

blamiento altomedieval en un espacio geográfico mayor, como es el de la Serranía de Ronda.

De partida, el trabajo se ha visto favorecido por el diferente grado de desarrollo que ha ido cobrando la investigación, debido al auge de la arqueología de emergencia, sobre todo urbana, posibilitando que se vaya contando con una cantidad de datos, cada vez mayor, que, aunque desgraciadamente pertenezcan casi en exclusiva a la ciudad, constituyen, ya de por sí, una sólida base sobre la que poder plantear hipótesis de trabajo que sólo una observación más extensiva, volcada sobre el territorio, nos permitirá corroborar o desestimar, según el caso.

Y en este cuerpo de datos, la cerámica juega, como en otras tantas ocasiones, un papel protagonista, al convertirse en el útil director que más fiabilidad ofrece a la hora de acercarnos al problema. La razón de esto ya la apuntábamos más arriba: la práctica carencia de documentos escritos sobre la época, que convierten a los restos cerámicos en la mejor, y casi única, fuente histórica de que disponemos para reconstruir un pasado lleno de contradicciones.

Así las cosas, y al ser éste el primer estudio que aborda la cerámica medieval de Ronda, la tarea más imperiosa que teníamos que realizar debía consistir en un trabajo comparativo que sirviera para determinar cuáles elementos de aquella nos acercaban al momento que pretendemos investigar. Por ello, lo que finalmente hemos llevado a cabo no puede considerarse como una tipología, en el sentido tradicional del término, que implique una definición de los tipos como propios. Nuestra intención se debe interpretar más bien como un intento de sistematización de un conjunto de formas que comparten entre sí unas características comunes.

Para realizar un agrupamiento inteligible y convencional de ese conjunto, se ha preferido destacar, por un lado, uno de los atributos que atienden a las formas de producción, como es el tipológico, y por otro, y supeditado al anterior, un rasgo funcional, caracterizado por una definición tradicional de los tipos, aunque sea muy difícil establecer una divisoria entre dos categorías polivalentes que, además, se interrelacionan.

Con esta aparente simplicidad, sólo a medias, pues cualquier estudio sobre cerámica resulta ya en su definición complejo, no hemos querido, en lo posible, desviar la atención haciendo de la cerámica un problema en sí mismo, pues nuestro objetivo no es resolver cuestiones a estos niveles, más cercanos a la voluntad de hacer una tipología. Sin embargo, conforme avanzaba el trabajo, sí que han empezado a plantearse algunas cuestio-

nes referidas a los tipos o a las técnicas, que será conveniente tratar con posterioridad, en cuanto dispongamos de mayores elementos de juicio, ya que podrían suponer una interesante contribución al conocimiento de la cerámica medieval, en general, de la zona suroccidental de al-Andalus, que todavía cuenta con un grado de desarrollo muy diferente al alcanzado en otros lugares.

De momento, sólo nos hemos detenido en la cerámica de Ronda, reiterando en nuestra intención de utilizarla como nivel básico para plantearnos preguntas y esbozar contestaciones de mayor alcance.

Por tanto, el presente trabajo es, como podrá verse, el primer paso, de los muchos que se están dando y que aún nos quedan por dar, en un camino que ya hemos iniciado y que esperamos, como así parece, esté lleno de respuestas, al menos las suficientes, para la mayor parte de las cuestiones que ahora sólo podemos plantear como hipótesis.

LOS ANTECEDENTES

La historia de la ciudad de Ronda en los primeros tiempos medievales ha estado, como en otros muchos casos en la historiografía española, más cercana al mito y la leyenda que basada en hechos fehacientes.

La tradición decimonónica de buscar un pasado clásico a las ciudades como fórmula de prestigio, centralizó el interés por encontrar vestigios de esta época que pudieran ser utilizados como pruebas concluyentes. Esto se hizo desatendiendo otros períodos, aparentemente más claros por contar con edificaciones aún en pie y dispersas por la ciudad, incurriéndose por ello, y muy a menudo, en el error de considerar restos de dudosa procedencia como los que debieron construirse en tiempos de Viriato.

Ni que decir tiene que, en esta problemática, el tema de las transiciones supusiera un escollo de segundo o tercer orden, al verse como algo sobrentendido. Esto se observa bien en algunos de los intentos de escribir una historia completa de Ronda que se llevaron a cabo a finales del siglo XIX y comienzos del XX (MORETI, 1867 y LOZANO, 1905). En ellos, mientras que para justificar la existencia de un municipio romano en el solar rondeño, se echa mano de hallazgos de lápidas e inscripciones, posiblemente falsas, así como a los textos clásicos, y para narrar el “período sarraceno”, se recurren a éstas últimas fuentes y a los referentes visuales de tipo constructivo, al tratar el momento de la conquista se conviene en considerar al pacto entre aristocracia visigoda y árabe, como la solución, honrosa, que se adoptó.

La postura es comprensible por la influencia que supondrá el conocimiento del pacto con el noble Teodomiro, ya que no era motivo de discusión que Ronda, comandada también por nobles visigodos, fuera la sede de una importante guarnición que, en el momento de la conquista, actuará de vanguardia del reino toledano. Sólo tras percatare de su situación de inferioridad y después de oponer resistencia, se decidirá capitular, aunque eso sí, en unas condiciones ventajosas para la población que habitaba la meseta, similares, *grosso modo*, a las que alcanzara el noble de Orihuela.

Esta es la visión previa que se ha mantenido, dilatada en el tiempo, hasta que la arqueología, como expresión del cambio experimentado en la metodología histórica, ha venido a poner un cierto orden allí donde sólo se disponía de la especulación y la disparidad en los datos como únicos elementos para reconstruir el pasado.

1.- Ronda y la desintegración de la ciudad antigua.

El tratamiento del problema de la continuidad o no de las ciudades antiguas ha sido y es una de las claves para el estudio del devenir del poblamiento en estas entidades y en sus áreas de influencia, siendo, por ello, el objeto de atención de numerosos investigadores (GUTIÉRREZ, 1993, 1996 y 1998b. ROSKAMS, 1996. SALVADOR, 1991, 1998).

El proceso de desintegración de las ciudades antiguas iniciado en muchos lugares del Imperio hacia finales del siglo III de nuestra Era, resulta un hecho generalizado y ampliamente demostrado en el caso de la Hispania romana. Diversas han sido las razones esgrimidas que desembocaron en este fenómeno. De ellas son también muchas las que le presuponen un final brusco, producto de agentes externos y desestabilizadores, como el de la invasión de los pueblos germánicos (GUTIÉRREZ, 1993; 16). Sin embargo la más difundida, o cuando menos, más actual y en consonancia con los datos suministrados por la arqueología, trata este evento como resultado del progresivo debilitamiento del poder estatal, y de su correlato el municipal, inmersos en un desarrollo de los acontecimientos que desencadenará un cambio del centro de atención desde las ciudades hacia los campos, o lo que es lo mismo, desde lo público, representado por el Estado, hacia lo privado, encarnado por las élites de la aristocracia romana (WICKHAM, 1989). Ni que decir tiene que el grado de incidencia de este fenómeno sobre la población ciudadana debió ser directamente proporcional, pasando ésta, la más de las veces, a engrosar las explotaciones de la clase terrateniente.

Pero esto, que se ha visto como un claro ejem-

plo de la definitiva imposición de un modo de producción sobre el resto de los que coexisten con él, en este caso el feudal en un estado todavía embrionario, en una evolución larga en el tiempo en la que confluyen a la vez factores continuistas y de ruptura, no será, por sí solo, el causante de esta “involución”, aunque sí se pueda ver en él el aglutinante que provocará y desarrollará el cambio social. De hecho, la pérdida de atractivo que supuso el debilitamiento del Estado, hará que las inversiones procedentes de los excedentes de la clase aristocrática, utilizados como medio para alcanzar prestigio y físicamente reflejados en las ciudades, se fueran desplazando paulatinamente hacia la adquisición de tierras – como valor seguro–, consiguiendo así una nueva identificación entre prestigio y erario personal. Junto a ello se asiste, al mismo tiempo, a un progresivo cambio en la forma de extraer el excedente, pues del tributo pasará a obtenerse a través de la renta (WICKHAM, 1989; 12 y 18).

Ciertamente este traslado del interés de la aristocracia romana al ámbito rural quedará reflejado de manera muy patente en el nacimiento de las grandes villas bajoimperiales que, desde un punto de vista material, en relación con las que se daban en épocas precedentes, más numerosas, superan con creces las extensiones de éstas. Las transformaciones de estos centros serán la realidad material del cambio experimentado por las clases pudientes a raíz de las convulsiones en las que venía viéndose inmerso el aparato estatal del Bajo Imperio, aprovechándose hasta tal extremo de las mismas, que terminarán por convertirse en las únicas entidades capaces de acoger a una población numerosa. Y son estas gentes, excedentes de las ciudades, aunque no exclusivamente procedentes de ellas, y cada vez más endeudadas con las oligarquías, las que protagonicen una progresiva ruralización, que contribuirá así a sentar firmemente las bases sobre las que se instale una nueva formación social.

Estas parecen ser las condiciones que se dan en la zona objeto de nuestro estudio, en la que es posible identificar esa misma doble realidad. De una parte, se asiste a la efectiva pérdida de importancia de la ciudad o *municipium* más emblemático del territorio, Acinipo. En esta ciudad, tocada también por la creencia de que en su desaparición tuvieron mucho que ver las invasiones bárbaras, causando su total destrucción¹, las investigaciones que sobre ella se han llevado a cabo han puesto de manifiesto que las razones de su desaparición se encuentran relacionadas con el proceso de decadencia que sufrirá la ciudad antigua a niveles generales, y que aquí, como suceso también con

razones de naturaleza interna, de forma particular será llevada a tal extremo que motivará su total desaparición; y además esto en un plazo de tiempo asombrosamente corto, pues, iniciándose hacia mediados del siglo III, no existen indicios que justifiquen su pervivencia en una fecha que supere el siglo V (NIETO, 1990; 139)².

Por otro lado nos encontramos la aparición de las villas bajoimperiales de dimensiones considerables, algunas con más de una hectárea de zona construida (NIETO, 1994), que comenzarán a localizarse ahora en una zona distinta, aunque próxima, como es la de Ronda, en un cambio en el interés por un territorio que todavía resulta difícil de analizar. De los materiales de superficie recogidos en estas unidades, entre los que se incluyen también algunos de épocas precedentes, destaca la proliferación de las sigillatas claras C y D, cuya perduración, extremadamente amplia, alcanzará el siglo VII d. C.

Pero a este marco viene a unirse un elemento más, que se convertirá en decisivo a la hora de ordenar la nueva situación, dotándola, al mismo tiempo, de una superestructura capaz de justificarla: será la introducción del cristianismo, producida, para nuestra área, en épocas bastante tardías, como el siglo V. Su presencia en el registro arqueológico parece estar probada por la aparición, en no pocos casos, de ladrillos con iconografía paleocristiana³.

Sin embargo, lo más significativo, aparte de que su existencia no deja lugar para dudar acerca de la implantación y extensión del fenómeno cristiano, es que los lugares en los que se han hallado, con cierta fiabilidad, este tipo de restos, son casi siempre los asentamientos rurales diseminados por el territorio circundante de Ronda. Esto se adhiere a la tendencia, comprobada también en otras zonas, de identificar el hecho cristiano con los medios rurales, si bien empleando, también en muchas ocasiones, las antiguas ciudades como focos desde donde se irradiará la nueva autoridad, emanada de la clase dominante y ejercida ahora por el episcopado.

Con referencia a esto último, nada aporta el registro de la ciudad de Acinipo, desmantelada por completo en el tiempo en el que se están dando estos acontecimientos⁴. Por el contrario creemos que será en el marco de los mismos, y con sus condicionantes, como debamos ocuparnos de la Arunda tardorromana.

Tradicionalmente, el destino de Arunda siempre se consideró deudor del de Acinipo hasta tal punto que enraizó fuertemente la visión de que la formación de la primera se produjo a raíz del declive de la segunda. Esto, que en su planteamiento

no es del todo incierto, se llevaba al extremo al darse por sentado que tanto su creación como su poblamiento fueron *ex novo*, traducéndose este producto en la Arunda (*municipium arundensis*) citada por Plinio en su Historia Natural (NIETO, 1994).

Con los datos que tenemos podemos descartar que su ocupación fuera novedosa, pues la arqueología ha demostrado en los últimos años que en el solar rondeño se asentaba un nutrido núcleo de población ibérica que coexistió en el tiempo con la ciudad de Acinipo. Sin embargo este poblado no quedaría al margen del potente foco de atracción que ejerciera el municipio romano de Acinipo sobre su territorio de control, lo que originaría una reducción de su población y, por consiguiente, del área habitada, algo que está muy en consonancia con el escaso grado de romanización y desarrollo detectado en los hallazgos de esta época en la actual ciudad de Ronda. No obstante creemos que su situación gozaría de una cierta importancia en el sistema organizativo de Acinipo, actuando tal vez como un *castellum* desde el que se llevara a cabo el control fiscal y administrativo sobre la tradicional y natural área de influencia de Ronda.

Esta cierta relevancia se detecta ya en los niveles de los siglos II y III, en los que es posible ver una incipiente organización de la estructura urbana. El ejemplo más representativo de ello fue el descubrimiento de una calle y de toda una serie de estructuras que se encontraban ordenadas en función del vial. De este elemento lo más revelador es el grado de amortización que experimentó la calle, que presentaba diferentes niveles de uso que se obliteraban sucesivamente. Finalmente, y en un momento difícil de precisar (por encontrarse los hallazgos aún en proceso de estudio), este espacio, público por definición, será totalmente invadido por un conjunto edilicio (probablemente la *pars fructuaria*, por las piedras de molino que se hallaron en el mismo), aunque conservando este sector como zona abierta.

Esta puede ser una buena prueba de la inoperancia de la que gozaban ya los organismos del poder municipal a la hora de organizar y velar por el mantenimiento de las obras públicas, pero también, y al mismo tiempo, del desigual dinamismo del que gozará Arunda, sobreviviendo a algo que la vecina Acinipo se verá incapaz de superar.

Así, e inmersa en un mismo proceso aunque con niveles de repercusión muy distintos, el papel que jugará la primera, favorecido por la desaparición de la segunda, determinará que en nuestra ciudad no exista una ruptura en el poblamiento, sin que esto pueda dar pie a pensar que se man-

tengan, con un nivel similar al anterior, las características urbanas.

Algo muy distinto parecen desvelar los niveles romanos tardíos hallados en Ronda. De ellos, ausentes por completo en Acinipo, se deduce, como probable, que la paulatina desaparición de esta ciudad jugará a favor de un mayor protagonismo de la mesa rondeña, con una situación también privilegiada, aunque nunca con los niveles de la anterior, ni en consideración ni en infraestructuras. Este hecho podría estar relacionado también con esa traslación de los intereses a que antes aludíamos, y que ahora además llevaría aparejado un cambio en el territorio a controlar. De hecho, resulta sintomático que el área de concentración de la mayor parte de las villas bajoimperiales (tardorromanas) esté ahora localizada en el territorio circundante de Ronda, por lo que no resulta extraño que sean precisamente en algunos de estos centros en donde aparezca representada la simbología cristiana.

Así las cosas, no es difícil inclinarse a pensar que esta nueva situación coincidió con la implantación del cristianismo, que hasta tal punto llegará a ser determinante, que gran parte de la dinámica que se desarrollará en nuestra zona de estudio se encontrará estrechamente vinculada al fenómeno y a las posibles consecuencias que generara.

En este devenir es donde debe inscribirse la aparición de parte de una basílica paleocristiana y su correspondiente área de necrópolis, localizada en la zona más alta de la meseta de Ronda, a la que podemos poner en relación una serie de estructuras de habitación halladas recientemente en sus contornos inmediatos. En la primera se detectaron un total de nueve enterramientos claramente diferenciados tanto por la fábrica que presentaban, como por el lugar en el que se encontraron, separados por un muro, en gran parte de *opus signinum*. Las tumbas que se localizaron en lo que se determinó como el interior, gozaban de una mayor calidad en su ejecución, siendo al mismo tiempo las únicas en la que se halló algún tipo de ajuar. De esta clase de elementos de adorno funerario presentamos aquí una jarrita (la figura 56 de la lámina XVIII), procedente de la tumba número 2, y que muestra una clara tipología visigoda (ADROHER, AGUAYO y RUIZ, 1991; 411).

Pero aunque la pervivencia de esta basílica se adentre de pleno en los siglos VI y VII d. C., como deducimos por la cronología de la jarrita (IZQUIERDO, 1977a), e incluso el VIII a tenor de la fecha arrojada por una moneda de plata, un triente, acuñada en el doble reinado de Witiza y Egica, es decir, en el 698-702, su origen debe remontarse, casi con seguridad, al siglo V, más bien avanzado,

poniéndose así en consonancia con otros casos conocidos, como son Ceuta (BERNAL, 1989), Algezares, en Murcia (GUTIÉRREZ, 1996; 297) o *Illici*, en Elche (GUTIÉRREZ, 1993; 17). La determinación de su inicio viene favorecida también por un hallazgo monetario del interior de una de las sepulturas, en concreto la nº 1, amortizada por la estructura de *opus signinum*. Procede de la ceca de Cyciko, en Turquía, y su acuñación se data en el siglo IV, pudiendo estar, sin embargo, en circulación durante todo el siguiente e incluso parte del siglo VI.

Por su parte, los enterramientos de este solar no son los únicos que se han detectado en las intervenciones realizadas. Con un grado menor de ocupación o densidad en los mismos (ya que algunos de los que se encontraban en la basílica y alrededor de ésta presentaban claros indicios de haber sido reutilizados varias veces) y, por tanto, mucho más dispersos, han aparecido enterramientos en otras zonas no tan próximas ya a la basílica, aunque sí dentro del mismo ámbito espacial, la zona alta de la mesa. No obstante, y siendo esto revelador, lo es aún más que entre las tumbas no se hayan encontrado estructuras de habitación a las que se puedan relacionar de alguna forma, aunque sea por que aquéllas amorticen a éstas. Sin embargo, sólo en el lugar en el que se han documentado estructuras tardorromanas, situado a los pies de la basílica, es decir al Este, las tumbas están ausentes, y eso que tenemos constancias arqueológicas de que la necrópolis también se extendía por esta parte de la ladera, superando a las anteriores, aunque de una forma muy residual.

La existencia de un edificio destinado al culto y una zona de necrópolis, ambos tardorromanos y de época visigoda, en pleno corazón del solar rondeño, se podría interpretar como la plasmación de la degeneración a la que se vieron sometidas las ciudades antiguas. Pero aunque este hecho puede observarse bien en determinados núcleos del norte de África, sobre todo a partir del siglo VI (GUTIÉRREZ, 1993; 18), no parece que se pueda corresponder con nuestra realidad, pues, de partida, no contamos con el elemento esencial para que esa degradación quede de manifiesto; esto es, una ciudad, en el sentido tradicional del término, que cuente con una serie de infraestructuras que le dan ese carácter. Sin embargo, la aparición de restos de una cierta envergadura, unidos a los de la mencionada basílica, contribuyen a pensar, por el momento, en un poblamiento reducido pero revelador.

Esta circunstancia, con sus características, casa muy bien con el nacimiento de los grandes núcleos de explotación agrícola surgidos en el Bajo Impe-

rio de manos de la oligarquía terrateniente y que se constituirán en los concentradores de la población y de la renta. En éstos, la aparición de edificios de culto, de los que el de Ronda constituiría sólo un ejemplo, viene a sumarse como la expresión física de la adopción de la nueva religión por parte de esa clase dominante, pudiéndose concluir que, lejos de poder vincularse exclusivamente a los ámbitos urbanos, el cristianismo, como un fenómeno ideológico de ricos, se centraría allí donde éstos se encontraban; esto es, en los campos (CARRILERO y NIETO, 1995; 190). Es por ello por lo que podríamos hablar, para nuestro caso, de la “cristianización del ámbito rural”, como antagónica a esa otra cristianización que tuvo como centro a las ciudades⁵.

Al mismo tiempo, la propia estructura del poblamiento en manos de esa aristocracia latifundista y prácticamente autosuficiente, será la que imposibilite cualquier tipo de injerencia por parte del poder estatal visigótico, incapaz de imponerse a una superestructura de la que se terminará participando. En esa dinámica es probable que Ronda jugara un papel de cierta importancia respecto a los demás, sobre todo en una época ya tardía, viendo ampliado su campo de acción e influencia, y convirtiéndose en un foco de irradiación y centralización ideológicas.

De cualquier forma, esto no significa, forzosamente, que se diera un fenómeno de atracción hacia este emplazamiento, pues por el momento no se tienen los datos suficientes que desvelen este aspecto. Precisamente, la falta de éstos, así como los pocos de que disponemos, parecen indicar que el grueso del poblamiento seguiría situándose en los alrededores, algo que, conforme progrese nuestra investigación, estaremos en condiciones de corroborar.

Para Ronda en concreto, y cercana ya a la época en la que se produce la conquista, sólo contamos con los restos de la iglesia y enterramientos paleocristianos y visigodos como únicos testigos que confirmen una cierta continuidad en el poblamiento. Los demás hallazgos producidos y que, como se ha visto, probablemente estuvieron relacionados con los anteriores aunque en fechas precedentes, no muestran ningún grado de utilización en estas fechas que pueda asemejarse al de la basílica, y por lo tanto, que nos permita sostener la existencia de un núcleo habitado. A raíz de esto se puede suponer que el nivel de infraestructuras no iría más allá de lo estrictamente necesario para la supervivencia de una clase dominante con una fuerte carga ideológica (religiosa)⁶.

Sin embargo, aunque no podamos utilizar los demás indicios para nuestra argumentación, por ser éstos todavía muy escasos, lo que es cierto es que, por un lado, el mantenimiento de una unidad religiosa vinculada con el poblamiento his-

pano-romano o indígena (como quiera que se llame) en los albores de la conquista islámica y una vez producida ésta, y por otro, ya en el registro cerámico, la marcada ausencia de cerámicas toscas, normalmente relacionadas con las comunidades de aldea que aprovecharon la inestabilidad previa a la conquista, pero intensificada por ésta, para “emanciparse” de los señores de renta y huir hacia los montes (ACIÉN, 1992b; 264, 1993; 171), parece demostrar que tanto la aristocracia que habitara en Ronda, como las formas de producción que el mantenimiento de ésta conllevaba, permanecerán inalterables.

2. Siglos VIII y IX. Una época de escasas evidencias.

¿Pero qué es lo que ocurre en el lapso de tiempo que supone prácticamente las dos primeras centurias de ocupación islámica? Desde luego la situación que viviera Ronda durante este período parece adentrarse en una de las más oscuras, y, afortunadamente, menos frecuentes, noches de los tiempos.

Los datos suministrados por el registro arqueológico se muestran claros a este respecto, al menos por el momento. Aunque no podamos descartar la existencia de cerámicas que puedan adscribirse a este período, la constante de ser siempre poco representativas y escasas, unida a la ausencia de otros conjuntos estrechamente relacionados con la época, como las cerámicas a torneta o tipos tan conocidos como las jarras de boca trilobulada, nos conduce a plantear que en Ronda se asista a un importante despoblamiento del solar, que vendría produciéndose desde antiguo. Sin embargo, no creemos que esta regresión poblacional llegara a traducirse en un abandono efectivo, para lo que la existencia de indicios en los alrededores y de algunas referencias de tipo indirecto se convertirán casi en las únicas bases sobre las que apoyar nuestra exposición.

Entre las segundas, y como una de las que más resalta, encontramos la problemática de los caminos seguidos por los conquistadores en su marcha hacia el interior del reino visigodo y las consecuencias producidas por los contactos entre los primeros y la población indígena: los pactos.

Ya en el siglo pasado, la erudición de algunos autores locales apuntaba, no sin exageración, hacia un poblamiento indígena que, ante la conquista musulmana y viendo perdidas sus esperanzas de detenerla, se acogerá a la fórmula del pacto con los invasores. En esta argumentación se daban por sentadas, fundamentalmente, dos premisas: la primera es que, al menos, una parte del contingente árabo-beréber, pasará por nuestra zona de

estudio, con lo que se propone así un recorrido alternativo; la segunda es que el representante del común de la población que hará efectivo el pacto será un *comes* –cargo que Moreti, autor local, le asigna para remarcar el carácter urbano de Ronda–, lo que refleja en manos de quién se halla la capacidad de pactar, esto es, la aristocracia (MORETI, 1867; 195 y ss.).

Aunque con motivaciones y fuentes muy distintas, lo cierto es que la arqueología está demostrando la realidad de esta estructura de poblamiento, en sus líneas básicas. Estructura que habrá de continuar tras la conquista y que no creemos se viera trastornada por la introducción de nuevos aportes humanos beréberes, como luego intentaremos exponer.

Retomando el tema de la capitulación de la aristocracia rondeña en el marco de los acontecimientos acaecidos en los primeros lustros de la historia de al-Andalus, sobre la que no poseemos ninguna referencia textual⁷, resulta muy sugerente la propuesta que ofrece P. Chalmeta acerca de los itinerarios seguidos por los pioneros en la invasión.

Entre los posibles caminos que tomaron los invasores hacia el interior, resulta más que probable que emplearan aquéllos que aún seguían en funcionamiento en época tardorromana. De éstos, una de las vías de penetración y comunicación clásicas entre el Campo de Gibraltar y el interior es la que, partiendo de Algeciras (concretamente desde Carteia), seguía el curso de los ríos Hozgarganta y Guadiaro, pasando por Acinipo antes de dirigirse hacia Córdoba. Pero toda vez que la cercana Acinipo, como hemos visto, se hallaba ya deshabitada, habiendo tomado mayor relevancia la zona de Ronda, resulta posible que el itinerario seguido por las primeras expediciones camino de Écija, desviara algo su recorrido para adentrarse en tierras de ésta última a través del Guadiaro-Guadalcobacín y Guadallevín, opción bastante viable (CHALMETA, 1994; 145).

Sin embargo, nada importante nos aporta el registro material ni el escrito en cuanto a este episodio. Quizá el interés resida, precisamente, en el vacío de las fuentes. Al contrario de lo que ocurre en otras zonas de poblamiento indígena encabezadas por un personaje o familia de cierta importancia que controla una vasta zona y con los que se pactará, como Teodomiro o los Banu Qasi, la progresiva desarticulación del territorio y la dispersión del poblamiento fruto de la proliferación de señores independientes, que parece detectarse en nuestra área de estudio, propiciaría un grado de descohesión tal que su control no habría supuesto una cuestión grave para los invasores. Esto

pudo muy bien desembocar en una “multiplicidad de pactos”, que por su reducida importancia no han dejado huellas en los textos.

Pero en este episodio, así como en el silencio que manifiesta en las fuentes, tal vez pudiera haber contribuido en algo la existencia de comunidades judías, asociadas por algunos autores con el rápido avance de los conquistadores musulmanes, como respuesta a la precaria situación en la que venían viviendo durante los últimos decenios del reino visigodo. Su colaboración con los invasores, que les reportaría a éstos, como en los pactos, las garantías suficientes para mantener territorios sin necesidad de ralentizar el proceso de conquista, parece estar asegurada en el caso de varias ciudades del sur peninsular, algunas tan cercanas como Sevilla (SALVADOR, 1990; 73). De su presencia en nuestra zona tenemos una buena justificación en el hallazgo de determinados indicios ciertamente reveladores, como ladrillos tardorromanos con simbología hebrea⁸. No obstante es todavía un asunto de gran complejidad, quizá por no haberle prestado la atención suficiente.

Con una problemática igual de compleja encontramos un tema de vital importancia para nuestro estudio como es el asentamiento de los grupos humanos beréberes, tradicionalmente ligados a estas tierras montañosas, y el grado de incidencia que ello supuso sobre la población indígena.

El establecimiento de tribus beréberes en esta comarca, de lo que da fe el nombre de Takurrunna que aparece en los textos, no se habría producido, como parece lógico, en los lugares que ostentaba la aristocracia indígena, identificados en el terreno con aquéllos más aptos para el desarrollo agrícola, como se ha visto, que seguiría manteniendo tras los posibles pactos. Por tanto, el trastorno ocasionado por la introducción de los nuevos aportes humanos sería mínimo y difícilmente perceptible. Esto debió haber provocado, aunque suene a tópico, que las tribus recién llegadas ocuparan las zonas menos favorables para el desarrollo de la agricultura, que habían permanecido casi deshabitadas, ya que en ellas, la extracción de renta se veía dificultada por las pocas posibilidades de producción que ofrecían.

Así pues, y sin que podamos todavía demostrarlo de una manera patente, por ser esta también una de las más perentorias cuestiones a despejar una vez que se proyecte nuestra investigación sobre el territorio, pensamos que la zona que ahora nos ocupa no fue objetivo principal en el establecimiento de los norteafricanos, al menos, en un primer momento, debiéndose localizar a éstos precisamente en las dos áreas geográficas próximas a Ronda que conservan topónimos con una

clara etimología beréber: los valles del Genal y del Guadiaro, esto es, el Havaral (GUICHARD, 1976; 368 y ss.).

Esto, que parece estar en la línea de la clásica oposición entre áreas montañosas y zonas bajas –muy relativa en la comarca que nos ocupa–, tiene, sin embargo, un par de objeciones, ya que no sólo son beréberes los que se asientan en las primeras, ni serán exclusivamente aristócratas los que ocupan las segundas. Efectivamente, el contacto entre los nuevos habitantes y los más desfavorecidos de los indígenas, inmersos desde antiguo en un proceso de ascenso a las zonas menos accesibles para aquéllos de quienes dependían, debió realizarse en el ámbito natural que terminará siendo común a ambas poblaciones; esto es, las áreas montañosas⁹. Éstas se convertirían, por la constante afluencia de población tanto de unos como de otros, en un auténtico hervidero de asentamientos (cada vez mejor localizados y con una tipología bien definida) sobre los que ni el Estado ni los señores de la tierra podían ejercer su control (ACIÉN, 1989, 1992b, 1993). Al mismo tiempo, serán los escenarios donde tendrán lugar sucesivas revueltas, protagonizadas principalmente por los beréberes (GUICHARD, 1976; 372 y 373)¹⁰. No obstante, no pensamos que se puedan reducir los contactos a estas demarcaciones.

Pero dejando momentáneamente este tema a un lado, lo que nos toca dilucidar aquí son las razones que motivaron, a nivel arqueológico, la falta de restos materiales en un lugar en el que queda patente una ocupación que, si no es intensa, sí es, al menos, significativa, como es el caso de Ronda. En el análisis del material cerámico que sucede a este preámbulo se verá cómo existe una clara diferenciación entre los tipos que pertenecen a un grupo de cerámicas de tradición indígena y los que aparecen representados por formas típicamente islámicas, en las que la técnica del vidriado constituye la característica más sobresaliente. Pero todavía existen formas de la tradición anterior que, en su larga perduración, convivirán con las plenamente islámicas, introducidas en nuestra ciudad sobre todo a raíz de la implantación del califato –lo que interpretamos como el efecto de una reocupación programada del solar rondeño con segmentos de población de diferente origen–, como tendremos ocasión de ver más adelante¹¹. Así, esta oscilación, que afecta, lógicamente, al comportamiento de los datos en el registro material, parece responder a un proceso de “diástole y sístole”, de dispersión / concentración del poblamiento, por lo que pensamos que a lo que se asiste es a una regresión o estancamiento del mismo, de difícil localización sobre el terreno,

desde un plano arqueológico¹².

De esta manera, a la ausencia en nuestro registro de indicios que apunten a la degradación o conversión del solar rondeño en un reducto de población indígena eminentemente rural –con un ajuar cerámico asociado muy característico–, ahora hay que añadir también la que manifiesta la aristocracia, incluso la de orden religioso, con la que hemos relacionado el devenir histórico de la zona más próximo a los hechos que narramos.

Y aquí es donde entran en juego los únicos indicios materiales directos a que hacíamos referencia al comienzo de este apartado. En los alrededores de Ronda, (a no más de kilómetro y medio en línea recta la más alejada), encontramos dos conjuntos rupestres probablemente relacionados con un origen cenobítico: las iglesias de la Oscuridad y de la Virgen de la Cabeza. Ambas, datadas por R. Puertas en los siglos IX y X d. C. (PUERTAS, 1988; 187), sin que para ello se haya utilizado más que su estructura, pues no existe material arqueológico alguno con el que se puedan asociar, ni siquiera cerámico, se encuentran enteramente labradas en la roca, característica común a todas las del área malagueña. Lejos de poder ser interpretadas como conjuntos suburbanos, pues no puede ser suburbano lo que no está junto a una ciudad, y Ronda en esta época no lo es, deben verse, por el contrario, como un símbolo ideológico que refleja, igualmente, el acusado carácter rural que suele acompañar a todo lo relacionado con la pervivencia de la población indígena.

Pero si a comienzos del siglo VIII se constata la existencia de un centro religioso en pleno núcleo de la meseta rondeña ¿qué razón o razones son las que provocan el abandono de éste, avanzada ya la centuria, y su sustitución por estas dos probables comunidades monásticas, más de un siglo después? Para Rafael Puertas la proliferación de este tipo de establecimientos constituye una de las manifestaciones del carácter mozárabe de la población, haciéndolas coincidir, por la cronología que propone, con la gran revuelta de finales del emirato. Asimismo, por la especial idiosincrasia de estas iglesias, resulta extremadamente complejo que se puedan asociar a la primera *fitna*, pudiéndose tratar, como deja entrever M. Acién, de construcciones anteriores relacionadas a pequeñas comunidades religiosas independientes (ACIÉN, 1994; 116). Por ello, no parece lógico, como así creemos, que la desaparición de una provoque el nacimiento de las otras, y viceversa, sino que más bien se trate de la plasmación de desarrollos diferentes protagonizados por entidades distintas. No obstante, ambas seguirán compartiendo la característica ideológica común de servir de foco de

irradiación religiosa¹³.

La pérdida de base social que venían experimentando los señores de renta por el abandono de sus tierras y la emancipación y huida de sus “dependientes”, parece que los hirió más de lo que se piensa. La escasa efectividad de un Estado que perseguía a éstos últimos y la débil situación en la que se encontraban muchas de las familias de terratenientes definitivamente descohesionadas con la conquista, fueron el caldo de cultivo idóneo para que los acontecimientos se intensificaran. La accidentalidad del territorio facilitaría bastante las cosas. Por otra parte, tampoco el nuevo e incipiente Estado estaba en condiciones de satisfacer la voluntad de los aristócratas de fijar la población a sus tierras, pues a duras penas podían controlar a sus clientes beréberes.

Así, la situación provocará una doble consecuencia que sólo estamos en condiciones de presentar como hipótesis. Estos señores, desprovistos de su mano de obra servil se verán obligados a iniciar una migración hacia otros territorios con mejores condiciones, mayor potencial humano de trabajo, para ejercer su depredación. Quizá esto tuviera algo que ver con el repentino cambio de solar protagonizado por los antepasados de Ibn Hafsun, quienes, procedentes de la zona de Ronda, acabarán instalándose en los alrededores de los montes de Málaga, en los que se constata una importante población refugiada en las alturas. Este desplazamiento afectaría de la misma manera al estamento eclesiástico, sobre todo el aristocrático o más apegado a éste, único capaz de justificar la acción de los primeros, e igualmente perjudicados a nivel económico, por la merma de extracción de rentas.

Pero, y sin que se pueda generalizar, las tierras no se quedarían desiertas, ya que, por otro lado, el abandono de estos lugares favorecería el asentamiento de determinadas facciones de población pertenecientes a los contingentes venidos en la época de la conquista (beréberes) e, incluso, posteriormente (algunos árabes, como los yundíes), que nada tenían que ver con los antiguos ocupantes. Esperamos que el análisis del territorio nos aporte los datos necesarios para confirmar o descartar esta opción.

Para finalizar, entre todos estos avatares se nos plantea una nueva problemática que, por su significación y escasez de datos que la acompañan, destaca por sí misma, como es la distinta consideración de Ronda como unidad de asentamiento.

Nadie duda, desde luego, que Takurunna, a nivel general, fuera una región montañosa y bastante berberizada que vendría a corresponderse con el área geográfica de la Serranía de Ronda, monta-

ña más montaña menos. El problema surge cuando desde esta entidad genérica se ha intentado descender a un plano más concreto. Dejando al margen a Takurunna una vez se la dota del carácter de *kura*, por documentarse en época califal, en un momento en el que las circunstancias que rodearán a Ronda varían respecto a las que aquí se han expuesto, este ejercicio se ve dificultado por la disparidad de los datos que se refieren a ella, llegando incluso a ser, en algunos casos, confusos, pues la mayor parte de los autores árabes que la mencionan lo hacen en épocas, a veces, bastante alejadas de los hechos que narran. Esto crea algún desconcierto por no distinguirse con claridad a qué período concreto se está haciendo mención, amasándose una gran cantidad de datos que, sin embargo, no contienen la más mínima conexión entre ellos y el territorio.

Como ejemplos baste citar a J. Oliver Asín, recogido por Caridad Ruiz de Almodóvar, para el que Takurunna se correspondería con una ciudad, pero no con cualquiera, proponiendo a Acinipo como el escenario de sus operaciones (RUIZ DE ALMODÓVAR, 1980-82; 96), o, más recientemente, a M^a. J. Viguera, quien, basándose en un pasaje de Ibn Sa'íd, apunta la posibilidad de que Takurunna fuera una ciudad, distinta de Ronda a la que se considera *ma'qil*, que contaba con alcazaba y que se encontraba ya abandonada en el siglo XIII. Además, a ambas se la incluye en el reino de Sevilla, por lo que deducimos que se trata de una organización perteneciente al siglo XI (VIGUERA, 1986; 759). Arqueológicamente no existen evidencias que apoyen este segundo supuesto, pues el primero queda totalmente descartado.

A tenor de esto, se podría sentenciar diciendo que el vocablo Takurunna responde más bien a una entidad territorial de carácter natural, claramente definida a nivel espacial y topográfico, compuesta, podríamos aventurar, básicamente por dos áreas íntimamente relacionadas, como son la Depresión de Ronda y el Havaral, con los valles del Genal, en primer término, y del Guadiaro, en las que las montañas que se elevan a su alrededor constituirían sus fronteras. Siendo esto así, su denominación a veces como *iqlim* y otras como *kura*, atendería a identificar, por razones de organización, un mismo ámbito espacial con dos realidades administrativas y fiscales distintas, incluso en el tiempo. Mientras que la consideración de la propia ciudad de Ronda como *ma'qil* o *hisa* podría deberse al reflejo concreto de estas realidades sobre el asentamiento.

Durante el emirato, todo parece apuntar, como lo hiciera ya J. Vallvé, a que esta entidad territorial o *iqlim*, como le llaman las fuentes, dependiera

efectivamente de la *kura* de Écija (VALLVÉ, 1986; 332)¹⁴, en una organización que, quizá, pudiera corresponderse con la serie de reformas emprendidas por el emir Abd al-Rahman II. De éstas, las que aquí nos incumben son sobre todo las de tipo fiscal, pues la estructuración a la que se somete el territorio obedece, en gran medida, al origen de donde se sustrae la mayor parte del tributo, esto es, el medio rural. Estas medidas y la sociedad heterogénea sobre la que recaen, serán el detonante de las revueltas que se originan en esta época y que tendrán como foco principal los campos (ACIÉN, 1994; 121 y 122). Pero nada sabemos acerca de la participación de Ronda y su zona inmediata en la que protagonizó Ibn Hafsun, aunque algunas áreas de Takurunna sí que se vieron envueltas¹⁵.

ORIGEN DEL MATERIAL. EL CONTEXTO ARQUEOLÓGICO

Para abordar este trabajo centrado en la ciudad de Ronda y el origen de su poblamiento en época altomedieval, el material que hemos utilizado proviene, en su totalidad, de algunas de las intervenciones arqueológicas que, desde 1984, se vienen desarrollando en el casco histórico de la ciudad, y que dieron lugar al nacimiento de un proyecto de investigación sobre la misma, formalizado en el año 1993, y titulado “*Proyecto para el estudio y conservación del Patrimonio Histórico – Arqueológico de la Ciudad de Ronda*”.

De las numerosas excavaciones que se han llevado a cabo desde entonces, hemos seleccionado, en concreto, un total de seis, con distinto grado de representación, habiendo primado para esta opción dos razones fundamentales: por un lado la lectura estratigráfica que ofrecían y la, más o menos clara, asignación del material, proveniente de fosas en su mayoría; y por otro, la aparición de tipologías lo suficientemente claras como para ofrecer una primera aproximación sobre el tema basada en los restos cerámicos.

Por último, de las excavaciones sobre las que hemos estudiado los materiales, dos pertenecen al año 1986, una al 1989, otras dos al año 1996 y una última perteneciente al reciente 1998. La razón de este “distanciamiento” entre estos dos grupos de tres excavaciones radica en comparar estratigrafías recientes con un material relativamente claro, con aquéllas otras que, en algún caso, se mostraban confusas. Asimismo, son las intervenciones que contaban, entre su material, con muestras significativas de los tipos que queríamos analizar (figura 1).

Excavación realizada en la calle José

María Holgado, nº 17. Año 1986. Siglas: RH-86. (AGUAYO, CARRIÓN, ADROHER, LOBATO, 1986). Figura 2.

Muy poco se puede decir acerca de la estratigrafía que aportó esta intervención, una de las primeras que se realizaron en la ciudad. Esta razón, unida al interés primordial de los primeros trabajos, centrados sobre todo en los niveles más antiguos de ocupación, motivó que los de épocas más recientes, como la medieval, fueran tratados con una metodología inadecuada que, por basarse en el levantamiento de alzadas artificiales, terminaba considerando a los materiales como un *totum revolutum* producto de sucesivas remociones de tierra.

Sin embargo, en el informe se apuntaba ya una de las formas más generalizadas en el registro de aparición de los materiales medievales, como eran las fosas. Efectivamente, éste será el origen de donde proceda la cerámica medieval, no pudiéndose identificar ningún otro elemento estructural con el que poder relacionarlo.

En el conjunto de cerámicas musulmanas (representadas en nuestro inventario con los números 4.000) se destacaban sobre todo los ataífores que, por la técnica de sus acabados, eran sin duda los que mejor representaban entonces el período, siendo, asimismo, los primeros ejemplares que se hallaban en Ronda (ataífores con decoración en verde y manganeso, pero también con decoración de estampillas almohade y nazarí). No obstante, de aquél procede también una interesante colección de piezas comunes, de las que damos cuenta aquí –de esta excavación procede la pieza realizada a torneta más clara, y que presentamos aquí en la lámina I, fig. 1–, a las que en su momento no se prestó la suficiente atención, debido, tal vez, al estado de desarrollo en el que se encontraba la investigación sobre estos aspectos de la cerámica medieval.

Excavación realizada en la calle Juan Bosco, nº 5. Año 1986. Siglas: RJB-86. (ADROHER, AGUAYO, RUIZ, 1991). Figuras 3 y 4.

Está representada por el que constituye, aún hoy, uno de los hallazgos más significativos de cuantos han aparecido en Ronda de la mano de la arqueología. De manera fortuita, como en otros tantos casos, se localizaron un total de nueve enterramientos asociados a una serie de estructuras que reflejaban una clara influencia romana en su ejecución, como el empleo de *opus signinum* en algunas de ellas. Por su parte, las estructuras parecían establecer una “nítida” divisoria en el espacio apoyada por el diferente *modus operandi* con el

que se realizaron las tumbas. De tal manera las que se determinaron componiendo la zona interior contaban con una fábrica bien cuidada de ladrillos en sus paredes y suelo y cubierta de lajas de piedra caliza, mientras que las que se hallaban al exterior estaban totalmente confeccionadas con este último material.

El conjunto parecía tener una larga pervivencia, estableciéndose para su origen una cronología entre los siglos V y VI d. C. y para su final el primer tercio del siglo VIII. En ambos casos, los elementos utilizados en la datación fueron, fundamentalmente, dos monedas que formaban parte, cada una de ellas, del ajuar de dos tumbas. De las monedas, la más interesante para nuestro trabajo, es la que fija el final del conjunto, pues se trata de un triente de plata visigodo emitido bajo el doble reinado de Witiza y Egica, esto es, entre 698 y 702.

Este y otros hechos, como la aparición, también formando parte de un ajuar, de una jarrita de tipología visigoda, asociada a ámbitos de necrópolis (nuestra figura 56, lám. XVIII), o los paralelos cercanos de Vega del Mar en San Pedro de Alcántara (Málaga), inclinaron a sus descubridores a considerar dichos espacios como correspondientes a parte de una basílica paleocristiana y visigoda y su área de necrópolis.

Aparte de éstas, no se halló ninguna otra estructura a la que se pudieran vincular el resto de los materiales medievales que se exhumaron durante la intervención, a excepción de una atarjea que poco contribuiría en este empeño. De nuevo la asociación entre aquéllos venía dada por su localización en el interior de fosas. Sin embargo, a diferencia de la excavación anterior, los materiales cerámicos parecen presentar mayor homogeneidad tanto tipológica como cronológica, aunque por su origen, deba ser siempre relativa.

Pero aún dentro de esta indeterminación, resulta revelador que se den una serie de características que inciden sobre lo antedicho, como son la generalización de tipos con precedentes visigodos (como cazuelas cuenco carenados) o la proliferación de los vidriados monocromos o bicromos en contraste con la débil presencia de cerámicas con verde y manganeso. Quedan representados en inventario por los números 5.000.

Excavación realizada en las calles Armiñán, nºs 39, 41 y 43, y Aurora, nº 16. Año 1989. Siglas: RO-89-AA (AGUAYO, CASTILLA, PADIAL, 1990). Figura 5.

Se trata, en este caso, de la primera vez en la que el material musulmán mostraba un claro contexto definido por estructuras de muros.

En el espacio reservado en el informe a la descripción de los restos se distinguen tres fases constructivas, que se superponen sucesivamente, aunque para todas ellas se propone una cronología califal. Básicamente son muros de mampostería ordinaria, conservados en su mayoría a nivel de cimientos, para los que se utiliza la conocida técnica de la “espinas de pez”, que rompen directamente estratos ibéricos, y que conforman un espacio rectangular. En su interior se pudo localizar la superficie de uso, y en ésta una fosa con restos de material, que con posterioridad, será amortizada por un muro de una de las reformas que se percibían.

Por lo que respecta al material cerámico (representado en el catálogo por los números 6.000 y 7.000) de este sector, su homogeneidad resulta patente en cuanto a las tipologías, destacando, no obstante, sobre el resto, aquél que no emplea el vedrío como técnica de acabado.

Excavación realizada en la calle Armiñán, nº 16. Año 1996. Siglas: RO-96-AR (Inédita). Figura 6.

Como en otras ocasiones, el material procedente de esta excavación se halló en el interior de fosas. La ausencia de muros se debió a la altura a la que se encontraba la roca natural con respecto al suelo actual, lo que sin duda motivó el arrasamiento de aquéllos. Concretamente fueron dos las fosas medievales excavadas, mostrándose muy bien definidas por los restos que contenían, y que las separaban también cronológicamente: una contaba con un material que se podría enmarcar en plena época almohade, mientras que la otra ofreció una interesante muestra de época califal-taifa.

De entre estas últimas cerámicas, las que más destacaron fueron tres fragmentos de atafiores, uno de ellos con forma arqueológica completa, con vedrío en melado amarillento, que portaban en su interior decoración epigráfica en verde y manganeso con la leyenda *al-baraka*. Pero lo más interesante, aparte de la homogeneidad del conjunto, es la aparición, junto a estas piezas que podríamos considerar de lujo, de parte del ajuar de cerámica común, convirtiéndose así en una de las pocas veces en la ciudad de Ronda en la que aparece una representación más amplia y coherente de un ajuar doméstico de época islámica.

Los ejemplos que hemos escogido aparecen representados por los números 18.000.

Excavación realizada en calles Doña Elvira, nº 2, y Armiñán, nº 29. Año 1996. Siglas: RO-96-ADE (CASTAÑO AGUILAR, 2001).

Figura 6.

En esta intervención aparecieron niveles “in situ” de época medieval que en algún caso se mostraban relacionados a estructuras de muros. Sin embargo, éstas se hallaron en muy mal estado, conservadas tan sólo a nivel de cimientos, ya que fueron afectadas por sucesivas fases constructivas más modernas, lo que determinó la completa imposibilidad de aislar niveles de uso contemporáneos de ellas. La excepción la constituía una atarjea sobre la que únicamente se puede decir que se encontraba rompiendo estratos islámicos anteriores.

Entre los estratos identificados, el más superficial, que se encontraba colmatando la cimentación de uno de los muros, desmontado intencionadamente, proporcionó un material algo mezclado para el que se estableció una cronología a caballo entre los siglos XI y XII, permitiendo así establecer el inicio de la construcción.

En el caso de los niveles inferiores, sin adscripción estructural alguna, salvo lo que parecía un hogar formado por una torta de arcilla quemada, se trataban de dos bolsas de tierra, correspondiente una a un paquete de ceniza asociado al posible hogar, y la otra a una pequeña fosa. En ambos casos, los conjuntos advertían mayor coherencia, y aunque existía alguna intrusión, ésta siempre era anterior. Las piezas que hemos escogido de esta excavación pertenecen a dichos estratos. Sus números de inventario original son los 19.000.

Excavación realizada en plaza Duquesa de Parcent, nº 15. Año 1997-98. SIGLAS: RO-97-ART (AGUAYO, CASTAÑO, PADIAL, 2004).

FIGURA 7.

El motivo por el que incluimos en este trabajo restos tan recientemente excavados se debe, fundamentalmente, a dos razones. La primera atiene a su contexto arqueológico, ya que, aunque también procedentes de fosas, éstas habían sido rellenadas en un momento concreto, dada la coherencia que mostraba el material, apareciendo, al mismo tiempo, estrechamente vinculadas a estructuras de muros. En alguna de ellas se pudo determinar, incluso, el tipo de cubierta que se empleó para cegarla, compuesta a base de lajas de piedra caliza.

La segunda razón afecta directamente a las tipologías de las cerámicas y a su relación entre ellas y el resto del material que hasta el momento habíamos estudiado. Así pues, de este conjunto, que será próximamente objeto de nuestra atención, sólo se han seleccionado algunos de los tipos que ya aparecieron representados en otras

intervenciones pero que no contaban, como ahora, con un contexto tan claro, ya que, como se ha visto, en muchas de las fosas, y debido a la larga pervivencia de algunas de ellas, los materiales se advertían relativamente revueltos. Es por ello que su número sea reducido dentro del conjunto que presentamos, y que se traten siempre de formas bien definidas.

En un análisis somero de los restos, entre los que se han desestimado los medievales de épocas posteriores, como una importante vivienda almohade y nazarí, los que se pueden adscribir al período del que tratamos están constituidos por una serie de muros con zócalo de mampostería que, en lo conservado, parecen formar parte de un espacio seguramente doméstico. Y de éste, supondrían sólo una de las habitaciones, con planta cuadrangular. Del resto nada sabemos. No obstante, la posibilidad de que se tratara de una vivienda se vio apoyada por la asombrosamente larga perduración de este sector como ámbito residencial, que será de tal intensidad que, como ejemplo, la cruja que se consideró como principal –orientada de norte a sur–, hundía sus raíces en época romana, sirviendo, a su vez, como base a la que también ordenaba el espacio en la casa almohade.

Desafortunadamente, aún siendo la excavación que ha proporcionado una de las mejores y más completas secuencias de la ciudad y por hallarse todavía en estudio, no hemos podido aportar cerámicas de épocas más antiguas que podrían servir de nexo de unión con las encontradas en la basílica paleocristiana. Sin embargo, creemos que esto será posible en un futuro, pues, desde luego, no fueron pocos ni baladíes los restos tardorromanos que se encontraron.

ESTUDIO DEL MATERIAL

1. Consideraciones previas.

Con el presente trabajo se pretende dar a conocer, en un primer acercamiento, una selección del material cerámico medieval de Ronda, procedente de algunas de las excavaciones que se vienen realizando en la ciudad desde 1984, como se ha apuntado más arriba. Concretamente, las piezas que se han escogido provienen de las intervenciones que mejor y mayor cantidad de material han arrojado, siendo también las que cuentan con una más clara adscripción estratigráfica, aunque las posibilidades de ésta sean, las más de las veces, muy reducidas.

Pero antes de entrar en materia, se hace necesaria una apreciación que creemos importante, en tanto que afecta a la manera en cómo se ha considerado el material y con qué fines se ha tomado.

La motivación del estudio surge como un intento de acercarnos a una etapa de la historia de la ciudad de Ronda, como es la Edad Media, y concretamente a los primeros siglos de ésta, caracterizados por una “infranqueable” ausencia de datos, sobre todo de índole textual. Con esta tesitura, las fuentes de origen arqueológico, aunque tampoco mostraban mayor benevolencia, eran las que más posibilidades ofrecían de cara a nuestros objetivos, suponiendo, una vez más, la cerámica casi el único fósil guía sobre el que poder basarnos.

Así pues, lo que aquí presentamos debe ser considerado como una primera aproximación, por fuerza sesgada, a la realidad material de un momento determinado que, aunque centrada, eso sí, en la cerámica como elemento definidor, queda lejos de poder verse como una propuesta tipológica tradicional. Por último, en este mismo sentido, hemos procurado siempre que aparecieran reflejadas las formas más antiguas, identificadas bien por su contexto arqueológico, bien por las semejanzas que mantienen con otros lugares de al-Andalus.

Del conjunto estudiado, en torno a los 700 fragmentos, se ha optado finalmente por una selección de 106 piezas, en la que ha primado, esencialmente, dos criterios: uno de tipo morfométrico, es decir, en el que se ha tenido en cuenta la capacidad de reconstrucción de los perfiles de las piezas de manera que se pudieran ofrecer formas claras y significativas de los grupos a los que representan; y otro que podríamos llamar de “seriación”, o lo que es lo mismo, el intento de presentar una variedad tipológica suficiente como para atender a los diferentes grupos en que se ha dividido.

Se han distinguido 11 de estos grupos que atienden, en primer lugar a las características tipológicas de las piezas, y, en segundo, a su funcionalidad, habiéndose empleado para su simplificación un criterio alfabético que se ve apoyado, en todos los casos, por la denominación tradicional de los tipos que estableciera Guillermo Rosselló Bordoy (ROSSELLÓ, 1978 y 1991). Igualmente, a la hora de confeccionar los grupos, y en la línea de no complicar algo que de por sí ya resulta complejo, como es cualquier exposición sobre cerámica, se ha optado, en lo fundamental, el planteamiento propuesto por Ación y colaboradores (ACIÉN et al., 1995). Seguidamente, dentro de cada uno de los grupos, y cuando la diversidad del material así lo ha permitido, se han diferenciado variantes que, reiterando nuestra intención, han servido más para facilitar la exposición que para establecer una tipología cerrada. No obstante somos conscientes de que en algunos ejemplos esta experiencia sienta las bases para futuras investigacio-

nes sobre el material cerámico de esta época, de transición, en particular, o medieval en general, que hallemos en Ronda y sus alrededores.

Basados, pues, en un criterio de selección tipológico, sólo en ciertos casos el hecho tecnológico se ha utilizado para reforzar alguna variante, como por ejemplo algunos vidriados en los atafiores, viéndose la mayoría de los subgrupos libre de cualquier consideración que les afecte, en este sentido, de una manera manifiesta. Este tipo de detalles quedan especificados dentro de las propias variantes que hemos considerado. La misma solución se ha adoptado para las decoraciones.

Sin embargo, en cuanto a las técnicas y de forma general, se pueden realizar una serie de apreciaciones:

- Todo el conjunto está realizado a torno alto, exceptuando los dos fragmentos correspondientes a la variante I del grupo A (marmitas), realizados a torneta, y que se incluyen aquí como ejemplo de su escasa representación en el registro que hemos utilizado.

- Sólo presentan un acabado a base de vidrio el grupo de los atafiores, como más relevante, y algunas de las piezas de los grupos D y J. No obstante en el primero de estos dos, por lo general, esta técnica también está ausente.

- En las decoraciones, la técnica más generalizada en todo el conjunto es la pintada, primando los pigmentos blancos, en primer lugar, y los rojizos y oscuros, en segundo. En cuanto a los motivos, los más repetidos son los consistentes en bandas, horizontales sobre todo. Las incisiones son muy limitadas.

2. Comentario.

GRUPO A. MARMITAS.

Descripción: Recipiente de paredes altas y normalmente curvas y boca no excesivamente amplia. Sus bases suelen ser planas o convexas. Su función es culinaria, destinada a la cocción de alimentos (ROSSELLÓ, 1991; 168).

En este grupo hemos distinguido cuatro variantes, de las que la primera también ha atendido a razones de tecnología, pues están realizadas a torneta, mientras que las restantes lo han hecho en función de la evolución de los bordes y labios. Ninguna está vidriada.

Variante I. (Lámina I, figuras 1 y 2)

Quizá lo más destacable de este grupo es su exclusiva manufactura, pues resulta ser el único caso en el que la cerámica realizada a torneta o torno lento está presente. Se trata de dos fragmentos, uno de los cuales permite apreciar la forma

del recipiente, que probablemente pertenezcan a tipos similares. El primero permite dibujar una forma característica de las marmitas a torneta con cuerpo globular y base plana (fig. 1), mientras que el segundo, sólo hace referencia al tipo de decoración que se les suele asociar, en este caso, una banda ondulada e incisa en el cuerpo (fig. 2).

Encontramos paralelos acerca de su posible evolución desde precedentes tardorromanos en el levante peninsular (GUTIÉRREZ, 1996; 175, fig. 75-1, y 191, fig. 84-2), en la zona de la campiña de Jaén (CASTILLO ARMENTEROS, 1996; 208, fig. 2-17) y en el interior de la provincia de Granada, más cercana a nosotros, (MOTOS, 1993; 214, fig. 2-12). En todos ellos su relación con tradiciones anteriores a la conquista parece más que evidente, apareciendo asociada a conjuntos de cerámicas toscas, de baja calidad en su tratamiento, para las que no tenemos, por el momento, parangón en nuestro registro.

Variante II. (Lám. II, fig. 3)

Como la anterior, es el único ejemplar con el que contamos (fig. 3). Presenta un labio moldurado y engrosado, con un cuello de escaso desarrollo, y el cuerpo parece de tendencia globular. Aunque presenta similitudes con marmitas plenamente califales, como en Cercadilla (HIDALGO et al., 1996; 156, fig. 90-151), pensamos que sus influencias deben buscarse en la cerámica común tardorromana. No se han hallado restos de asas.

Variante III. (Lám. II, fig. 4 y 5 y Lám. III, fig. 6)

Suelen tener cuello cilíndrico con ligera tendencia troncocónica invertida, labio biselado al exterior de sección triangular, y un cuerpo globular, cuya terminación bien pudiera ser la que muestra la figura 6, con base convexa.

Como característica, presenta una pequeña pestaña en la unión del cuerpo con el cuello (fig. 4 y 5), y suelen estar decoradas con bandas en pintura blanca.

Paralelos similares al nuestro los encontramos en el Castellón de Montefrío (MOTOS, 1993; 214, fig. 2-3 y 26), en la campiña de Jaén (CASTILLO ARMENTEROS, 1996; 209, fig. 3-8) o en la misma Córdoba (FUERTES Y GONZÁLEZ, 1993; 776, lám. 1-XIV), todos ellos con una cronología similar.

Variante IV. (Lám. III, fig. 7 y 8)

De parecidas características que la anterior, en cuanto a tendencia del cuerpo se refiere, presentan diferencias tanto en los labios, que en este caso son redondeados y engrosados al exterior, como en el cuello, con disposición troncocónica.

En ambos casos, el motivo decorativo está com-

puesto a base de bandas horizontales en pintura blanca, algo que empieza a mostrarse como una constante en la cerámica común rondeña de esta época.

Paralelos de esta variante los encontramos en las marmitas sin vedrío del yacimiento granadino de El Maraute (GÓMEZ, 1992; 91, fig. 84), con cuello más desarrollado y los mismos esquemas decorativos, así como en la cerámica común de Madinat al-Zahra (VALLEJO Y ESCUDERO, 1998; 159, fig. 20), en la que, sin asas, se incluye dentro de la serie "orza".

Variante V. (Lám. IV, fig. 9, 10 y 11 y Lám. V, fig. 12)

Resulta ser la variante mejor y más abundantemente representada de cuántas aquí se exponen.

Aunque existen diferencias entre ellas, en líneas generales, todas presentan un cuerpo de tendencia globular, y un borde diferenciado, que vendrá a sustituir los cuellos de las anteriores, y un labio ligeramente apuntado y engrosado al interior para recibir una tapadera. Quizá el tipo originario fuera la figura nº 9, aportando las restantes pequeñas variaciones como molduras en los bordes (fig. 11) o el marcado estrangulamiento del borde que provoca el apuntamiento del labio hacia el exterior.

Todas presentan una banda incisa en el tercio superior del cuerpo, y sólo dos conservan restos de decoración pintada en blanco: una a base de goterones (fig. 11) y otra mediante un trazo elíptico abierto en la mitad del cuerpo (fig. 12).

Parecidos a los nuestros los encontramos en las orzas de Madinat al-Zahra decoradas en verde y manganeso (CANO, 1996; 90, fig. 30), así como en la costa de Granada (GÓMEZ, 1997; 48, fig. 8). Se podría ver algún precedente en determinadas formas de cerámica emiral halladas en la campiña giennense (CASTILLO ARMENTEROS, 1996; 209, fig. 3-8).

Lo que sí parece, en el caso de Ronda, es que su evolución se enmarca en los siglos X y XI, pudiendo ser quizá la figura 9, la forma desde la que deriven las demás, y la 12, la muestra de uno de sus últimos desarrollos, ya en pleno siglo XI.

GRUPO B. CAZUELAS.

Descripción: Recipiente de paredes bajas, curvas o rectas, y diámetros de abertura muy amplios. Las bases suelen ser convexas o también planas. Su función es la de cocer alimentos (ROSSELLÓ, 1991; 169).

El grupo de las cazuelas resulta ser el más característico de todo el conjunto que hemos estudiado, pues es el que mejor transluce cierta influencia de las formas de tradición hispanogoda.

Como en el anterior, las variantes atenderán

a las formas de los cuerpos y bordes, habiendo procurado establecer una teórica evolución desde los tipos que consideramos más antiguos, con influencias más claramente indígenas, hasta los más modernos, ya en pleno siglo XI, y que servirán como base para tipos posteriores. No obstante, la coexistencia de varias formas es algo que podemos considerar como evidente en el registro, sobre todo entre las más evolucionadas de las antiguas y las más típicamente islámicas.

Ninguna de las piezas está vidriada.

Variante I. (Lám. VI, fig. 13, 14 y 15 y Lám. VII, fig. 16)

Son piezas caracterizadas por una marcada carena en el cuerpo, que de paredes curvas da paso a unos bordes exvasados de labios ligeramente apuntados y de sección triangular. Aunque por su tipología y paralelos podrían ser considerados como cuencos, la existencia de asas en algunos de ellos (como también las numerosas huellas de fuego), así como las similitudes que guarda con las que pensamos sus variantes posteriores, nos los hacen incluir dentro de este grupo.

La forma más representativa de esta variante, es la que tienen las figuras nºs 13 y 14. Éstas dos servirán de base, primero a la número 15, desarrollando una pestaña como prolongación del cuerpo que viene a acentuar aún más la carena (novedad que se repetirá en la variante posterior), y en segundo lugar a la nº 16, que por su contexto tal vez venga a representar la forma más evolucionada de esta variante, siendo la única que deja entrever la conformación de su solero, plano-convexo en este caso.

En lo que respecta a la decoración, ésta se expresa con la habitual banda en pintura blanca que en unos casos se sitúa en el borde (fig. 14) y en otros la hallamos en el mismo labio (fig. 16).

Los precedentes para este subtipo aparecen claramente representados en los cuencos carenados de época visigoda. Encontramos ejemplos de ellos en Cantabria (BOHIGAS Y RUÍZ, 1989; 45, fig. 6-7), en la Cabeza de Navasangil (Ávila) (LARRÉN, 1989; 61, fig. 4) y Recópolis (CEVPP, 1991; 57, fig. 7, 1-5), entre otras, vinculados siempre a cerámicas de servicio de mesa.

Más cercanos a nosotros, con parecidos resultados en cuanto a su evolución formal y funcionalidad, pero pertenecientes ya a época islámica, los tenemos en yacimientos de la Meseta, como Madrid (RETUERCE, 1998; tipo G.01.A) y en la ciudad de Bayyana (CASTILLO Y MARTÍNEZ, 1993; 83, lám. III-3). En ambos casos se coincide en señalar sus vínculos con la cerámica de tradición anterior.

Variante II. (Lám. VII, fig. 17 y 18 y Lám. VIII, fig. 19)

Clara derivación de la anterior, en ésta encontramos como constante la pestaña, en la que remata el cuerpo. Asimismo, la orientación de los bordes y la forma de los labios también variarán, siendo en esta ocasión los primeros rectos o muy ligeramente exvasados, y los segundos redondeados, engrosados al interior y algo envasados.

Todos poseen dos asas de puente que parten por debajo de la pestaña y mueren en el labio, y sólo una pieza, la fig. 19, permite ver cuál es la terminación de sus fondos; planos en este caso, aunque con probabilidad fueran también tendentes a la convexidad. No se han localizado restos de decoración en esta variante.

Sus antecedentes son similares a los de la variante I. Paralelos para esta variante, aparte de los ya indicados de Bayyana y Madrid, los encontramos también en los niveles califales de Mallorca (RIERA, 1998; 188, fig. 8-3). No hemos hallado paralelos en yacimientos de Andalucía occidental, que conozcamos.

Variante III. (Lám. VIII, fig. 20 y 21 y Lám. IX, fig. 22)

En ambos casos, los parecidos con las dos casos anteriores, y aun teniendo diferencias formales entre ellos, nos hacen incluirlos como una variante más, en este caso, si cabe, exclusiva de los tipos anteriores, pues presentan muchas de las características de aquéllos: cuerpos carenados, de paredes curvas, bordes rectos o envasados (salvo en la nº 21).

No obstante, guardan también notables diferencias: los labios son engrosados al exterior en "ala" y, en el ejemplo de la fig. 20, las asas de puente se substituyen por asideros aplicados o mamelones que se sitúan igualmente sobre el labio. No se han observado indicios de decoración.

Como algo residual, podríamos incluir en este subgrupo el extraño caso de la pieza nº 22, también con carena entre el cuerpo, aunque habría que hablar más bien de hombro y, esta vez, con el labio redondeado y engrosado al exterior. Para esta pieza no hemos encontrado paralelos.

Hallamos ejemplos similares a las fig. 20 y 21 en yacimientos de la Meseta (RETUERCE, 1998; G.01) y en piezas emirales y califales de El Castellón de Montefrío (MOTOS, 1993; 211, fig. 1-8) y Córdoba (FUERTES Y GONZÁLEZ, 1993; 778, lám. 3-XII).

Variante IV. (Lám. IX, fig. 23 y 24)

Se trata de las conocidas cazuelas de paredes altas, rectas o ligeramente curvas y bases planas, presentes en bastantes yacimientos emirales y califales

de toda la Península, aunque con diferencias. En las nuestras, éstas se manifiestan sobre todo, en los bordes y labios. Suelen ser algo envasados y ligeramente redondeados en ejemplos como el de la figura 23, y rectos, redondeados y engrosados al interior para soportar una tapadera, como el caso de la número 24. Estas formas tienen precedentes en tipos realizados a torno lento de las cuales derivan.

De la cazuela número 23 hallamos similitudes en Montefrío, Granada (MOTOS, 1993; 211, fig. 1-15). Vendrían a corresponderse con los tipos 522.1 y 532.1 de la clasificación propuesta por Acién (ACIÉN et al., 1995; 127).

Variante V. (Lám. X, fig. 25, 26 y 27)

Por último están la cazuelas de labios planos y en “ala”, algo engrosados al interior y cuerpos de paredes curvas o ligeramente rectas, con moldura en la carena. Las bases suelen ser planas, como en las figuras 25 bis y 27. En algunas de ellas se observan particularidades que serán constantes en tipos posteriores (como las cazuelas almohadas) (fig. 26).

Hallamos parecidos en las cazuelas plenamente califales que perdurarán durante todo el siglo XI. Tal es el caso de la fig. 26, que será muy corriente en contextos de esta cronología, asociada, asimismo, a variantes ya comentadas, como las carenadas.

Formas similares se han encontrado en el sur de Portugal (MATOS, 1991; 454, fig. 0061), o en Córdoba (HIDALGO et al., 1996; 156, fig. 90-14), sobre todo para el caso de la nº 25.

GRUPO C. ATAIFOR, JOFAINA, CUENCO, PLATO.

Descripción: Recipientes de paredes medianamente altas y abiertas y bases, casi siempre, con anillos de solero. Normalmente están vidriadas, siendo, las que no lo están, los referentes más arcaicos. Suelen presentar también decoraciones muy variadas. También variados son sus tamaños, identificándose el término “ataifor” con los más grandes, y el de “jofaina” con los más pequeños. Su funcionalidad está relacionada con el servicio de alimentos (ROSSELLÓ, 1991; 167).

Para este grupo se ha atendido a la forma de los bordes y cuerpos. Todos están vidriados a excepción de los que sirven como referentes más antiguos. Igualmente todas las piezas están realizadas a torno.

Variante I. (Lám. XI, fig. 28)

Constituye el único ejemplo del conjunto que presentamos, siendo también la única pieza de este grupo que presenta una clara base plana. Su cuerpo es de paredes curvas aunque con cam-

bios angulosos, mientras que su borde, con labio apuntado, se desarrolla hacia el exterior en forma de ala. Su acabado parece realizarse mediante engobe, y presenta como decoración goterones de pintura roja (almagra) en el cuerpo. Destaca sus reducidas dimensiones.

En cuanto a su origen, éste parece estar claro en ciertos platos tardorromanos cuya tradición se mantiene tras la conquista (LARRÉN, 1989; 57, fig. 1). Este es el caso de los ataiques con labio en ala hallados en Bayyana (CASTILLO Y MARTÍNEZ, 1993; 85, lám. V, 6), idénticos al nuestro incluso en la ausencia de vedrío, pero con diámetros mayores, o alguno de Vascos (IZQUIERDO, 1994; 146, fig. 47, 11), aunque con desarrollo desigual en el cuerpo.

Variante II. (Lám. XI, fig. 29, 30 y 31)

El mismo origen parecen tener las figuras 29, 30 y 31. Son recipientes abiertos, de paredes rectas que presentan ya un anillo de solero, aunque bien podrían verse exentos de éste, que en algún caso está vagamente diferenciado (fig. 30).

De los ejemplos que aquí presentamos, uno, el nº 29, cuenta con un claro contexto tardorromano, quizá de época visigoda, y es el único que no está vidriado y que emplea como decoración la pintura roja, conservando sólo parte de lo que probablemente sea un motivo vegetal (palmeta). Los dos restantes sí que tienen cobertura vítrea, siendo ésta verde para la nº 31 y melada para la 30, algo que indica ya una calara adscripción a un contexto islámico, o al menos, islamizado.

Que hayamos incluido estas tres piezas en una misma variante, a pesar de la aparente desconexión entre ellas, se debe a dos razones, fundamentalmente: la primera es formal, ya que paredes y bordes semejantes a los de la pieza 31 los encontramos también en la cerámica tardorromana, tanto hispana como norteafricana. Algo parecido se puede observar en la tendencia de las paredes de la figura 30. Asimismo, ésta misma nos sirve para exponer nuestra segunda razón. La identificación como “emiral” de las bases planas en los ataiques está relacionada con una forma de hacer (*modus operandi*) típicamente islámica, aunque parece recibir influencias autóctonas. En el caso de Ronda, tan notable es la ausencia de esta piezas, como característica y constante es la existencia de repié en la cerámica común tardorromana que hasta hoy conocemos.

Es por ello por lo que, aun proviniendo de contextos diferentes, hemos considerado aquí las tres figuras, pudiendo presentarse la nº 29 como un perfecto precedente para el posterior desarrollo no sólo ya de la fig. 30, sino, incluso, para los primeros tipos de este grupo.

En cuanto a la decoración en las que contienen vedrío, tan sólo en la nº 31 se emplea el óxido de manganeso para realizar una serie de chorreones en el interior del cuerpo.

Paralelos para la figura 29 en los que se muestra bien la pervivencia de ciertos tipos a los que se le aplican técnicas novedosas los encontramos en la campiña de Jaén, con una acabado puramente islámico (presencia de vedrío) (CASTILLO ARMENTEROS, 1996; 212, fig. 6, 1). En la misma zona halla sus parecidos la fig. 31 (CASTILLO ARMENTEROS, 1996; 211, fig. 5, 12), presente igualmente en la Meseta castellano manchega (RETUERCE, 1998; tipo A.02.7). Por último, con una cronología ya plenamente califal, está la fig. 30, representada con claridad por formas aparecidas en Madinat al-Zahra (CANO, 1996; 65, fig. 5).

Variante III. (Lám. XII, fig. 32, 33, 34 y 35 y Lám. XIII, fig. 36, 37 y 38)

Son recipientes de paredes curvas y abiertas, labios redondeados y ligeramente apuntados y bases con anillos de solero. Todas las piezas están acabadas mediante vedríos melados de diferentes tonalidades en las dos caras, que van desde los más oscuros, cercanos al color chocolate (fig. 33), a los más claros, con melado amarillento.

La decoración que se ha detectado en algunos de ellos suele ubicarse en el interior, pudiendo ser monocromas, con motivos en manganeso (fig. 35), o más complejas con verde y manganeso califal, como las figuras 37 y 38, ambas con la leyenda “*al-baraka*” como tema decorativo central.

En la forma, cabe señalar la existencia de pequeñas variaciones en el desarrollo de los repiés, que pueden ser rectos y planos (fig. 34 y 36), los más abundantes, o presentar una ligera inclinación al exterior (fig. 35), o al interior (fig. 37 y 38). Sólo en raros casos es apuntado (fig. 33).

Mención aparte merece la pieza nº 32. Por la forma de su boca la incluimos en este apartado, sin embargo, tanto su tratamiento, carente de vedrío, como su decoración, de goterones de almagra sobre el labio, nos hacen proponerla, quizá, como precedente de las demás figuras de esta variante. Su contexto, desde luego, parece islámico, algo que también ocurre en otras zonas (RETUERCE, 1998; tipo A.01.B). No obstante, sus orígenes parecen estar claros en tipos comunes de la cerámica hispanogoda (LARRÉN, 1989; 65, fig. 4, 117). Como fusión de ambas tradiciones los encontramos presentes en el área de Tudmir, en la que las pervivencias de la cerámica indígena son muy patentes (GUTIÉRREZ, 1996; 120, fig. 46).

Para el resto de las piezas encontramos paralelos en la costa granadina (GÓMEZ, 1992; 116, fig. 186),

en Bayyana (CASTILLO Y MARTÍNEZ, 1993; 107, lám. XVII-9) y, cómo no, en Madinat al-Zahra (CANO, 1996; 79, fig. 19, 43 y 45), todas con una franja cronológica parecida. Vendrían a corresponderse con el tipo 122 de Ación (ACIÉN et al., 1995).

En las decoraciones, para las más relevantes, como las figuras 37 y 38, encontrado referencias para la epigrafía, en piezas de la Alcazaba de Málaga (PUERTAS, 1985). Ataifores con decoración epigráfica centrada, aunque con leyendas diferentes, como “*al-Mulk*”, aparecen muy bien representados en Madinat al-Zahra y otros yacimientos califales (CANO, 1996; 122, fig. 62).

Variante IV. (Lám. XIV, fig. 39, 40, 41, 42 y Lám. XV, fig. 43)

Con similares características en cuanto a la tendencia de las paredes y desarrollo de algunos de los repiés (fig. 40, p.ej.) que la variante anterior, la diferencia más significativa de ésta reside en la forma de los bordes, que ahora son diferenciados, con labios exvasados, redondeados (fig. 42) o ligeramente apuntados (fig. 41). Algunas piezas cuentan además con una pequeña escotadura cercana al labio y que marca, discretamente, el cambio entre el borde y el cuerpo (fig. 40 y 41).

Sus acabados se suelen resolver mediante cobertura vítrea de color melado verdooso en ambas superficies. Sólo en un caso hemos hallado decoración (fig. 42), representando motivos vegetales en manganeso que probablemente cubrieran totalmente el interior de la pieza.

Como en el caso del subgrupo anterior, sus orígenes los encontramos en ciertos cuencos de época visigoda (CABALLERO, 1989; 93-94, fig. 14), aunque su continuidad parece larga, encontrándolas con diferencias en yacimientos cronológicamente islámicos (RETUERCE, 1998; tipo A.05.B) y con un importante substrato indígena (MOTOS, 1993; 24, fig. 7). No obstante, en nuestro caso, con un contexto claro, parece una forma muy residual.

Una vez más incluimos en este apartado dos piezas, que aún careciendo de algunas de las particularidades de las anteriores, por la forma de sus cuerpos y labios guardan estrechas similitudes (fig. 39 y 43). Ambas poseen labios redondeados y engrosados en el interior, y ninguna de ellas están vidriadas.

En la primera (fig. 39), su acabado consiste en el bruñido de sus paredes interiores. Resalta en éstas también, el color de las mismas, de un gris oscuro, sobre el que se aplica una banda oval de pintura blanca en el interior.

La figura 43 no tiene decoración alguna ni tratamiento en sus paredes, siendo lo más significativo sus reducidas dimensiones (quizás se trate de

un especiero).

El resto de los ejemplares no suponen gran dificultad a la hora de identificarlos, pues se trata de una forma que se halla presente en muchos yacimientos con niveles califales (siglos X y XI). Así ocurre en Pechina (CASTILLO Y MARTÍNEZ, 1993; 106, lám. XVI, 7), El Maraute (GÓMEZ, 1992; 113, fig. 159) y en Madinat al-Zahra (CANO, 1996; 79, fig. 19). Se podría corresponder con el tipo 131 de Ación (ACIÉN et al., 1995; 127).

Variante V. (Lám. XV, fig. 44, 45, 46 y 47)

La marca más peculiar de esta variante estriba en la presencia de una carena en el cuerpo que hace variar bruscamente la orientación de las paredes. Esta escotadura, por lo general, se suele situar en el tercio inferior del mismo, aunque con algunos cambios en la altura. Así tenemos dos casos en los que la moldura se encuentra muy cercana al repié (fig. 44 y 45) y otros dos en las que ésta se desplaza hacia puntos más alejados de la base, dotando de mayor desarrollo al fondo (fig. 46 y 47). Por último, los labios son redondeados y no están diferenciados.

En todos los ejemplos con que contamos se emplea el vedrío como solución para su acabado, hallándose diferencias de unas piezas a otras en la tonalidad. Así, tenemos vidriados melados amarillentos (fig. 45 y 46) y verdosos monocromos (fig. 47), o la alternancia de melado amarillento con engalba transparente (fig. 44).

En cuanto a la decoración, parece poder asociarse el verde y manganeso como técnica más frecuente, cuando la lleva. Los motivos de las piezas que presentamos aquí son vegetales, en el caso de la figura 45, e incierto en el de la 44.

Por su tipología y la aparición de la carena en el cuerpo, pueden tratarse de los tipos 131, para la figura 44, y 132 para el resto, de la clasificación que propone Ación (ACIÉN et al., 1995), característicos sobre todo del siglo XI. Ejemplares de formas y cronologías idénticas los encontramos en lugares ya citados como Madinat al-Zahra (CANO, 1996; 112, fig. 52), con motivos decorativos también similares, o en otros del occidente de al-Andalus, como el Castelo Velho de Alcoutim (CATARINO, 1998; 130, Est. II, 9).

Variante VI. (Lám. XVI, fig. 48, 49 y 50)

Como característica de esta forma se atiende a los repiés moldurados.

En esta última variante, se ven representadas algunas de las características de la anterior, que ya se hallaban presentes en piezas como las números 46 y 47, amén de una nueva, que afecta sobre todo a los repiés, como es la aparición de marcadas

molduras o pestañas.

La tendencia de los cuerpos parece apuntar a un desarrollo más esbelto de los mismos, como se observa en la figura 48, con paredes semi rectas, que en algún caso resulta notablemente patente (fig. 50), con una forma casi oval en el cuerpo.

Mención especial merece la figura nº 48, pues en ella se da también la carena en el cuerpo de la variante precedente, sólo que esta vez se sitúa en el tercio superior y su brusco cambio supone el nacimiento de un borde recto, algo abombado, sobre el que se instalarán asas de puente (posiblemente dos) dispuestas en sentido horizontal.

Las tres están vidriadas en sus dos caras, empleándose la alternancia de melado amarillento y engalba transparente, para las que llevan decoración en verde y manganeso, y melado intenso para la que sólo emplea el óxido de manganeso como sustancia decorativa.

Encontramos paralelos en la forma de los repiés en Bayyana (CASTILLO Y MARTÍNEZ, 1993; 107, lám. XVII, 4) y Calatalifa (RETUERCE, 1998; tipo A.12), sobre todo para las números 48 y 49; y en Vascos, para la 50 (RETUERCE, 1998; tipo A.10).

En la decoración, hemos encontrado un motivo idéntico al de nuestra pieza 48 en Cerro da Vila (Portugal) (MATOS, 1986; 149, lám. 1), aunque realizado exclusivamente en manganeso, y similitudes con algunos ataifores de Madinat al-Zahra (CANO, 1996; 102 y 105). En cuanto a epigráficas existen buenos ejemplos en el yacimiento anterior, así como en algunos de nuestros tipos ya comentados (fig. 37 y 38).

GRUPO D. REDOMAS. BOTELLAS.

Descripción: Recipientes de reducidos tamaños, con cuerpos esféricos o piriformes y, normalmente, con un asa. Están destinados a escanciar líquidos (ROSSELLÓ, 1991; 166).

Se atiende a la forma de los cuerpos y bases.

Variante I. (Lám. XVII, fig. 51 y 52)

Son piezas con cuerpos globulares o con tendencia esférica y bases plano convexas, que presentan, al mismo tiempo, pequeñas molduras en los cuellos. Sólo contamos con un ejemplo que nos permita observar el desarrollo completo del cuello y de la boca, que son, sin que esto pueda generalizarse, troncocónico invertido y algo curvo el primero, y diferenciada, engrosada y redondeada la segunda. Las dos poseen asas de puente, pareciendo llegar una hasta el borde (fig. 52) y la otra hasta la mitad del cuello (fig. 51).

No están vidriadas aunque parecen haber estado sometidas a un baño final a modo de engobe. Ambas presentan, una vez más, decoración

de pintura blanca consistente en grupos de tres trazos oblicuos sobre el tercio superior del cuerpo, en el caso de la figura 52, y en dos grupos de bandas paralelas y horizontales bajo el labio, en el cuello y en el cuerpo, en el de la nº 51.

Sólo hemos encontrado algunos parecidos con esta variante en redomas de Bayyana (ALMERÍA, 1993; 19), y, con boca también abocinada pero más curva, en la zona centro (RETUERCE, 1998; tipo B.02).

Variante II. (Lám. XVII, fig. 54)

Está representada por una sola pieza, la nº 54. Muy similar a la anterior, con base igualmente convexa, en ésta el cuerpo es más abombado, diferenciándose la base a través de un ligero estrangulamiento del mismo. Por otra parte, también cuenta con la novedad de tener vedrío en el exterior, melado en este caso, y decoración en óxido de manganeso. Desconocemos la tendencia del cuello, pudiendo sólo apuntar a un posible estrechamiento de éste en la zona más cercana al galbo, que lo haría pasar hacia una forma cilíndrica. Contaría con una sola asa, de la que conserva su arranque.

Aparece esta forma en yacimientos con clara cronología califal, habiendo encontrado paralelos para la nuestra en Madinat al-Zahra (CANO, 1996; 84, fig. 24), pero con verde y manganeso, y en Toledo (RETUERCE, 1998; tipo B.01.3).

Variante III. (Lám. XVII, fig. 53)

También está representada por una sola figura, la nº 53. Mantiene semejanzas con la nº 54 en la diferenciación de la base mediante el estrechamiento final del cuerpo. Sin embargo, la base ahora es totalmente plana, siendo su cuerpo piriforme. Tiene vidriado exterior en melado verdoso y como decoración se podrían considerar las bandas horizontales e incisas que presenta en el tercio superior del cuerpo.

Hallamos esta forma en Mallorca, coincidiendo con el tipo II de Rosselló (ROSSELLÓ, 1978). Más cercana a nuestra zona la encontramos también en Madinat al-Zahra (CANO, 1996; 85, fig. 25).

Para finalizar e integrando este grupo podemos considerar la pieza nº 55. Su parecido con esta última variante se manifiesta por tener su base plana, aunque no se halla vidriada y su cuerpo parece ser cilíndrico, encontrándose también estriado mediante marcadas incisiones. Tal vez se trate de algún tipo de botella, para la que no hemos podido encontrar paralelos cercanos. Quizá sea un tipo de "limeta" de las referidas por G. Rosselló (ROSSELLÓ, 1991; 167). No obstante, existen piezas con algunas semejanzas en Bayyana (CASTILLO Y MARTÍNEZ, 1993; 88, lám. VI-4), identificadas

como tazas (ALMERÍA, 1993; 112), y en sitios del sur de Portugal (MATOS, 1991; 445, fig. 0121).

GRUPO E. JARRITAS/OS.

Descripción: Son contenedores de líquidos para ser utilizados en el servicio de mesa. Sus bocas suelen ser anchas, aunque siempre inferiores al diámetro de los cuerpos. Llevan asas de puente; dos para las jarritas y una para los jarritos. En éstos últimos también se aprecia, en ocasiones, la existencia de pitorro vertedor. Sus dimensiones son similares a las de las redomas y, quizá, algo superiores (ROSSELLÓ, 1991; 165 y 166).

Las diferencias observadas se refieren a la forma de los bordes y cuerpos. Ninguna está vidriada.

Variante I. (Lám. XVIII, fig. 56, 57, 58, 59 y 60)

Caracterizada por labios engrosados y diferenciados, cuellos cilíndricos y cuerpos de tendencia piriforme o algo abombada. El mejor ejemplo lo encontramos en la figura 56, en un claro contexto hispanogodo. En ella se observan influencias de la cerámica tardorromana sobre todo en la boca, sirviendo como modelo para el posterior desarrollo de estas piezas. Prueba de ello pueden ser las figuras 58 y 59, con cuello exvasado la primera, más cercana a la 56, y con tendencia al envasamiento la segunda, de cronología más avanzada, y la 57, de base plana y cuerpo con una forma más cilíndrica.

Por último incluimos en este apartado una pieza de dimensiones reducidas que, por su aspecto, puede ponerse en relación con algunos jarritos hallados en las niveles más antiguos de Pechina; la figura 60. Su cuerpo aparece con una tendencia totalmente cilíndrica, mientras que su base es convexa.

Los motivos decorativos que se repiten consisten en trazos pintados, sobre el cuello, pudiendo ser horizontales e irregulares (fig. 59), o bien oblicuos digitales (fig. 56). Sólo en el caso de la fig. 58 hallamos restos en el labio, siendo también la que presenta bandas incisas en el cuello.

Encontramos paralelos de la número 56 en piezas visigodas del Museo Arqueológico Nacional (IZQUIERDO, 1977a; 19) procedentes, como ésta, de contextos funerarios. Para el resto sí conocemos ejemplos en yacimientos islámicos, aunque con una importante carga de influencia indígena. Así ocurre en El Castellón de Montefrío, para nuestra figura 57 (MOTOS, 1993; 231, fig. 12, 2), o en Bayyana para nuestros números 58 y 59 (CASTILLO Y MARTÍNEZ, 1993; 88 y 90, lám. VI-5 y VII-6). En este último lugar es donde encontramos la referencia para la fig. 60 (CASTILLO Y MARTÍNEZ, 1993; 88, lám. VI-1).

Variante II. (Lám. XIX, fig. 61, 62 63, 64 y 65)

Son formas típicamente islámicas. La componen jarritas con cuerpos globulares y panzudos, que pueden incluso llegar a ser angulosas (elípticas) (fig. 64), cuellos cilíndricos, rectos o ligeramente curvos, y labios algo envasados redondeados y normalmente engrosados al interior. En los ejemplos que presentamos podemos encontrar la existencia de un asa de puente que parte desde el labio, desarrollando un vuelo alto, para llegar hasta la zona más sobresaliente del cuerpo (fig. 61 y 64), aunque en algunas de ellas esta característica no se puede apreciar (fig. 62 y 63). Las bases son plano convexas (fig. 61, 62 y 65).

De nuevo, ninguna se encuentra vidriada y normalmente, si tienen acabado éste se suele realizar con engobe que, en el caso de la nº 62, resulta bastante llamativo, ya que al ser de color negro o gris oscuro, hace resaltar la decoración en blanco de los filetes que posee en el cuello y cuerpo, situación que habrá de repetirse en otras piezas.

Este es el motivo decorativo más usual, variando sólo en el número de bandas. También se dan los chorreones verticales que, en la figura 65 son de pintura roja. También se pintan algunas asas (fig. 64).

Como algo con una finalidad igualmente decorativa podemos destacar las aristas o acanaladuras en los cuerpos (fig. 61 y 65).

Esta forma aparece bien representada en yacimientos emirales y califales de todo al-Andalus, denotándose en ella una larga perduración que llegará hasta el siglo XI. Las muestras más antiguas las encontramos en el levante peninsular, con acanaladuras y asas de vuelo alto, como nuestro número 61 (GUTIÉRREZ, 1996; 114, fig. 42), y en Almería (ALMERÍA, 1993; 82). Plenamente califales las tenemos también en la zona de Tudmir (GUTIÉRREZ, 1996; 216, 10, 9), pero sobre todo en Madinat al-Zahra (VALLEJO Y ESCUDERO, 1998; 155, fig. 11, 2) y Córdoba (FUERTES Y GONZÁLEZ, 1993; 778, Lám. 3-VII). Pertenecían al tipo 323 de Ación y colaboradores (ACIÉN et al., 1995; 126), sobre todo nuestra figura 62. En cuanto a la número 64, no hemos hallado parecidos. No obstante su contexto la sitúa en el s. X.

Variante III. (Lám. XX, fig. 66, 67 y 68)

Esta variante guarda estrechas semejanzas con la anterior en lo que se refiere a la forma de los cuerpos, las bases y los labios, constituyendo su única novedad la tendencia de los cuellos, que ahora son troncocónicos invertidos o exvasados. Poseen una o dos asas, siendo también en esto muy parecidas a las de la forma anterior. Los ejemplos más significativos de este subgrupo son las piezas

66 y 67, que conserva, ésta última, el orificio del pitorro vertedor, mientras que la fig. 68 presenta menos inclinación en el cuello, lo que le da una apariencia más cilíndrica.

No llevan ninguna decoración, a no ser que consideremos las acanaladuras en el cuello de la fig. 68 como tal.

Las tres parecen corresponder a momentos califales, y en algún caso anteriores, estando suficientemente representadas en yacimientos de este período como Córdoba, para la número 66 (HIDALGO et al., 1996; 146, fig. 84, 4771), Medinaceli, idéntico a nuestro jarrito número 67 con pitorro (RETUERCE, 1998; tipo C.19), o Madinat al-Zahra, para la figura 68, que, vidriada, se introducirá de lleno en el siglo XI (CANO, 1996; 83, fig. 23).

Variante IV. (Lám. XIX, fig. 69 y Lám. XX, fig. 70)

Caracterizada por contar con un marcado hombro o escotadura que diferencia el cuerpo del cuello. El primero es de tendencia abombada, mientras que el segundo lo podemos observar recto y cilíndrico, rematado por labio redondeado (fig. 69), o troncocónico con borde algo diferenciado y labio redondeado y engrosado (fig. 70). Ambas poseen asas de puente.

En la pieza 69, a modo decorativo, además del hombro, destaca una pestaña situada por encima de éste, y que aísla aún más el cuello del cuerpo. De nuevo se emplea la pintura blanca como sustancia para la decoración, consistiendo ésta en el repetido esquema de bandas horizontales en el exterior, tanto en el cuello como sobre el hombro, en este caso, y goterones en el interior y sobre el labio.

Sin embargo la jarrita 70 presenta un acabado diferente, pues se la somete a un engobe negro que recubre toda la pieza, y sobre el que se dibujan trazos y chorreones en pintura blanca que, ahora también afectan a las asas.

Paralelos para esta forma los encontramos en varios yacimientos de la geografía peninsular, en donde son muy usuales en niveles califales (siglos X y XI). En concreto, para la número 69 hemos hallado parecidos con jarritas y jarritos de Córdoba (FUERTES Y GONZÁLEZ, 1994; 776, lám. 1, XXIV) y del sureste peninsular (ALMERÍA, 1993; 88, y GUTIÉRREZ, 1996; 129, fig. 54), y para la nº 70 en Ceuta (FERNÁNDEZ SOTELO, 1988; t. III, 104, fig. 4) o en Madinat al-Zahra (VALLEJO Y ESCUDERO, 1998; 155, fig. 11, 3).

Mención aparte merece la figura 71 (lámina XX), para la que no hemos encontrado paralelos. Se trata de una jarra en la que se funden características de la variante II en el cuerpo, sobre todo de la fig. 64, y de la pieza 70 de la variante IV, en

cuanto a la forma de su cuello que, no obstante, dibuja una abertura muy superior a las demás. El cuerpo presenta acanaladuras que lo cubren hacia la mitad, del que parten dos asas conservadas sólo en el cuerpo, que posiblemente partirían desde el mismo borde. Éste queda diferenciado y posee labio apuntado.

Por último, tan sólo podemos añadir que, por su contexto, podría encuadrarse dentro de los siglos XXI, sobre todo éste último (un tipo parecido pero nazarí en ACIÉN et al., 1995; 127, fig. 361).

GRUPO F. ORZAS.

Descripción: Formas cerradas de tamaños medianos y pequeños y variabilidad en los cuerpos. Carecen de asas y sus bases suelen ser planas (aunque aquí no contamos con ninguna). Su función está relacionada con el almacenamiento y transporte de sustancias (ROSSELLÓ, 1991; 164).

Atendemos para su clasificación a las características de los cuerpos y los bordes – labios. Todas están realizadas a torno y ninguna está vidriada.

Variante I. (Lám. XXI, fig. 73)

Representada por una única pieza (fig. 73). Tiene cuerpo piriforme y borde diferenciado y exvasado, labio redondeado o algo apuntado. No tiene ningún tipo de tratamiento en su acabado y, aunque sus dimensiones son reducidas, su finalidad sería el almacenamiento de sustancias.

Piezas con grandes parecidos a la nuestra las encontramos en yacimientos medievales en los que las cerámicas a mano o torneta son comunes. Igualmente parecen presentarse similitudes con la cerámica común tardorromana. Así ocurre en lugares como Córdoba, ésta datada en los siglos VII y VIII (HIDALGO et al., 1996; 131, fig. 76, 1452), el Zambo (GUTIÉRREZ, 1996; 112, fig. 41 y 127, fig. 52), o en el norte de África, como en Ceuta (FERNÁNDEZ SOTELO, 1988; t. III, 103, fig. 3-B y C) o Nakur (ACIÉN et al., 1998; 66, lám. VI, 4).

Nuestro ejemplar, sin embargo se halla realizado a torno, perteneciendo a un contexto califal.

Variante II. (Lám. XXI, fig. 72)

Representada también por una sola pieza, y aunque puede pertenecer por su forma y tamaño al grupo de las marmitas, la ausencia de asas así como de huellas de haber sido expuesta al fuego, nos inclinan a considerarla dentro de este tipo. Su cuerpo es de tendencia globular, cuello (borde) cilíndrico y exvasado y labio redondeado y engrosado.

No está vidriada, empleando como decoración grupos de cuatro bandas verticales en pintura blanca sobre el tercio superior del cuerpo.

Encontramos paralelos con la misma funcionalidad en el Castelo Velho de Alcoutim, Portugal (CATARINO, 1998; 130, Est. II, 2), y en Madinat al-Zahra (VALLEJO Y ESCUDERO, 1998, 159, fig. 20), ambos encuadrados en pleno siglo X.

Variante III. (Lám. XXI, fig. 74, 75 y Lám. XXII, fig. 76)

Caracterizadas por cuerpos de tendencia globular y labios envasados. Sólo en la pieza nº 76 estas particularidades se ven alteradas, sirviendo como enlace con la variante posterior. Igualmente hallamos diferencias en los labios, engrosados en algunas figuras (74 y 76).

En ninguna hemos encontrado restos de haber tenido asas. Todas son a torno y no parecen llevar ningún tipo de tratamiento final, excepción hecha por la figura 75 que, en lo conservado, está totalmente pintada, alternándose en el interior el rojo y en el exterior el negro.

Tanto de este ejemplar como del número 74 no se han localizado paralelos. Sólo la figura 76 presenta semejanzas con el tipo 434 de Acién, que resulta ser una marmita (ACIÉN et al., 1995; 127).

Variante IV. (Lám. XXII, fig. 77 y 78)

Podrían denominarse más bien “tarros” a tenor de sus reducidas dimensiones. Son recipientes de cuerpos abombados con tendencia cilíndrica que, en su tercio superior, suelen dibujar un brusco cambio en la orientación de las paredes, lo que provocará la apariencia de un cuello o borde envasado (fig. 77). Los bordes están diferenciados y poseen labios exvasados, planos e inclinados hacia el interior (de manera que puedan recibir una tapadera).

Como en la variante anterior y, en general, en todo el conjunto que venimos comentando, su tratamiento final se reduce a engobes, volviendo a aparecer en la decoración, cuando la llevan, los esquemas tradicionales de filetes horizontales pintados en blanco (fig. 78).

Hemos localizado piezas semejantes en Madinat al-Zahra, pero vidriadas y con decoración en verde y manganeso (CANO, 1996; 93, fig. 33) y en El Maraute (GÓMEZ, 1992; 59, fig. 2), aunque aquí resulta ser una marmita y además está realizada a torno lento.

GRUPO G. JARRAS/OS

Descripción: Como el anterior están destinados al almacenamiento y transporte de líquidos. Sus dimensiones suelen ser medianas o grandes, presentando, generalmente, cuerpos esbeltos, con una o dos asas, y cuellos cilíndricos. Sus bases son planas (ROSSELLÓ, 1991; 164).

Se atiende a la forma de los bordes y cuellos.

Variante I. (Lám. XXIII, fig. 79 y 80)

Representada por piezas con bordes diferenciados, exvasados en “ala” y labios planos. Tienen cuellos medianamente desarrollados y ligeramente cóncavos o estrangulados. Sólo un ejemplar conserva el arranque de un asa de puente, haciéndolo hacia la mitad del cuello (fig. 79).

Como decoración sólo la figura 80 conserva parte de una línea en pintura negra sobre el labio.

Parece ser una forma inspirada en la tradición preislámica, siendo de ésta lo más característico los bordes alados. No obstante es un tipo con una larga perduración que aparece fundamentalmente en lugares con niveles califales y taifas. En este marco cronológico se sitúan las piezas del tipo C.40 de Manuel Retuerce, con estrechos lazos de parentesco con nuestra figura 79 (RETUERCE, 1998). También la encontramos en Madinat al-Zahra (CANO, 1996; 80, fig. 20). Por último, y con cronología más avanzada, la tenemos en Mértola, coincidiendo sobre todo con nuestro número 80 (TORRES et al., 1991; 525, fig. 073).

Variante II. (Lám. XXIII, fig. 81 y 82)

También con cuellos cilíndricos, solo que más anchos y cortos, la particularidad de esta variante radica en la forma de sus bordes, que son moldurados, pudiendo tener labios planos (fig. 81) o redondeados y algo envasados (fig. 82).

El ejemplar que mayor complejidad en la molduración presenta es el número 81, que es, igualmente, el que más cerca está de las formas tardorromanas y visigodas. En su interior, el borde parece estar preparado para la recepción de una tapadera.

En cuanto a los motivos decorativos, éstos pueden ser incisos, como en el caso de la fig. 81 o pintados en rojo como en la 82.

Existen paralelos en yacimientos con una clara tradición indígena como en Montefrío (MOTOS, 1993; 215, fig. 3, 14), en Bayyana (CASTILLO Y MARTÍNEZ, 1993; 81, lám. II, 7) o en la zona de la campiña giennense (CASTILLO ARMENTEROS, 1996; 214, fig. 8, 14), para nuestra figura 82, y en este último lugar (CASTILLO ARMENTEROS, 1996; 217, fig. 11, 9) y en Córdoba (FUERTES Y GONZÁLEZ, 1993; 778, fig. XX, lám. 3), para la nº 81, existiendo igualmente para ésta precedentes en época visigoda, como en Recópolis (CEVPP, 1991; 57, fig. 28).

Variante III. (Lám. XXIV, fig. 83)

Está representada por piezas con bordes diferenciados con bocas amplias de labios redondeados y engrosados al exterior (fig. 83), y cuellos cilíndri-

cos de apariencia más esbelta que los de la variante anterior. Ninguna conserva tipo de acabado alguno o tratamiento final.

Sólo alguna pieza cuenta con cierta decoración, consistente en goterones de pintura roja en el borde, tanto dentro como fuera, y algún resto en el cuello (fig. 83). En el caso de este ejemplar parece tratarse de una tinaja, dado el grosor de sus paredes.

Encontramos numerosos ejemplos en Bayyana (CASTILLO Y MARTÍNEZ, 1993; 109, lám. XVIII, 1) y Madinat al-Zahra (VALLEJO Y ESCUDERO, 1998; 150, fig. 4-1 y 2, y fig. 5).

Variante IV. (Lám. XXIV, fig. 84, 85 y 86)

Son recipientes con bordes diferenciados de sección triangular y labios redondeados o ligeramente apuntados. Igualmente presentan en el cuello una característica tendencia cóncava (estrangulamiento). Recibe influencias de las ánforas tardorromanas con cuellos y bordes similares (CEVPP, 1991; 58, fig. 8, 22, y CATHMA, 1991; 31, fig. 6). Desconocemos el desarrollo de su cuerpo, aunque pensamos que serían algo abombados y estilizados, parecidos al que insinúa la pieza nº 87 de nuestro conjunto. Sólo tenemos un ejemplar con asa (fig. 84).

En la decoración existe unanimidad en cuanto a la técnica, empleando siempre pintura, ya sea blanca o roja, así como en su localización en el cuello. No ocurre lo mismo en lo referente a los motivos, consistentes en unos casos en lenguas horizontales y digitadas (fig. 84 y 85), y en otros en grupos de filetes, también horizontales (fig. 86). Por último, sólo en la figura 85 aparece la pintura sobre el labio, así como una banda incisa.

Paralelos fuera de los límites referidos antes los hallamos en El Castellón de Montefrío, en el que la presencia de substrato indígena queda claramente reflejada en la cerámica (MOTOS, 1993; 219, fig. 6, 2 y 3).

Variante V. (Lám. XXV, fig. 87)

Representada por un solo ejemplar (fig. 87), muestra alguna similitud con la variante anterior en el cuello, aunque en esta ocasión su estrangulamiento es más ligero, al verse interrumpido hacia su mediación por una pequeña moldura saliente, desde la que parten sus asas. También una pequeña pestaña diferencia el cuerpo del cuello, algo que ya vimos como una particularidad de las marmitas de la variante III. Por otra parte su borde no está diferenciado, constituyendo simplemente la prolongación del cuello, y su labio es plano y tiene engrosamiento exterior.

Como decoración sólo se conservan dos líneas

incisas sobre el tercio superior del cuerpo, sin que cuente éste con ningún tipo de acabado.

Por la forma de su cuello y su peculiar moldura, se puede poner en relación con las jarras de tradición hispanogoda, aunque esta característica será constantemente repetida, perdurando bastante en el tiempo. Ejemplos de ello y relacionadas con nuestra figura, encontramos jarras y jarros en Madinat al-Zahra (VALLEJO Y ESCUDERO, 1998; 150, fig. 4-1) y, ya en el siglo XI, en Mértola (TORRES et al., 1991; 525, fig. 073).

Variante VI. (Lám. XXV, fig. 88 y Lám. XXVI, fig. 89 y 90)

Son piezas de cuellos cilíndricos, cuerpos de tendencia abombada (fig. 89 y 90), bordes ligeramente diferenciados y labios redondeados y engrosados al interior (fig. 88).

Incluimos en esta variante una pieza con filtro interior (fig. 89) –por pensar que esta particularidad no constituye en sí misma un elemento diferenciador que afecte a la forma del ejemplar–.

Se vuelven a repetir los esquemas decorativos en pintura blanca basados en líneas concéntricas horizontales sobre cuerpo y cuello (fig. 89). Aparecen aparte de las lenguas, algo novedoso como son las líneas trenzadas, en zigzag, en el cuerpo (fig. 90). Cuando no se da la pintura, el sistema decorativo más difundido es la incisión, representando en esta ocasión ondulaciones enmarcadas por bandas paralelas (fig. 88).

No es fácil establecer paralelos para esta variante, como para algunas de las anteriores, por la gran pervivencia que experimentan esta serie de la cerámica común, en la que el empleo de decoraciones también similares, dificulta aún más la labor. No obstante, aparte del contexto cerámico en el que fueron halladas, vemos semejanzas formales y, en algunas, decorativas, en Bayyana (CASTILLO Y MARTÍNEZ, 1993; 109, lám. XVIII-9) y Madinat al-Zahra (VALLEJO Y ESCUDERO, 1998; 150, fig. 4, 1 y 2), ambas con una cronología del siglo X avanzado, aunque pensamos que los nuestras deban quizá situarse en el siguiente, sirviendo en algún caso, como modelo para producciones posteriores (por ejemplo la fig. 88).

Afectando por igual a todas las variantes, los fondos de las piezas que componen este grupo, los creemos planos, quedando representados por las figuras 91 y 92 (Lám. XXVI), ambas sin duda procedentes de jarros y jarras. Desgraciadamente no contamos con ningún ejemplar completo del conjunto estudiado. No obstante hallamos paralelos formales en piezas completas tanto de la misma Ronda (actualmente en estudio), como de otros lugares (ACIÉN et al., 1995; tipo 324).

GRUPO H. ALCADAFE.

Descripción: Recipiente de forma abierta y paredes no demasiado altas. Sus bases son planas y su funcionalidad parece múltiple (ROSSELLÓ, 1991; 169).

Se atiende a la forma del borde.

Variante I. (Lám. XXVII, fig. 93)

Sólo un ejemplar. Posee cuerpo de tendencia troncocónica invertida de paredes rectas. Su borde está diferenciado, exvasado y redondeado con labio plano e inclinado al interior.

Parece poder encuadrarse en la tradición de la cerámica común tardorromana y visigoda.

Variante II. (Lám. XXVII, fig. 94)

Cuerpo similar al anterior e inicio de base aparentemente plana o algo convexa. Su borde está diferenciado y tiene labio redondeado y ligeramente engrosado en el interior. Aquí también las paredes se encuentran bruñidas, siendo éste el único acabado al que se somete la pieza. Como motivo decorativo destaca una línea incisa en el exterior del borde que representa la impronta de un cordón.

Es una forma con una larga perduración y una más que notable presencia en contextos islámicos, lo que hace difícil su datación.

GRUPO I. ANAFRE

Descripción: Fogón portátil de tipología variable pero generalmente compuesto por una cámara inferior para las brasas, y una superior, separada de la anterior por la parrilla, en la que se ubican los recipientes destinados a cocer los alimentos. Sus bocas son normalmente amplias y sus bases son planas (ROSSELLÓ, 1991; 171).

Se atiende a los cuerpos y bordes.

Variante I. (Lám. XXVIII, fig. 95 y 99)

Son anafres característicos por sus cuerpos de paredes rectas, cilíndricas y ligeramente troncocónicas invertidas, y bordes exvasados y labios redondeados, algo planos y engrosados en el interior. Destaca también los pedúnculos o apéndices sobre el labio que, en el caso de la figura 95, son dobles; uno en vertical y otro, triangular, en horizontal, así como aberturas cilíndricas en el cuerpo (fig. 99). En ambos casos sus diámetros son amplios y está realizados a torno.

Encontramos paralelos en Bayyana (CASTILLO Y MARTÍNEZ, 1993; 105, lám. XV, 1), correspondiéndose con el tipo 728 de Acién (ACIÉN et al., 1995).

Variante II. (Lám. XXVIII, fig. 96)

Está representada por un solo ejemplar, el nº 96.

Con un diámetro de abertura también amplio, su característica más relevante es su cuerpo que, siendo troncocónico invertido, tiene las paredes curvas, dándole una apariencia acampanada. Se diferencia el borde a través de una doble acanaladura en el cuerpo, siendo su labio redondeado e inclinado al interior. Es bajo éste donde se sitúan los apéndices horizontales destinados a soportar los recipientes durante la exposición a las brasas. Por último y como la anterior, presenta un orificio de ventilación en el cuerpo.

Se podría corresponder con el tipo 736.1 de Ación (ACIÉN et al., 1995), que parece tener una larga perduración.

Variante III. (Lám. XXVIII, fig. 97)

La principal característica de este subgrupo, amén de otros detalles en la forma de las piezas, es sus reducidas dimensiones, que lo hacen apto sólo para vasijas de pequeño tamaño (como jarritas).

Presentan cuellos cilíndricos, bordes exvasados y labios redondeados, algo apuntados y de sección triangular, sobre los que se sitúan apéndices verticales. Los horizontales, como en las variante anteriores, se ubican en el interior, aunque en esta ocasión lo hacen sobre las paredes del cuerpo (fig. 97).

Hallamos paralelos, aunque todos poseen diámetros muy superiores al nuestro, en Bayyana (CASTILLO Y MARTÍNEZ, 1993; 105, lám. XV, 2) y en El Maraute (GÓMEZ, 1992; 99, fig. 145).

Por último consideramos en este apartado una pieza, la fig. 98 que, aún perteneciendo al amplio grupo de los contenedores de fuego, se halla más relacionada con alguna especie de esenciero que con el de los anafres propiamente dichos. Para ello, además de su tamaño, resalta la ausencia de huellas de fuego, tan características en los tipos anteriores.

El cuerpo, diferenciado del cuello mediante un marcado hombro, que recuerda al de alguna de las jarras que hemos estudiado (en concreto 69 y 70), es de tendencia cilíndrica pero algo abombada. Sus bases son planas, siendo otra de las características de esta variante los pedúnculos, en número de tres, que la sobre elevan. No presentan abertura alguna en el cuerpo para la introducción de brasas, al menos en lo conservado. Su filtro, desaparecido también en gran parte, dibuja una forma de cúpula. Por último, se observa el arranque de dos asas en el cuerpo.

No hemos encontrado ejemplos asociables a este tipo en ninguno de los yacimientos en los que nos hemos apoyado para establecer los paralelos.

GRUPO J. CANDIL

Descripción: Son elementos portátiles destinados a la iluminación (ROSSELLÓ, 1991; 174).

El típico candil de piquera con asa por fuera del gollete y goterones vidriados en verde (Lám. XXIX, fig. 100 y 101). Sólo encontramos ligeras diferencias en los golletes, siendo uno más esbelto y estilizado (fig. 101) y otro más bajo y ancho (fig. 100). En los dos, las cazoletas son lenticulares con ligera moldura. No merece la pena reflejar aquí sus paralelos, tan numerosas como suficientemente conocidos en todo al-Andalus.

Caso extraño es el de la pieza nº 102, que quizá pudiera interpretarse como parte de una lámpara.

GRUPO K. TAPADERA

Descripción: Forma muy variable. Su función es la de cubrir recipientes generalmente de formas cerradas (ROSSELLÓ, 1991; 170).

Es un grupo que resulta estar poco representado en nuestro registro. No obstante sólo se ha escogido una muestra mínima pero suficiente para dejar reflejada la variedad de las formas que encontramos y que van desde las más cercanas o propiamente tardorromanas hasta las típicamente islámicas. Como es normal en el registro cerámico que controlamos, en las tres variantes la técnica de elaboración es el torno rápido, incluso para la tapadera discoidal.

Variante I. (Lám. XXX, fig. 103)

Forma de campana en el cuerpo con paredes rectas, de tradición antigua y borde con moldura y de labio apuntado.

Variante II. (Lám. XXX, fig. 104 y 105)

Tapadera tradicional de cazoleta, con pedúnculo central. Una de ellas con una pestaña en el labio que lo engrosa hacia el interior (fig. 105). Las bases son planas.

Variante III. (Lám. XXX, fig. 104)

Típica tapadera discoidal, con bases planas y labio en cresta. No conserva el asidero central.

3. Conclusiones a las cerámicas.

Aunque ya se ha vertido alguna conclusión conforme hemos ido comentando los diferentes grupos cerámicos, no está de más recapitular y exponer, de manera concisa, las características más relevantes del conjunto, que servirán, en parte, para plantear nuestro posterior análisis histórico sobre Ronda.

De todas las que se pueden sacar tras el estudio tipológico, el resultado más evidente recae

en la diferenciación que existe entre el material que mantiene lazos significativos con la tradición tardorromana y visigoda, por una parte, y aquél que será introducido a raíz de la conquista musulmana, por otra. Sin embargo, son igualmente notorias las grandes similitudes que se observan entre ambos bloques, hasta tal punto que, en algunos casos, las divergencias radican más en los aspectos tecnológicos, aplicados sobre todo a los acabados –como los vidriados, por ejemplo–, que en los tipos en sí mismos.

Como señalamos al principio, algo que llama la atención es la escasa presencia en nuestro registro de las cerámicas toscas, realizadas a torno lento, que normalmente se vinculan a los ámbitos rurales indígenas, así como las jarras de boca trilobulada, que con tanta profusión se hallan en yacimientos andaluzes de primera época. Desgraciadamente, en el estado actual de nuestros estudios, no podemos poner este hecho en relación con el territorio inmediato. No obstante, las pocas incursiones que hemos llevado a cabo en el mismo, no distorsionan, por el momento, esta lectura, lo cual interpretamos más como fruto de nuestro desconocimiento que como una dinámica que pueda ser extrapolada de una forma genérica, aunque reducida.

En Ronda, ese probable continuismo de formas tradicionalmente indígenas lo vemos más claramente reflejado en otros tipos cerámicos que, aún perteneciendo también a la cerámica común, estarán efectuados a torno rápido. Es el caso, como más llamativo, de las cazuelas cuenco de cuerpos carenados. A decir verdad, resulta interesante, cuando menos, que esta forma se mantenga, casi sin alteraciones en lo fundamental, hasta bien asentado el califato, ya que entronca con los más típicos cuencos de época visigoda, siendo igualmente relevante su poca representación en otros contextos, sobre todo, del sur peninsular.

Algo parecido ocurre también con las marmitas, concretamente con las de la variante V, y con determinadas jarras, aunque con un grado muy diferente de significación, pues su evolución, con respecto a las marmitas, se enmarca claramente en el califato. No obstante, se pueden observar, en las formas de sus cuerpos y bordes, algunas semejanzas con la realizada a torneta (lámina I, fig. 1), pareciendo tratarse de la traducción a torno rápido de un tipo que pudiera haberse concebido, o simplemente mantenido, a torno lento.

Lo que sí parece cierto es que en éstos, a diferencia de los demás grupos, mucho más homogéneos en cuanto a su pertenencia a contextos claramente islámicos, su adscripción a la llamada cerámica común, mueve a pensar en una más que evidente

pervivencia de formas de tradición anterior, sostenida por un conjunto de población con el mismo origen.

En ese paquete que supone el resto de los grupos, la homogeneidad a que nos referíamos se ve respaldada por la aparición de formas y técnicas novedosas, y que podríamos considerar como propiamente islámicas, aunque aquí tampoco debemos generalizar con rotundidad. De ello, son bastante ilustrativos el grupo de los atafiores y el de las jarritas –sobre todo a partir de la variante II–, para los que no existen excesivas dificultades a la hora de encontrar paralelos que se les asemejen, tanto en sus características formales como tecnológicas.

Por último, y de forma más breve aún, cabe realizar aquí algunas observaciones acerca de los motivos decorativos y de las técnicas empleadas en las decoraciones. Lo primero que destaca, en una visión general del conjunto, es el predominio de la pintura sobre los demás acabados. Además, en su ejecución, la pieza recibe, a lo sumo, un ligero engobe, pasándose a aplicar el pigmento directamente sobre éste. En cuanto a la coloración, sobresalen, de una manera casi sistemática, los tonos blancos (plomo), aunque tampoco faltan ejemplos en los que el color básico sean los rojizos (almagra) u oscuros (manganeso). Este tipo de comportamiento en la elección de los pigmentos se advierte también en las cerámicas portuguesas, que ofrecen, por el momento, las mejores referencias materiales para el *Garb al-Andalus*. Los motivos a los que suele estar ligada esta técnica, son los constituidos, fundamentalmente, por bandas paralelas, sobre todo horizontales, y por lenguas digitadas o simples chorreones, situados en cuellos y cuerpos. Más raros son los ejemplos en los que la pintura cubre toda la pieza (lám. XIX, fig. 62 y lám. XX, fig. 70).

Tras ésta, el segundo soporte decorativo que mayor representación tiene en la cerámica rondeña de esta época es, lógicamente, el vedrío. Dejando al margen los vidriados monocromos, por tratarse simplemente del reflejo funcional de una técnica –excepción hecha para piezas como los candiles, en los que se aplican goterones–, para la representación de las decoraciones se tiene predilección por el uso del manganeso, alternado sobre distintas tonalidades (meladas o verdes), y del más complejo verde y manganeso, éste exclusivo de los atafiores y siempre sobre tonos claros (engalba blanca o melados amarillentos).

Los motivos decorativos son variados, yendo desde las formas irregulares y geométricas simples (lám. XII, fig. 35 y lám. XVII, fig. 54), o complejas (lám. XVI, fig. 48), hasta las que esbozan temas ve-

getales (lám. XIV, fig. 42 y lám. XV, fig. 45) o leyendas epigráficas (lám. XIII, figs. 37 y 38).

Finalmente, como se apuntaba también al principio, las incisiones son muy escasas, reduciéndose siempre a bandas paralelas y horizontales (lám. XVII, fig. 55) o bien a pequeñas ondulaciones (lám. I, fig. 2 y lám. XXV, fig. 88).

INTERPRETACIÓN. EL PROCESO HISTÓRICO

Ronda y el triunfo de la sociedad islámica

Entre las circunstancias que se han expuesto como antecedentes, destaca un hecho fundamental, por tratarse de la causa última que motivará la precipitación de los acontecimientos hacia la solución violenta de la primera *fitna*: las conocidas reformas de Abd al-Rahman II. Desde luego, supondrán el detonante excepcional para ese “cuerpo inestable” que era la sociedad de época emiral, tanto por su alcance como por sus repercusiones, constituyéndose en el primer punto de inflexión que marcará la nueva trayectoria del proceso de transición que se venía desarrollando desde el momento de la conquista.

Tales reformas, encaminadas hacia la consolidación del Estado islámico, y con un marcado carácter fiscal, recaerán sobre un medio social heterogéneo, representado, a niveles abstractos, por modos de producción distintos y antagónicos que reaccionarán, igualmente, de diferente forma, como ya apuntáramos (ACIÉN, 1994; 122).

Y esta desigualdad en la repercusión suscitará, de una parte, reacciones violentas protagonizadas, principalmente, por los señores de renta y por determinados elementos tribales –que tampoco ven con buenos ojos las intenciones del Estado–; es el caso de la famosa y cercana revuelta de Ibn Hafsun, de cuya transcendencia dejaron buena constancia las fuentes escritas. Por otra parte, encontramos un movimiento de acercamiento a las posturas del Estado, de aculturación, en la que se ven inmersos, quizá por su debilidad (o como contrapartida a la intencionalidad de los señores), algunos de los grupos de población casi independientes, caracterizados desde un principio por considerarse neutrales, y sobre los que apenas existen noticias en las fuentes documentales.

El ámbito natural de aplicación de dichas medidas será el rural, siendo esto más evidente en aquellas zonas con una base de poblamiento eminentemente indígena y tribal, como la nuestra.

Sin embargo, tampoco estos acontecimientos parecen que llegaron a dejar indicios materiales en el registro de la ciudad de Ronda, que continúa con un mutismo desconcertante, lo que daría pie

a múltiples interpretaciones que aún no estamos en condiciones de madurar suficientemente. Sea como fuere, lo cierto es que todavía nos resulta muy complicado detectar estos detalles con la misma claridad, al menos, con la que se han visto otros, o con la que se muestran los que a continuación trataremos.

Pero será en las consecuencias que ocasionará el final de esa lucha por la hegemonía entre formaciones sociales distintas, en donde parece inscribirse el último período que analizamos y del que provienen las mejores y mayores evidencias con que contamos en el registro arqueológico de Ronda. Es el final del emirato y el comienzo del califato, que se constituirá como el segundo gran punto de inflexión con el que culminará el período, largo y convulsivo, de la transición, para dar paso al de la sociedad islámica plenamente establecida (ACIÉN, 1992a).

Tras el paréntesis de casi dos siglos en el que se veía inmerso el proceso histórico de Ronda, con una característica fundamental reflejada en la escasez de evidencias materiales, se asiste, a partir de este momento, a una proliferación de los restos arqueológicos, tanto artefactuales como estructurales que, aún siendo todavía modestos, originan un cambio brusco en la tendencia del registro. Y este giro, en lo que a nosotros nos interesa, se expresa de una manera muy significativa en los materiales cerámicos, en los que se observa la introducción de formas que rompen, claramente, con la tradición anterior, aunque siguen perviviendo elementos de ésta. Este hecho es de vital importancia para nuestro caso, pues supone la primera muestra de la materialización de unos lazos comerciales con los centros productores de estas piezas, algo que hasta el momento no se habría producido, al menos a esta escala. Probablemente de ello se deriven una serie de condiciones idóneas que servirán de base para el establecimiento de un centro productor propio, destinado a satisfacer un mercado de tipo comarcal. Pero en esto, se hace necesario, para el desarrollo de nuestra investigación, un análisis de las arcillas empleadas en la elaboración de las cerámicas que determine tanto las posibles áreas de extracción de la materia prima, como el alcance en la difusión de las piezas.

El paquete de cerámicas representativas de esta fase se corresponden ahora con aquéllas que emplean la técnica del vidriado como fórmula para el acabado de las piezas. No obstante, este grupo se reducirá básicamente a un tipo bien definido como es el de los ataifores, mientras que el resto queda compuesto por una cerámica común entre la que destaca el uso sistemático de la pintura como único tratamiento final, salvo en algunos

pocos casos.

En este sentido, resulta bastante sintomático que junto a estas piezas introducidas desde otros centros, al menos en un primer momento, continúen manteniéndose otras que, hundiendo sus raíces en la tradición hispanogoda, muestran ahora un marcado carácter local. Tal es el caso de las cazuelas carenadas cuya producción no se interrumpirá durante el emirato, apareciendo de nuevo en nuestro registro, aunque con modificaciones, tras la llegada del califato (lámina VII, fig. 16 y 18 y lámina VIII, fig. 19). Pero esta pervivencia de una forma de la cerámica indígena supone, en esta ocasión, algo más que la integración de la población en una formación social determinada, como la islámica, ya que en ella se hace patente la consecución de un grado de especialización en el proceso productivo que se seguirá sosteniendo, aunque el control de los medios de producción haya cambiado de manos.

A niveles de construcción, empiezan a documentarse estructuras murarias, y por tanto no ya exclusivamente fosas, con las que se puede poner en relación parte del material; no obstante el origen de la mayoría procede, todavía, de estas últimas. Los pocos muros que se han encontrado con una relativa coherencia, pertenecen a espacios de habitación domésticos, generalmente cuadrangulares, de los que el más claro contaba con su nivel de uso, tal vez formado por un suelo de tierra batida (AGUAYO, CASTILLA y PADIAL, 1990). Pero aparte de los vestigios en sí mismos, cuya importancia radica en que son los primeros y más claros restos de los aparecidos en Ronda de esta época, algo que destaca tanto como ellos es su localización dentro del solar rondeño, pues no sólo aparecen ya en las inmediaciones de la zona más alta del asentamiento, tradicional en la ocupación aunque con sus lagunas, como se ha visto, sino también en lugares sensiblemente alejados de ésta, siguiendo un desarrollo hacia el Este y el Norte. Además, es bastante curioso que en éstos la secuencia se simplifique, encontrando depositados los niveles medievales directamente sobre los de época ibérica, a los que, con frecuencia, suelen romper.

Por tanto, de ello se podría deducir que a lo que se asiste es a una expansión del poblamiento sobre la mesa de Ronda, que motivará la ocupación de determinadas áreas que hasta el momento habían permanecido, podríamos decir, prácticamente desiertas desde épocas bastante anteriores. En esto, quizá sea excesivo ver aquí algo similar a lo que ocurre en otras zonas de al-Andalus, concretamente en la oriental, en la que poblados ibéricos, desiertos en época romana, son fruto, en la islámica, de una reocupación generalizada de las alturas

(CHALMETA, 1994; 231)¹⁶. En nuestro caso se trata más bien de un movimiento de dispersión/concentración, que de un abandono efectivo, como tuvimos ocasión de ver anteriormente.

El porqué esta incipiente concentración del poblamiento no se hubiera producido antes en un lugar con condiciones topográficas favorables para ello, es algo que ya quedó reflejado en la importancia que cobra el medio rural como ámbito inmanente al incipiente feudalismo que se venía gestando en sus entrañas. Por ello, la población – no importa de qué origen – la debemos buscar en los campos. No ocurrirá así, sin embargo, en este período, rodeado de toda una serie de circunstancias adecuadas para que este tipo de movimiento se hiciera efectivo.

El gran espaldarazo que supuso el final de las revueltas y la consolidación del Estado islámico, quedó definitivamente patente con la instauración del califato por Abd al-Rahman III. Y esto, que supondrá a niveles políticos la culminación del proceso de islamización de la sociedad andalusí (ACIÉN 1998; 46), acarreará toda una serie de medidas enfocadas, por un lado, a dotar de una organización estable a los territorios en los que la presencia del poder estatal se pusiera de manifiesto de una manera evidente, y por otro, y como derivación, centralizar y controlar la tarea de aculturación de los elementos humanos que aún no se hallaban plenamente integrados (fundamentalmente segmentos tribales y algunas comunidades indígenas).

De la plasmación concreta de las medidas, son fundamentalmente dos las que, creemos, afectarán a nuestro entorno, ambas relacionadas con la respuesta que dará el emir tras finalizar la primera *fitna*. La principal de ellas es el célebre mandato de Abd al-Rahman III de agrupar a la población encastillada en los montes durante el momento de la revuelta, en alquerías (*qurà*) y ciudades (*mu-dun*); la segunda está vinculada al mantenimiento por parte del Estado de determinados puntos en estas regiones, que resultaban estratégicos para ejercer su control. Tal fue el caso, por ejemplo, de Takurunna, donde también se destruyeron otros tantos (CASTILLA, 1992; 202).

En este último caso, es bien conocido cómo el poder estatal, ya desde la época de Abd al-Rahman II, se apoyará en algunas de las antiguas cabeceras de *iqlim* para, desde ellas, reorganizar la situación y establecer su fiscalidad (CASTILLO ARMENTEROS, 1998; 213). A ello, complementando este hecho, hay que unir el efecto de la medida anterior, materializada en la concentración de la población en las áreas con mejores condiciones para la agricultura, provocando, al mismo tiem-

po, una primera y modesta oleada hacia este tipo de emplazamientos, que cada vez irían cobrando mayor importancia. En nuestro ámbito geográfico inmediato, hemos visto cómo las áreas de las “calderas” y del valle del río Guadalquivir se constituyen en las únicas con posibilidades para desarrollar actividades agrícolas, por lo que la situación de estas *qurà* debería localizarse en ellas, pero no exclusivamente¹⁷.

Mientras que por su parte, Ronda, mencionada en varias fuentes como el principal emplazamiento del *iqlim* de Takurinna, reúne todas las condiciones para convertirse en el lugar predilecto desde donde controlar la nueva configuración del territorio, lo que le valdrá ser el centro que vaya asimilando a la parte de la población que, por las razones que fueran, terminarán instalándose en ella.

Así pues, qué mayor evidencia de la voluntad del Estado califal por homogeneizar el tejido humano y erigirse en el acaparador exclusivo del tributo, que la de poner en práctica su capacidad generadora de ciudades. A partir de este momento creemos que Ronda se convertirá en el principal foco de islamización de una zona, que posiblemente estuviera ya bastante islamizada, yendo parejo su desarrollo urbano a la efectividad del proceso (GUTIÉRREZ, 1996; 311). Y éste no comenzará a dar pruebas que se puedan identificar en el registro arqueológico hasta, por lo menos, la segunda mitad del siglo X¹⁸.

Sin embargo, Ronda no cuenta con algunas de las características que reúnen generalmente otros asentamientos en los que ha surgido una ciudad a raíz de su poblamiento masivo por comunidades antes dispersas. Mientras que en muchas de ellas resulta revelador la aparición de contextos cerámicos relacionados con poblaciones indígenas que terminarán integrándose en el modelo islámico de sociedad, como las famosas cerámicas a torno lento (ACIÉN, 1993; 171), en nuestra ciudad éstas no aparecen, aunque sí lo hacen, como hemos dicho, otras tipologías realizadas a torno rápido. En éstas, como veíamos antes, parece denotarse algún grado de organización de la producción, así como de difusión, que tal vez haya que poner en conexión, igualmente, con la integración de ese otro segmento humano de poblamiento, más reducido, que supone la antigua aristocracia hispanogoda. De cualquier forma, y a pesar de esta ausencia, ambos casos responden a una reocupación programada con segmentos de población de diferente origen, a la que ya hicimos referencia.

Será, pues, a partir de ahora cuando queden sentadas las bases adecuadas para que, del incremento demográfico y de su estabilidad, surja la

posibilidad de que se vaya constituyendo una estructura urbana suficiente como para representar la capitalidad de una *kura*, mal conocida aún¹⁹, o para que se estableciera, con posterioridad, uno de los reinos taifas, por pequeño que éste fuera: la taifa beréber de los Banu Ifran (1014-1065).

Sobre ésta, las noticias reflejadas en las fuentes escritas vuelven a mostrarse muy poco orientativas, al menos a los niveles que nos gustaría, no siendo así las arqueológicas, de las que son buena prueba gran parte del material que hemos presentado, y otro tanto, actualmente en vías de estudio, que, junto con la ampliación de nuestra investigación en el territorio, esperamos, venga a aportar más luz acerca del origen del fenómeno urbano en la Depresión y Comarca natural de Ronda (Figura 8).

CONCLUSIONES

La primera y más importante conclusión que podemos sacar tras el análisis de los restos que hemos abordado en este trabajo, es la diferenciación que existe entre el material que mantiene influencias notorias con la tradición tardorromana y visigoda, por una parte, y por otra las grandes similitudes que se observan al mismo tiempo entre estas cerámicas (tipos) y los que se introducirán con la conquista musulmana, hasta tal punto que en algunos casos las diferencias radican más en la tecnología, como la introducción de los vidriados –exclusivos aquí de ciertos ejemplares de la cerámica de servicio de mesa–, que en los tipos en sí mismos.

Sin embargo, hay algo que destaca respecto a las primeras, como es la ausencia de las típicas cerámicas toscas, a torno lento, que tan estrechamente se han relacionado a las poblaciones indígenas de los ámbitos rurales; las llamadas comunidades de aldea (ACIÉN, 1993). En el caso de Ronda, como hemos visto, su presencia es muy reducida, y lo mismo pasa con algunos de los yacimientos que hemos empezado a estudiar, y en los que aparecen algunas formas idénticas a las nuestras realizadas a torno rápido, como las cazuelas carenadas con precedentes en los cuencos visigodos. Este hecho nos lleva a plantear que, o bien existe un centro productor de cerámicas a torno, que llegarán a tener un carácter local, que nutra un amplio territorio circundante y que estaría en manos de la aristocracia, o bien resulta ser el reflejo patente de un grado de islamización avanzado de la población hispanogoda que habitaba este espacio, y que continuará haciéndolo una vez asentado el poder estatal tras la *fitna* de finales del emirato.

Esta diferenciación entre el material que entronca con la tradición anterior y el propiamente

islámico resulta muy significativa a la hora de formular una interpretación que la explique. Como se ha dicho en otro apartado de este trabajo, el origen del material dificulta bastante esta tarea, al carecer de estratigrafías fiables y bien definidas, así como su alcance, pues se tratan de cerámicas exclusivamente de Ronda. Sólo en algunas de las intervenciones estudiadas éstas pueden servir de algo, pero su reducida representatividad le resta eficacia. Pero a pesar de las limitaciones, a la luz de los restos parece asistirse a un salto –que podríamos considerar como brusco– en el tiempo pues, desde un siglo VII u VIII, datado por los materiales aparecidos en el área de la basílica visigoda, sobre todo por la moneda de Witiza y Egica, se pasa a un claro contexto islámico, con la introducción de elementos novedosos, y casi podríamos decir que exclusivos, como los ataífores, contexto que por las muestras que tenemos se enmarca de lleno en los siglos X y XI. Esto supone, por lo tanto, un vacío de casi dos siglos que habría que poner en relación más con una reducción en el poblamiento de la mesa rondeña, coincidiendo con la dispersión del mismo que se venía observando desde época tardoantigua, y con su ruralización, que con un total abandono, algo que se repite en

no pocos lugares del sur de la Hispania visigoda (GUTIÉRREZ, 1996).

Por otra parte, un hecho repetido también en otros lugares del sur de al-Andalus y reiterado por Manuel Acién (ACIÉN, 1992a y b, 1993), es el que puede explicar la aparición generalizada en el registro de los contextos califales, y que obedece a la implantación definitiva del Estado islámico, traducida en su capacidad concentradora de poblamiento y, por consiguiente, generadora de ámbitos urbanos.

Dicho lo cual, y para finalizar, el encuadre cronológico en el que se sitúa, por tanto, la mayor parte del conjunto que hemos presentado debe rondar los siglos X y XI, cuando la generalización en el registro se diversifica y amplía, exceptuando aquéllos ejemplos en los que su adscripción a épocas precedentes resulta casi evidente, entorno a los siglos VII y VIII. No obstante, por lo apuntado más arriba, no se puede descartar una cronología intermedia (siglo IX) para algunas piezas, que por el momento nos es muy difícil determinar, hasta tanto no consigamos tener referencias con el territorio circundante, para lo cual se hace imprescindible un estudio generalizado del mismo, que ya hemos comenzado.

CATÁLOGO

NÚMERO: 1

Núm. Inventario: 4066-4-1,2

Forma: Cerrada

Tipo: Marmita

Morfología: Base plana, cuerpo globular, borde diferenciado y labio ligeramente apuntado y engrosado al interior.

Técnica: Torneta, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas de caliza, cuarzo y mica. Las paredes están alisadas.

Cronología: Siglos IX-X

Paralelos: GUTIÉRREZ LLORET, 1996; 175, fig. 75-1; y 191, fig. 84-2

MOTOS, 1993; 214, fig. 2-12.

CASTILLO ARMENTEROS, 1996; 208, fig. 2-17.

ACIÉN y otros, 1998; 66, lám. VI, fig. 4.

NÚMERO: 2

Núm. Inventario: 19021-9-4

Forma: Cerrada

Tipo: Marmita

Morfología: Fragmento de cuerpo.

Técnica: Torneta, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Una banda ondulada incisa.

Cronología: Siglo X

Paralelos: ACIÉN y otros, 1998; 67, lám. VII-4 y 8.

GUTIÉRREZ LLORET, 1998; 107, fig. 15-3.

NÚMERO: 3

Núm. Inventario: 5072-1-1,2,3

Forma: Cerrada

Tipo: Marmita

Morfología: Labio diferenciado, redondeado y engrosado al interior y exterior, cuello ligeramente troncocónico invertido y cuerpo de tendencia globular.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas.

Cronología: Siglo X

Paralelos: HIDALGO y otros, 1996; 156, fig. 90-151.

NÚMERO: 4

Núm. Inventario: 18014-5-3

Forma: Cerrada

Tipo: Marmita

Morfología: Cuerpo de tendencia globular. Cuello- borde recto y exvasado, labio ligeramente apuntado de sección triangular. El cuerpo se separa del cuello por una pequeña pestaña.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Una banda horizontal en el cuello en pintura blanca.

Cronología: Siglo X

Paralelos: MOTOS, 1993; 214, fig. 2-3 y 26.

CASTILLO ARMENTEROS, 1996; 209, fig. 3-8.

FUERTES y GONZÁLEZ, 1993; 776, lám. 1-XIV.

NÚMERO: 5

Núm. Inventario: 18014-5-4

Forma: Cerrada

Tipo: Marmita

Morfología: Fragmento de cuerpo de tendencia abombada y cuello cilíndrico. Una pequeña escotadura separa al cuerpo del cuello.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas de caliza, cuarzo y mica.

Decoración: Cuatro bandas diagonales en el cuerpo en pintura blanca.

Cronología: Siglos XXI

NÚMERO: 6

Núm. Inventario: 18014-4-2

Forma: Cerrada

Tipo: Marmita

Morfología: Base plana ligeramente convexa, cuerpo de tendencia globular (abombada).

Conserva el arranque hacia la mitad del cuerpo de dos asas. Presenta una perforación en la base, fruto quizá de una posterior reutilización.

Técnica: Torno, de cochura reductora, pasta gris e intrusiones medianas de caliza y cuarzo.

Cronología: Siglos XXI

NÚMERO: 7

Núm. Inventario: 5212-2-2,4

Forma: Cerrada

Tipo: Marmita

Morfología: Cuerpo de tendencia globular, cuello troncocónico, labio redondeado y ligeramente engrosado al interior. Asas de puente que parten desde el labio.

Técnica: Torno, de cochura reductora, pasta gris oscuro e intrusiones medianas y gruesas de caliza y cuarzo.

Decoración: Bandas horizontales en pintura blanca en la unión del cuello con el cuerpo.

Cronología: Siglos XI

NÚMERO: 8

Núm. Inventario: 5062-2-1

Forma: Cerrada

Tipo: Marmita

Morfología: Cuerpo de tendencia globular, cuello cilíndrico ligeramente troncocónico, labio exvasado y redondeado.

Técnica: Torno, de cochura reductora, pasta gris e intrusiones medianas y gruesas de caliza, cuarzo y mica.

Decoración: Trazos horizontales de pintura blanca en la parte superior del cuerpo.

Cronología: Siglo XXI

Paralelos: GÓMEZ, 1992; 91, fig. 84.

VALLEJO y ESCUDERO, 1998; 159, fig. 20.

NÚMERO: 9

Núm. Inventario: 5012-1-18,19,20

Forma: Cerrada

Tipo: Marmita

Morfología: Borde- labio diferenciado, exvasado, redondeado y de sección triangular, cuerpo de tendencia abombada. Conserva arranque de asas que parten desde el tercio superior del cuerpo.

Técnica: Torno, de cochura reductora, pasta rojiza y gris (ext.-int.) e intrusiones medianas de caliza, cuarzo y mica.

Decoración: Incisión en el tercio superior del cuerpo.

Cronología: Siglo XXI

Paralelos: CANO PIEDRA, 1996; 90, fig. 30.

CASTILLO ARMENTEROS, 1996; 209, fig.3-8.

NÚMERO: 10

Núm. Inventario: 4049-7-1

Forma: Cerrada

Tipo: Marmita

Morfología: Borde diferenciado, exvasado, labio redondeado y engrosado al interior. Cuerpo de tendencia abombada.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Tres bandas incisas y concéntricas en el tercio superior del cuerpo. Un aplique con digitación en el mismo sector del cuerpo.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: GÓMEZ BECERRA, 1997; 48, fig. 8.

CANO PIEDRA, 1996; 90, fig. 30 (SA/25).

NÚMERO: 11

Núm. Inventario: 19021-13-1

Forma: Cerrada

Tipo: Marmita

Morfología: Borde diferenciado y exvasado, labio redondeado y cuerpo de paredes curvas de tendencia globular.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Una banda incisa en el tercio superior del cuerpo. Una banda excisa en el borde y goterones en pintura blanca en el cuerpo y en el labio.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: CANO PIEDRA, 1996; 90, fig. 30 (SA/25). CASTILLO ARMENTEROS, 1996; 209, fig. 3-8.

NÚMERO: 12

Núm. Inventario: 143,222

Forma: Cerrada

Tipo: Marmita

Morfología: Base convexa, cuerpo abombado, borde exvasado y labio redondeado y engrosado al interior. Presenta acanaladura incisa en el tercio superior del cuerpo. Dos asas de puente de sección oval.

Técnica: Torno. Cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Motivo horizontal en pintura blanca en la mitad del cuerpo.

Cronología: Siglos XI

Paralelos: CANO PIEDRA, 1996; 90, fig. 30 (SA/25).

NÚMERO: 13

Núm. Inventario: 5295-1-2, 6, 7. 5287-1-9

Forma: Abierta

Tipo: Cazuela. Cuenco

Morfología: Cuerpo carenado de paredes curvas, borde exvasado y labio redondeado de sección triangular. Asas de puente que parten desde el cuerpo y llegan hasta el mismo labio.

Técnica: Torno, de cochura reductora, pasta rojiza y gris (ext.-int.) e intrusiones medianas de caliza y mica.

Cronología: Siglos IX-X

Paralelos: BOHIGAS y RUIZ, 1989; 45, fig. 6-7.

RETUERCE, 1998; Tipo G.01.A (337).

CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 83, Lám. III-3.

NÚMERO: 14

Núm. Inventario: 5276-1-1, 2

Forma: Abierta

Tipo: Cazuela. Cuenco

Morfología: Borde exvasado, labio ligeramente apuntado de sección triangular, cuerpo carenado de paredes con tendencia curva.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas de caliza, cuarzo y mica.

Decoración: Una banda en pintura blanca en el borde- cuello.

Cronología: Siglo X

Paralelos: BOHIGAS y RUIZ, 1989; 45, fig. 6-7.

RETUERCE, 1998, Tipo G.01.A (337).

CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 83, Lám. III-3.

NÚMERO: 15

Núm. Inventario: 5263-1-3

Forma: Abierta

Tipo: Cuenco. Cazuela

Morfología: Cuerpo carenado de paredes divergentes, borde exvasado, labio ligeramente apuntado, de sección triangular.

Técnica: Torno, de cochura reductora, pasta grisácea e intrusiones medianas de caliza y mica.

Cronología: Siglo IX-X?

Paralelos: CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 83, Lám. III-3. RETUERCE, 1998, Tipo G.01.A (337).

NÚMERO: 16

Núm. Inventario: 143,254-5

Forma: Abierta

Tipo: Cuenco. Cazuela

Morfología: Base convexa, cuerpo carenado de paredes curvas divergentes, borde ligeramente exvasado, labio de sección triangular ligeramente apuntado.

Técnica: Torno. Cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Un filete en pintura blanca sobre el labio.

Cronología: Siglo X

Paralelos: CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 83, Lám. III-3. RETUERCE, 1998, Tipo G.01.A (337).

NÚMERO: 17

Núm. Inventario: 5295-1-8

Forma: Abierta

Tipo: Cazuela. Cuenco

Morfología: Cuerpo carenado con marcada escotadura. Borde recto, labio ligeramente redondeado y engrosado al interior.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas de caliza, cuarzo y mica.

Cronología: Siglo X?

Paralelos: BOHIGAS y RUIZ, 1989; 45, fig. 6-7.

NÚMERO: 18

Núm. Inventario: 18014-4-18

Forma: Abierta

Tipo: Cazuela

Morfología: Cuerpo de paredes de tendencia curva divergente con marcada pestaña o escotadura que lo separa del borde. Éste es recto, ligeramente exvasado y con labio redondeado y engrosado al interior. Conserva una asa de puente que partiendo desde el mismo labio, muere en el cuerpo.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas de caliza y mica.

Cronología: Siglo XXI

Paralelos: RIERA, 1998; 188, fig. 8-3.

NÚMERO: 19

Núm. Inventario: 5287-1-4. 5295-1-3

Forma: Abierta

Tipo: Cazuela

Morfología: Base plano - convexa, cuerpo de paredes curvas y divergentes, borde recto, ligeramente exvasado y separado del cuerpo por marcada escotadura, labio redondeado y engrosado al interior. Asas de puente que parten desde el labio y llegan hasta la escotadura.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas y gruesas de caliza y mica.

Cronología: Siglo X

Paralelos: CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 83, Lám. III-3. RETUERCE, 1998; Tipo G.01.A (337). RIERA, 1998; 188, fig. 8-3.

NÚMERO: 20

Núm. Inventario: 5333-1-2

Forma: Abierta

Tipo: Cazuela

Morfología: Cuerpo carenado, borde exvasado y labio engrosado al exterior y plano. Asas de pellizco en el labio.

Técnica: Torno, de cochura reductora, pasta roja y gris (ext.-int.) e intrusiones medianas de caliza, cuarzo y mica.

Cronología: Siglo XXI

Paralelos: RETUERCE, 1998; tipo G.01.A y B.

NÚMERO: 21

Núm. Inventario: 19024-4

Forma: Abierta

Tipo: Cazuela

Morfología: borde diferenciado y envasado, labio apuntado en ala. Cuerpo de paredes con tendencia curva divergente.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas y gruesas de caliza y cuarzo.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: MOTOS, 1993; 211, fig. 1-8 (El nuestro podría ser derivación de éste).

FUERTES y GONZÁLEZ, 1993; 778, lám. 3-XII (El nuestro sería derivación de éste).

RETUERCE, 1998; tipo G.01.

NÚMERO: 22

Núm. Inventario: 5522-2-3

Forma: Abierta

Tipo: Cazuela

Morfología: Cuerpo de paredes curvas divergentes. Borde diferenciado, labio recto, apuntado y ligeramente engrosado al interior.

Técnica: Torno, de cochura reductora, pasta rojiza y gris (ext.-int.) e intrusiones medianas y gruesas de caliza cuarzo y mica.

Cronología: ¿Siglos IX-X?

NÚMERO: 23

Núm. Inventario: 4017-5

Forma: Abierta

Tipo: Cazuela

Morfología: Base plana, cuerpo de paredes rectas ligeramente curvas, borde envasado y labio plano de sección cuadrangular.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta roja e intrusiones medianas y gruesas de caliza, cuarzo y mica.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: MOTOS, 1993; 211, fig. 1-15.

ACIÉN y otros, 1995; 127, tipo 522.1.

NÚMERO: 24

Núm. Inventario: 4091-6-28

Forma: Abierta

Tipo: Cazuela

Morfología: Base plana, cuerpo de paredes rectas ligeramente curvas, borde levemente diferenciado, labio redondeado y marcadamente engrosado al interior.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta roja e intrusiones medianas y gruesas de caliza y cuarzo.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: ACIÉN y otros, 1995; 127, tipo 532.1.

NÚMERO: 25 Y 25 BIS

Núm. Inventario: 19021-11-15 y 16

Forma: Abierta

Tipo: Cazuela

Morfología: Base plana, cuerpo de paredes rectas, labio en ala, plano y ligeramente engrosado al interior.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas de caliza, cuarzo y mica.

Decoración: Presenta una pequeña moldura en la unión de la base y el cuerpo, así como una banda incisa.

En el cuerpo se conserva un goterón en pintura blanca.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: MATOS, 1991; 454, fig. 0061. HIDALGO y otros, 1996; 156, fig. 90, 14.

NÚMERO: 26

Núm. Inventario: 5504-1-20, 21

Forma: Abierta

Tipo: Cazuela

Morfología: Cuerpo de paredes curvas divergentes, labio exvasado al exterior y ligeramente redondeado.

Técnica: Torno, de cochura reductora, pasta roja y gris (ext.int) e intrusiones medianas de caliza y mica.

Cronología: Siglo X

Paralelos: RETUERCE, 1998; tipo G.09(357) (aunque aquí es almohade).

NÚMERO: 27

Núm. Inventario: 19062-3-5

Forma: Abierta

Tipo: Cazuela

Morfología: Base plana, ligeramente convexa, paredes curvas de tendencia abombada.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas de caliza y cuarzo.

Cronología: Siglo XI

Paralelos: CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 104, lám. XIV-4. ÍÑIGUEZ y MAYORGA, 1993; 134, lám. 9-9.

NÚMERO: 28

Núm. Inventario: 5012-8-5

Forma: Abierta

Tipo: Plato?

Morfología: Labio plano, diferenciado y exvasado, cuerpo semi-recto y base ligeramente convexa.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta anaranjada e intrusiones finas y medianas de caliza.

Decoración: Goterones de almagra en el cuerpo.

Cronología: Siglo IX?

Paralelos: CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 85, lám. V-6.

IZQUIERDO, 1994; 146, fig.47-11.

LARRÉN, 1989; 57, fig. 1.

NÚMERO: 29

Núm. Inventario: 4049-5

Forma: Abierta

Tipo: Plato

Morfología: Base con repié anular y bulbo convexo.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta ocre e intrusiones finas y medianas de caliza, cuarzo y mica.

Decoración: Una hoja conservada de una posible palmeta en pintura roja clara.

Cronología: Siglos VII-VIII?

Paralelos: CASTILLO ARMENTEROS, 1996; 212, fig. 6-1 (Este es vidriado).

NÚMERO: 30

Núm. Inventario: 5285-2-4

Forma: Abierta

Tipo: Jofaina

Morfología: Base con repié anular bajo y no diferenciado. Cuerpo de paredes divergentes de ten-

dencia recta.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta pajiza e intrusiones finas de caliza. Vedrío melado amarillento interior y exterior.

Cronología: Siglo X

Paralelos: CANO PIEDRA, 1996; 65, fig.5.

NÚMERO: 31

Núm. Inventario: 5500-1-1

Forma: Abierta

Tipo: Ataifor - plato

Morfología: Cuerpo de paredes rectas divergentes, labio redondeado y diferenciado al interior.

Técnica: Torno, de cochura reductora, pasta gris clara e intrusiones medianas de caliza. Vedrío melado verdoso en ambas caras.

Decoración: Chorreones de manganeso en el interior.

Cronología: Siglo IX? - X

Paralelos: CASTILLO ARMENTEROS, 1996; 211, fig. 5-12.

RETUERCE, 1998; Tipo A.02.7.

NÚMERO: 32

Núm. Inventario: 4005-13-3

Forma: Abierta

Tipo: Ataifor. Cuenco.

Morfología: Cuerpo de paredes curvas divergentes, labio redondeado, ligeramente apuntado y engrosado al exterior.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta pajiza e intrusiones medianas de caliza.

Decoración: Pequeños trazos verticales en el labio en pintura roja (almagra).

Cronología: Siglo X (anterior?)

Paralelos: LARRÉN, 1989; 65, fig. 4-117.

GUTIÉRREZ LLORET, 1996; 120, fig. 46.

RETUERCE, 1998; Tipo A.01.B (4).

NÚMERO: 33

Núm. Inventario: 5191-1-2

Forma: Abierta

Tipo: Ataifor - Jofaina

Morfología: Cuerpo de paredes divergentes de tendencia curva y base con repié anular recto y ligeramente apuntado.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta roja e intrusiones finas de caliza. Vedrío interior y exterior en melado chocolate.

Cronología: Siglo X

Paralelos: GÓMEZ BECERRA, 1992; 116, fig. 186.

RETUERCE, 1998, Tipo A.11 (35).

NÚMERO: 34

Núm. Inventario: 4066-16-5

Forma: Abierta

Tipo: Ataifor

Morfología: Base con repié anular bajo y bulbo convexo. Cuerpo de paredes curvas divergentes.

Técnica: Torno, de cochura reductora, pasta roja y gris (ext.-int.) e intrusiones medianas de caliza y cuarzo. (parece tener engobe).

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 107, fig. XVII-9.

ACIÉN y otros, 1995; 130, tipo 122.

NÚMERO: 35

Núm. Inventario: 4063-7-6

Forma: Abierta

Tipo: Ataifor

Morfología: Base con repié anular bajo. Cuerpo de paredes divergentes de tendencia curva.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas de caliza. Vedrío interior y exterior en melado.

Decoración: Motivo geométrico en manganeso.

Cronología: Siglo X

Paralelos: GÓMEZ BECERRA, 1992; 116, fig. 187-188.

MACÍAS, 1991; 507, fig. 020.

NÚMERO: 36

Núm. Inventario: 19035-20-5

Forma: Abierta

Tipo: Ataifor

Morfología: Base con repié anular bajo y cuerpo de paredes curvas divergentes.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas de caliza. Vedrío en melado amarillento en ambas caras. Al interior parece presentar engalba transparente.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 107, lám. XVII-9.

CANO PIEDRA, 1996; 79 fig. 19, 43 y 45.

NÚMERO: 37

Núm. Inventario: 18014-15-1

Forma: Abierta

Tipo: Ataifor

Morfología: Base con repié anular bajo, cuerpo de paredes curvas divergentes y labio ligeramente apuntado.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas de caliza y mica. Vedrío melado amarillento en ambas caras.

Decoración: Decoración epigráfica en verde y manganeso enmarcada sobre bandas, que representa la leyenda "al baraka". Conserva parte de lo que podría ser un chorreón horizontal en el inte-

rior del labio también en verde y manganeso.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: RETUERCE, 1998; tipo A.09. (30).

CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 107, lám. XVII-8.

CANO PIEDRA, 1996; 122, fig. 62.

NÚMERO: 38

Núm. Inventario: 18014-16-1

Forma: Abierta

Tipo: Ataifor

Morfología: Base con repié anular bajo. Paredes de tendencia curva.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas de caliza. Vedrío melado amarillento al exterior y engalba al interior.

Decoración: Epigráfica en verde y manganeso en el fondo interior. Con la leyenda "al Baraka".

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: RETUERCE, 1998; tipo A.09. (30).

CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 107, lám. XVII-8.

CANO PIEDRA, 1996; 122, fig. 62.

NÚMERO: 39

Núm. Inventario: 19021-25-2

Forma: Abierta

Tipo: Ataifor. Cuenco

Morfología: Borde ligeramente diferenciado, labio redondeado y biselado al interior. Cuerpo de paredes curvas divergentes.

Técnica: Torno, de cochura reductora, pasta gris oscura e intrusiones medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Conserva parte de un trazo elíptico en el interior en pintura blanca. Parece estar bruñido en la cara interna.

Cronología: Siglo XXI

Paralelos: MOTOS, 1993; 211, fig. 7.

RETUERCE, 1998; tipo A.05.B (18).

CABALLERO, 1989; 93-94, fig. 14.

NÚMERO: 40

Núm. Inventario: 4412-1

Forma: Abierta

Tipo: Ataifor

Morfología: Base con repié anular bajo, cuerpo de paredes curvas divergentes, borde ligeramente diferenciado y exvasado, labio redondeado.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas de caliza y cuarzo. Vedrío interior y exterior en melado verdoso.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: ACIÉN y otros, 1995; 126, tipo 131.

CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 106, lám. XVI-7.

GÓMEZ, 1992; 113, fig. 159.

CANO PIEDRA, 1996; 79, fig. 19 (MC/17).

NÚMERO: 41

Núm. Inventario: 19032-16-2

Forma: Abierta

Tipo: Ataifor

Morfología: Borde diferenciado y exvasado, labio apuntado. Cuerpo de paredes curvas divergentes.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas de caliza. Vedrío melado verdoso en ambas caras.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: ACIÉN y otros, 1995; 126, tipo 131.

GÓMEZ, 1992; 113, fig. 159.

CANO PIEDRA, 1996; 79, fig. 19 (MC/17).

NÚMERO: 42

Núm. Inventario: 5206-4-1

Forma: Abierta

Tipo: Ataifor

Morfología: Borde exvasado y labio redondeado.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta grisácea e intrusiones medianas de caliza. Vedrío melado verdoso interior y exterior.

Decoración: Verde y manganeso con motivos vegetales

Cronología: Siglo XXI

Paralelos: CANO PIEDRA, 1996; 63, fig.3.

CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 106, lám. XVI-7.

GÓMEZ BECERRA, 1992; 113, fig. 159.

NÚMERO: 43

Núm. Inventario: 19035-16-1

Forma: Abierta

Tipo: Cuenco? – Especiero?

Morfología: Borde exvasado, labio redondeado y ligeramente engrosado. Cuerpo de paredes rectas divergentes levemente carenado.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas de caliza y cuarzo.

Cronología: Siglo XXI

Paralelos: FUERTES y GONZÁLEZ, 1993; 777, lám. 2-XXI. RETUERCE, 1998; tipo A.05.B (18).

NÚMERO: 44

Núm. Inventario: 5403-4-1

Forma: Abierta

Tipo: Ataifor

Morfología: Base con repié anular bajo, cuerpo de paredes divergentes.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza clara e intrusiones finas de caliza. Vedrío melado exterior, engalba al interior.

Decoración: Verde y manganeso con melado sobre engalba.

Cronología: Siglo XXI

Paralelos: ACIÉN y otros, 1995; 126, tipo 131.

CATARINO, 1998; 130, Est. II-9.

NÚMERO: 45

Núm. Inventario: 18031-8

Forma: Abierta

Tipo: Ataifor

Morfología: Base con repié anular bajo y pequeña carena que lo separa del cuerpo.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta pajiza e intrusiones finas de caliza. Vedrío melado amarillento en ambas caras.

Decoración: Verde y manganeso al interior. Motivo vegetal a base de palmetas radiales.

Cronología: Siglo XXI

Paralelos: RETUERCE, 1998, tipo A.09.(30). CANO PIEDRA, 1996; 112, fig. 52.

NÚMERO: 46

Núm. Inventario: 4084-3-1

Forma: Abierta

Tipo: Jofaina

Morfología: Base con repié anular bajo, cuerpo ligeramente carenado de paredes curvas divergentes, labio redondeado.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas de caliza y mica. Vedrío melado amarillento en ambas caras.

Cronología: Siglo XXI?

Paralelos: ACIÉN y otros, 1995; 126, tipo 132. GÓMEZ BECERRA, 1992; 113, fig. 150. RETUERCE, 1998; Tipo A.09.(30).

NÚMERO: 47

Núm. Inventario: 5223-2-1,2. 5235-4-4

Forma: Abierta

Tipo: Ataifor

Morfología: Labio redondeado, ligeramente apuntado, cuerpo carenado y repié anular engrosado y redondeado.

Técnica: Torno, cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas de caliza. Vedrío melado verdoso en ambas caras.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: RETUERCE, 1998; Tipo A.09 (30).

NÚMERO: 48

Núm. Inventario: 4409-1.

Forma: Abierta

Tipo: Ataifor

Morfología: Base con repié anular moldurado, cuerpo de paredes divergentes de tendencia recta, borde recto ligeramente abombado, labio redondeado, ligeramente engrosado al exterior. Conserva un asa horizontal en el borde.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta pajiza e intrusiones finas y medianas de caliza.

Vedrío exterior en melado amarillento y melado con engalba al interior.

Decoración: En verde y manganeso al interior. Representa en el centro una estrella rodeada por círculos. Desde el labio parten lágrimas que llegan hasta los vértices de la estrella.

Cronología: Siglo XXI

Paralelos: En la forma:

CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 107, lám. XVII-4.

Vivir en al-Andalus, 1993; 71.

RETUERCE, 1998; Tipo A.12.A y A.12.D.

En la decoración:

MATOS, 1986; 149, lám. 1.

CANO PIEDRA, 1996; 102 y 105.

NÚMERO: 49

Núm. Inventario: 4398-8-7

Forma: Abierta

Tipo: Ataifor

Morfología: Base con repié anular bajo con moldura. Cuerpo de paredes divergentes de tendencia recta.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas de caliza. Vedrío melado en ambas caras.

Decoración: Motivo pseudo-epigráfico en manganeso en fondo interior de la pieza.

Cronología: Siglo XXI

Paralelos: CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 107, lám. XVII-4. RETUERCE, 1998; tipo A.12.A.

NÚMERO: 50

Núm. Inventario: 18014-16-3

Forma: Abierta

Tipo: Ataifor

Morfología: Base con repié anular y cuerpo de paredes altas y curvas.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas de caliza.

Vedrío melado amarillento exterior y engalba al interior.

Decoración: Epigráfica en verde y manganeso.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: ACIÉN y otros, 1995; 126, tipo 133.1. RETUERCE, 1998; tipo A.10 (32).

NÚMERO: 51

Núm. Inventario: 7218

Forma: Cerrada

Tipo: Redoma

Morfología: Borde ligeramente redondeado y diferenciado, cuello cilíndrico troncocónico invertido. Cuerpo de tendencia globular. Arranque de dos asas que parten desde el tercio inferior del cuello.

Técnica: Torno. Cochura oxidante, pasta rojiza e

intrusiones medianas de mica y cuarzo.

Decoración: Tres pares de bandas horizontales en pintura blanca. Dos bajo el labio, dos en la unión del cuello y el cuerpo y dos en el tercio superior del cuerpo. El cuello presenta una ligera escotadura a la altura de las asas.

Cronología: Siglo X

Paralelos: RETUERCE, 1998; tipo B.02. (93).

Vivir en..., 1993; 19.

NÚMERO: 52

Núm. Inventario: 18014-9-6

Forma: Cerrada

Tipo: Redoma

Morfología: Base plano - convexa, cuerpo globular y cuello cilíndrico. Inicio del borde que parece de tendencia exvasada.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas de caliza, cuarzo y mica.

Decoración: Tres acanaladuras en el cuello. Una banda incisa en la unión del cuerpo con el cuello y conjuntos de tres bandas verticales en pintura blanca situadas en el tercio superior del cuerpo.

Cronología: Siglo XXI

Paralelos: RETUERCE, 1998; tipo B.06.(100).

Vivir en..., 1993; 19.

NÚMERO: 53

Núm. Inventario: 4411-1

Forma: Cerrada

Tipo: Redoma

Morfología: Base plana, ligeramente diferenciada. Cuerpo piriforme.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta pajiza e intrusiones finas de caliza y cuarzo. Vedrío exterior en melado verdoso.

Decoración: Tres bandas paralelas incisas en el cuerpo.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: ROSSELLO, 1978; tipo II.

CANO PIEDRA, 1996; 85, fig. 25 (SA/13).

NÚMERO: 54

Núm. Inventario: 7219

Forma: Cerrada

Tipo: Redoma

Morfología: Base plano convexa ligeramente diferenciada, cuerpo abombado y cuello de tendencia cilíndrica. Sólo una asa de la que se conserva su arranque en el cuerpo.

Técnica: Torno. Cochura oxidante, pasta pajiza y intrusiones finas de caliza. Vedrío exterior melado y chorreones del mismo tono en el interior.

Decoración: Cuatro chorreones verticales elípticos de manganeso en el cuerpo.

Cronología: Siglo X

Paralelos: RETUERCE, 1998; tipo B.01.B.

CANO PIEDRA, 1996; 84, fig. 24 (MC/57).

NÚMERO: 55

Núm. Inventario: 4066-16-2

Forma: Cerrada?

Tipo: Jarrito/a. Taza?

Morfología: Base plana y cuerpo de tendencia piriforme.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta pajiza e intrusiones finas de caliza y mica.

Decoración: Tres bandas paralelas excisas en el cuerpo.

Cronología: Siglo X?

Paralelos: *Vivir en...*, 1993; 112.

CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 88, lám. VI-4.

MATOS, 1991; 445, fig. 0121.

NÚMERO: 56

Núm. Inventario: 5074-1

Forma: Cerrada

Tipo: Jarrito

Morfología: Base plana, cuerpo ligeramente globular, cuello troncocónico invertido, labio diferenciado, redondeado y engrosado al interior de sección triangular. Arranque de asa que llegaría hasta el mismo labio.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta pajiza e intrusiones finas y medianas de caliza.

Decoración: Trazos verticales en almagra en el tercio superior del cuerpo.

Cronología: Siglo VII

Paralelos: IZQUIERDO, 1977; forma 16.

NÚMERO: 57

Núm. Inventario: 5212-3-2

Forma: Cerrada

Tipo: Jarrita

Morfología: Base plano y cuerpo de tendencia cilíndrica. Conserva arranque de asas en el tercio inferior del cuerpo.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas de caliza y mica.

Cronología: Siglo IX?X

Paralelos: MOTOS GUIRAO, 1993; 231, fig. 12-2.

NÚMERO: 58

Núm. Inventario: 4017-14-2

Forma: Cerrada

Tipo: Jarrita

Morfología: Borde diferenciado, labio redondeado y engrosado. Cuello cilíndrico de tendencia troncocónica invertida.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas de caliza, cuarzo y

mica.

Decoración: Una banda en pintura blanca sobre el labio. Dos bandas paralelas incisas en el cuello.

Cronología: Siglo IXX

Paralelos: CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 88, lám. VI-15. (parecida pero no igual).

NÚMERO: 59

Núm. Inventario: 19035-14-4

Forma: Cerrada

Tipo: Jarrito/a

Morfología: Labio redondeado, cuello cilíndrico troncocónico y cuerpo de tendencia abombada.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Bandas irregulares horizontales en pintura blanca en el tercio superior del cuerpo.

Cronología: Siglos X

Paralelos: CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 90, lám. VII-6.

CASTILLO ARMENTEROS, 1998; 100, fig. 52-9.

NÚMERO: 60

Núm. Inventario: 5263-4-2;1

Forma: Abierta?

Tipo: Vaso. Medida?

Morfología: Cuerpo cilíndrico de paredes rectas, base convexa y asa de puente que arranca desde la misma base.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas de caliza, cuarzo y mica.

Cronología: Siglos IXX

NÚMERO: 61

Núm. Inventario: 5283-4-1,2,3. 5287-4-1

Forma: Cerrada

Tipo: Jarrito

Morfología: Base convexa, cuerpo globular, cuello cilíndrico ligeramente abombado. Labio redondeado y engrosado al interior. Asa de puente voladiza que parte desde la mitad del cuerpo y llega hasta el mismo labio.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta pajiza e intrusiones finas de caliza y cuarzo.

Decoración: Acanaladuras en todo el cuerpo.

Cronología: Siglo X

Paralelos: *Vivir en...*, 1993; 82.

TORRES y otros, 1991; 501, fig. 002.

FERNÁNDEZ SOTELLO, 1988; t. III, pág.101, fig. 1-c.

GUTIÉRREZ LLORET, 1996; 114, fig. 42.

RETUERCE, 1998, Tipo C.12.B (154).

NÚMERO: 62

Núm. Inventario: 4397-30

Forma: Cerrada

Tipo: Jarrito

Morfología: Base plano-convexa, cuerpo abombado, cuello cilíndrico. Borde ligeramente diferenciado, envasado, y labio redondeado y engrosado al interior.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta roja e intrusiones finas y medianas de caliza, cuarzo y mica.

Decoración: Posee engobe? gris oscuro al interior y exterior. Dos grupos de bandas paralelas pintadas en blanco: uno en el cuello y otro en el tercio superior del cuerpo en la unión con el cuello.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: ACIÉN y otros, 1995; 126, tipo 323.

CASTILLO ARMENTEROS, 1996; 216, fig. 10-9.

VALLEJO y ESCUDERO, 1998; 155, fig. 11-2.

NÚMERO: 63

Núm. Inventario: 4408-1

Forma: Cerrada

Tipo: Jarrita/o

Morfología: Cuerpo globular, cuello cilíndrico ligeramente abombado, labio redondeado y engrosado al interior.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta roja e intrusiones finas de caliza, cuarzo y mica.

Decoración: Dos grupos de bandas horizontales paralelas y concéntricas en pintura blanca, uno en el cuello u otro en el cuerpo en su unión con el cuello.

Cronología: Siglo XXI

Paralelos: MOTOS, 1993; 222, fig. 8-28.

GUTIÉRREZ LLORET, 1996; 181, fig. 79-7.

CASTILLO ARMENTEROS, 1996; 216, fig. 10-9.

FUERTES y GONZÁLEZ, 1993; 778, lám. 3-VII.

MACIAS y otros, 1991; 501, 002 y 004.

VALLEJO y ESCUDERO, 1998; 155, fig. 11-2

NÚMERO: 64

Núm. Inventario: 6409

Forma: Cerrada

Tipo: Jarrito

Morfología: Cuerpo carenado, cuello cilíndrico y borde ligeramente envasado. Labio plano de sección cuadrada. Un asa de puente.

Técnica: Torno. Cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Tres filetes horizontales en pintura blanca. Uno en el tercio superior del cuello y dos en la unión del cuello con el cuerpo. Goterones en el labio y dos pequeñas bandas en el asa.

Cronología: Siglo X

NÚMERO: 65

Núm. Inventario: 18001-5-2

Forma: Cerrada

Tipo: Jarrita/o

Morfología: Base plana, ligeramente convexa y cuerpo de tendencia globular.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Un doble chorreón vertical en pintura roja (a la almagra) que recorre todo el cuerpo conservado.

Cronología: Siglo XI

Paralelos: GÓMEZ BECERRA, 1992; 118, fig. 199.

NÚMERO: 66

Núm. Inventario: Sin número

Forma: Cerrada

Tipo: Jarrita

Morfología: Labio redondeado, cuello cilíndrico ligeramente troncocónico invertido, cuerpo panzudo y base plano-convexa.

Técnica: Torno. Cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas de mica y caliza

Cronología: Siglo X

Paralelos: HIDALGO y otros, 1996; 146, fig. 84, 4771.

NÚMERO: 67

Núm. Inventario: 7220

Forma: Cerrada

Tipo: Jarrito

Morfología: Borde exvasado, labio redondeado, cuello cilíndrico, cuerpo globular y base plano-convexa.

Técnica: Torno. Cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas de caliza y mica.

Decoración: Dos pequeños goterones en pintura blanca junto al pitorro.

Cronología: Siglo X

Paralelos: RETUERCE, 1998; Tipo C.19.

NÚMERO: 68

Núm. Inventario: 143,243

Forma: Cerrada

Tipo: Jarrito

Morfología: Cuerpo de tendencia globular. Cuello cilíndrico ligeramente exvasado. Labio engrosado al exterior y apuntado y biselado hacia el interior.

Técnica: Torno. Cochura oxidante, pasta pajiza e intrusiones finas de caliza.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: CANO PIEDRA, 1996; 83, fig. 23 (MC/60)

NÚMERO: 69

Núm. Inventario: 5287-4-1,2,3. 5305-4-2

Forma: Cerrada

Tipo: Jarrito

Morfología: Labio redondeado y ligeramente engrosado al interior, cuello cilíndrico y cuerpo de tendencia globular con marcada escotadura en el hombro que lo separa del cuello.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta pajiza e intrusiones finas y medianas de caliza.

Decoración: Pequeña moldura en el inicio del cuello. Dos filetes de pintura blanca en el tercio superior del cuello así como uno en el mismo hombro. Goterones del mismo tono en el interior del labio.

Cronología: Siglo X

Paralelos: *Vivir en...*, 1993; 88

GUTIÉRREZ LLORET, 1996; 129, fig. 54.

RETUERCE, 1998, Tipo C.14.A (161).

FUERTES y GONZÁLEZ, 1994; 776, lám. 1-XXIV.

NÚMERO: 70

Núm. Inventario: 5505-4-1

Forma: Cerrada

Tipo: Jarrita

Morfología: Labio ligeramente apuntado y engrosado al interior, cuello cilíndrico algo abombado, y cuerpo de tendencia abombada con escotadura en el hombro.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas de caliza y cuarzo.

Decoración: Pintura negra en todo su cuerpo a modo de engobe con trazos horizontales en pintura blanca en el cuello y asas. Chorreón en blanco al interior.

Cronología: Siglo X

Paralelos: FERNÁNDEZ SOTELO, 1988; t. III, 104, fig. 4.

GUTIÉRREZ LLORET, 1996; 115, fig. 43.1.

VALLEJO y ESCUDERO, 1998; 155, fig. 11-3.

NÚMERO: 71

Núm. Inventario: 5235-3-2

Forma: Cerrada

Tipo: Jarrita

Morfología: Borde ligeramente envasado, labio apuntado. Cuerpo abombado de forma elíptica. Conserva arranque de asas que parecen morir en le mismo labio.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta pajiza e intrusiones finas y medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Acanaladuras en el tercio inferior del cuerpo.

Cronología: Siglos XXI

NÚMERO: 72

Núm. Inventario: 7357

Forma: Cerrada

Tipo: Orza

Morfología: Labio redondeado y levemente exvasado, cuello cilíndrico y cuerpo de tendencia globular.

Técnica: Torno. Cochura oxidante, pasta pajiza e intrusiones medianas de mica y caliza.

Decoración: Ligerá incisión en la unión del cuerpo con el cuello. Tres juegos de 4 bandas verticales en pintura blanca.

Cronología: Siglo X?

Paralelos: CATARINO, 1998; 130, Est. II-2
VALLEJO y ESCUDERO, 1998; 159, fig. 20.

NÚMERO: 73

Núm. Inventario: 5190-1-1

Forma: Cerrada

Tipo: Orza

Morfología: Labio exvasado y apuntado, ligeramente engrosado al interior. Cuerpo de tendencia globular.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas de caliza, cuarzo y mica.

Decoración: Una acanaladura incisa en el tercio superior del cuerpo.

Cronología: Siglo X

Paralelos: FERNÁNDEZ SOTELO, 1988; t. III, pág. 103, fig. 3-b,c.
GUTIÉRREZ LLORET, 1998; 112, fig. 41 y 127, fig. 52.

ACIÉN y otros, 1998; 66, lám. VI-4.

HIDALGO y otros, 1996; 131, fig. 76, 1452 (con cronología muy anterior).

NÚMERO: 74

Núm. Inventario: 5012-2-1

Forma: Cerrada

Tipo: Orza

Morfología: Borde ligeramente diferenciado y envasado, labio apuntado y engrosado al interior. Cuerpo de tendencia globular.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas de caliza, cuarzo y mica.

Cronología: Siglo X

NÚMERO: 75

Núm. Inventario: 4040-11-1

Forma: Cerrada

Tipo: Orza

Morfología: Cuerpo de tendencia globular, labio envasado y redondeado.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas de caliza.

Decoración: Engobe? con pintura negra al exterior y roja al interior. Una banda incisa en el ter-

cio superior del cuerpo.

Cronología: Siglo __?

NÚMERO: 76

Núm. Inventario: 4091-6-4

Forma: Cerrada

Tipo: Orza

Morfología: Cuerpo de tendencia abombada, borde ligeramente diferenciado y labio apuntado y engrosado al interior.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta ocre claro e intrusiones finas y medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Cuatro bandas incisas horizontales paralelas en el tercio superior del cuerpo.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: ACIÉN y otros, 1995; 127, tipo 434 (aquí son marmitas).

NÚMERO: 77

Núm. Inventario: 19024-4-12

Forma: Cerrada

Tipo: Orza

Morfología: Borde envasado, labio plano e inclinado al interior. Cuerpo de tendencia cilíndrica algo abombada.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas de caliza y cuarzo.

Cronología: Siglo XI

Paralelos: CANO PIEDRA, 1996; 93, fig. 33 (MC/18).

NÚMERO: 78

Núm. Inventario: 19032-9-1

Forma: Cerrada

Tipo: Orza

Morfología: Borde diferenciado y exvasado, labio apuntado y biselado al interior. Cuerpo globular.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas y gruesas de caliza, cuarzo y mica.

Decoración: Cuatro bandas horizontales y paralelas en pintura blanca en el cuerpo.

Cronología: Siglo XI

Paralelos: GÓMEZ, 1992; 59, fig. 2. (aunque aquí es una marmita a torneta).

NÚMERO: 79

Núm. Inventario: 5122-2-3

Forma: Cerrada

Tipo: Jarro

Morfología: Cuello cilíndrico ligeramente cóncavo, borde diferenciado y labio exvasado y plano. Conserva arranque de una asa.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta pajiza

e intrusiones medianas de caliza y cuarzo.

Cronología: Siglo X?

Paralelos: RETUERCE, 1998; tipo C.40.

NÚMERO: 80

Núm. Inventario: 5062-1-1,2

Forma: Cerrada

Tipo: Jarra

Morfología: Cuello cilíndrico, labio diferenciado, exvasado y plano.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas de caliza y cuarzo.

Decoración: Pintura en manganeso sobre el labio.

Cronología: Siglo XXI?

Paralelos: TORRES y otros, 1991; 525, fig. 073.

CANO PIEDRA, 1996; 80, fig. 20 (MC/50).

NÚMERO: 81

Núm. Inventario: 5504-3-15

Forma: Cerrada

Tipo: Jarro/a

Morfología: Borde diferenciado, labio moldurado y plano. Cuello cilíndrico.

Técnica: Torno, de cochura reductora, pasta grisácea e intrusiones medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Incisiones en el cuello.

Cronología: Siglo X?

Paralelos: FUERTES y GONZÁLEZ, 1993; 778, fig. XX, lám. 3.

CASTILLO ARMENTEROS, 1996; 217, fig. 11-9.

CEVPP, 1991; 57, fig. 28.

NÚMERO: 82

Núm. Inventario: 4578-10

Forma: Cerrada

Tipo: Jarra

Morfología: Borde diferenciado y moldurado, labio redondeado.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas de caliza, cuarzo y mica.

Decoración: Engobe? rojo al exterior y al interior hacia la mitad del labio.

Cronología: Siglos X?

Paralelos: MOTOS, 1993, 215, fig. 3-14.

CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 81, lám. II-7.

CASTILLO ARMENTEROS, 1996; 214, fig. 8-14.

IZQUIERDO BENITO, 1994; 162, fig. 56-2.

MACIAS, 1991; 409, fig. 5.

RETUERCE, 1998; tipo E.03. (259).

NÚMERO: 83

Núm. Inventario: 4123-4

Forma: Cerrada

Tipo: Jarra.- Tinaja?

Morfología: Cuello cilíndrico, borde diferencia-

do y ligeramente exvasado, labio redondeado de sección triangular.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta pajiza e intrusiones medianas y gruesas de caliza y cuarzo.

Decoración: Goterones en pintura roja (almagra) en labio y cuello.

Cronología: Siglo X

Paralelos: CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 109, lám. XVIII-1.

ACIÉN y otros, 1995; tipo 911 y 921.1.

FERNÁNDEZ GABALDÓN, 1989; 208, fig. 2-8.

VALLEJO y ESCUDERO, 1998; 150, fig. 4-1y2, 5.

NÚMERO: 84

Núm. Inventario: 5283-3-2,3

Forma: Cerrada

Tipo: Jarro

Morfología: Cuello cilíndrico, troncocónico invertido, labio diferenciado de sección triangular. Asa de puente se sección oval que arranca del tercio inferior del cuello.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas y gruesas de caliza y cuarzo.

Decoración: Pintura en almagra. Tres lenguas en disposición horizontal en el cuello.

Cronología: Siglo X

NÚMERO: 85

Núm. Inventario: 19024-11-1

Forma: Cerrada

Tipo: Jarra/o

Morfología: Borde diferenciado, labio apuntado ligeramente redondeado, cuello cóncavo.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Una banda incisa en el cuello. Dos trazos digitados en pintura blanca en el cuello y un trazo del mismo color sobre el labio.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: MOTOS, 1993; 219, fig. 6-2 y 3.

CATHMA, 1991; 31, fig. 6.

NÚMERO: 86

Núm. Inventario: 5012-4-1

Forma: Cerrada

Tipo: Jarra/o

Morfología: Cuello cilíndrico cóncavo y labio diferenciado, redondeado, engrosado al interior de sección triangular.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas y gruesas de caliza y cuarzo.

Decoración: Ocho filetes en pintura blanca en el cuello.

Cronología: Siglo X?

Paralelos: CATHMA, 1991; 31, fig. 6.

NÚMERO: 87

Núm. Inventario: 18014-2-10

Forma: Cerrada

Tipo: Jarra

Morfología: Labio ligeramente exvasado y plano, cuello cilíndrico troncocónico invertido con resalte central y cuerpo de tendencia abombada. Asas de puente que parten desde el resalte del cuello.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones de caliza cuarzo y mica.

Decoración: Dos bandas incisas en el tercio superior del cuerpo conservado y una excisa en la unión del cuello con el cuerpo.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: TORRES y otros, 1991; 525, fig. 073. VALLEJO y ESCUDERO, 1998; 150, fig. 4-1.

NÚMERO: 88

Núm. Inventario: 19021-18

Forma: Cerrada

Tipo: Jarra/o

Morfología: Borde ligeramente diferenciado y exvasado, labio redondeado, biselado y engrosado al interior. Cuello cilíndrico.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Una banda ondulada incisa enmarcada en otras dos, también incisas y horizontales.

Cronología: Siglo XI

NÚMERO: 89

Núm. Inventario: 4091-19-2

Forma: Abierta

Tipo: Jarra

Morfología: Cuerpo de tendencia globular, cuello cilíndrico y filtro interior.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Bandas horizontales y paralelas en pintura blanca en el cuello y en el tercio superior del cuerpo.

Cronología: Siglo XI

Paralelos: CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 109, lám. XVIII-9.

VALLEJO y ESCUDERO, 1998; 150, fig. 4, 1 y 2.

NÚMERO: 90

Núm. Inventario: 5505-3-9,10

Forma: Cerrada

Tipo: Jarra/o

Morfología: Cuerpo de tendencia globular y cuello cilíndrico.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta roja y gris (ext.-Int.) e intrusiones medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Pintura blanca. Tres trazos horizontales en el cuello. Tres verticales en el cuerpo y tres en zigzag entrelazado en el cuerpo.

Cronología: Siglo XXI

Paralelos: VALLEJO y ESCUDERO, 1998; 150, fig. 4, 1 y 2.

NÚMERO: 91

Núm. Inventario: 19035-26

Forma: Cerrada

Tipo: Jarra/o

Morfología: Base plana.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas de caliza y mica. Vedrío en melado verdoso en ambas caras.

Cronología: Siglo XI

Paralelos: ACIÉN y otros, 1995; 127, tipo 324.

NÚMERO: 92

Núm. Inventario: 19032-21-1

Forma: Cerrada

Tipo: Jarra

Morfología: Base plana, ligeramente convexa. Cuerpo de paredes curvas de tendencia globular.

Técnica: Torno de cochura oxidante, pasta marrón e intrusiones medianas y gruesas de caliza y cuarzo.

Cronología: Siglo XI

Paralelos: CASTILLO ARMENTEROS, 1998; 105, fig. 55-7 (tipo 10).

GÓMEZ, 1992; 96, fig. 112.

NÚMERO: 93

Núm. Inventario: 5012-14-2

Forma: Abierta

Tipo: Alcadafe

Morfología: Cuerpo de paredes de tendencia ligeramente curvas divergentes, borde diferenciado, exvasado y labio redondeado y plano.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas de caliza.

Cronología: Siglo VIII-IX?

NÚMERO: 94

Núm. Inventario: 5012-16-2

Forma: Abierta

Tipo: Alcadafe

Morfología: Base plana, ligeramente convexa, cuerpo de paredes rectas divergentes, labio engrosado al exterior y ligeramente redondeado.

Técnica: Torno, de cochura reductora, pasta rojiza y gris (ext.-int) e intrusiones medianas y gruesas de caliza y cuarzo. Las paredes interiores están

bruñidas.

Decoración: Cordón inciso en el labio.

Cronología: Larga perduración

NÚMERO: 95

Núm. Inventario: 19021-36-3

Forma: Cerrada

Tipo: Anafre

Morfología: Tercio superior del cuerpo conservado troncocónico invertido, borde exvasado y labio plano, inclinado y engrosado al interior. Dos mamelones sobre el labio, uno vertical y otro horizontal.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas y gruesas de caliza y cuarzo.

Cronología: Siglo XXI

Paralelos: ACIÉN y otros, 1995; 128, tipo 728.

NÚMERO: 96

Núm. Inventario: 4005-20-3

Forma: Abierta?

Tipo: Anafre

Morfología: Cuerpo troncocónico invertido de paredes curvas, borde ligeramente diferenciado y labio plano e inclinado hacia el interior. Bajo el mismo se ubica un mamelón a modo de tope. En el cuerpo se conserva parte de uno de los orificios con que contaría.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Dos bandas incisas que diferencian el borde del cuerpo.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: ACIÉN y otros, 1995; 136, tipo 736.1.

NÚMERO: 97

Núm. Inventario: 4035-24-1

Forma: Cerrada

Tipo: Anafre

Morfología: Cuerpo - cuello de tendencia cilíndrica, borde diferenciado y ligeramente exvasado, labio de sección triangular. Sobre el labio se sitúa un pedúnculo y al interior del cuerpo se instala un soporte de pellizco.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones medianas y gruesas de caliza y cuarzo.

Decoración: Una pequeña banda incisa en el borde.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 105, lám. XV-2.

GÓMEZ BECERRA, 1992; 99, fig. 145.

NÚMERO: 98

Núm. Inventario: 5225-6-1,2

Forma: Cerrada

Tipo: Esenciero?

Morfología: Base plana con tres pies de apoyo, cuerpo cilíndrico ligeramente abombado con escotadura en el hombro. Cuello cilíndrico. Conserva arranque de asas. Reborde interior en la zona de la parrilla.

Técnica: Torno, de cochura reductora, pasta roja y gris (ext.-int.) e intrusiones medianas de caliza y cuarzo.

Cronología: Siglo X?

NÚMERO: 99

Núm. Inventario: 5504-8-3

Forma: Abierta

Tipo: Anafre

Morfología: Cuerpo cilíndrico, labio exvasado plano y engrosado al interior. Conserva un orificio en el cuerpo y un pedúnculo sobre el labio.

Técnica: Torneta, de cochura reductora, pasta gris e intrusiones medianas de caliza cuarzo y mica.

Cronología: Siglos XXI?

Paralelos: CASTILLO y MARTÍNEZ, 1993; 105, lám. XV-1.

NÚMERO: 100

Núm. Inventario: 4405-1

Forma: Cerrada

Tipo: Candil

Morfología: Cuerpo de cazoleta lenticular, gollete cilíndrico ligeramente cóncavo y labio redondeado. Piqueta y asa de puente que arranca y muere en el cuerpo.

Técnica: Torno - mano, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas y medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Dos goterones en la parte anterior de la cazoleta en vidrio verde oliva.

Cronología: Siglo X

Paralelos: *Vivir en...*, 1993; 190 y 194.

NÚMERO: 101

Núm. Inventario: 18014-22-1

Forma: Cerrada

Tipo: Candil

Morfología: Base plana, cuerpo lenticular, cuello cilíndrico y troncocónico. Piqueta de sección oval. Asa de puente de ojo totalmente circular.

Técnica: Torno, mano, de cochura oxidante, pasta pajiza e intrusiones finas y medianas de caliza y cuarzo.

Decoración: Goterones de vidriado verde oliva que circundan la parte superior del cuerpo así como de la piqueta.

Cronología: Siglos XXI
Paralelos: VALLEJO y ESCUDERO, 1998; 174, lám. 19.

NÚMERO: 102

Núm. Inventario: 5085-2-1

Forma: Cerrada

Tipo: Candil - Lámpara

Morfología: Cuerpo cilíndrico moldurado

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta rojiza e intrusiones finas de caliza. Vedrío parcial en verde.

Cronología: ¿-?

NÚMERO: 103

Núm. Inventario: 5132-2-1

Forma: Abierta

Tipo: Tapadera

Morfología: Borde diferenciado, labio apuntado y moldurado al exterior, cuerpo de paredes convergentes.

Técnica: Torno, de cochura reductora, pasta gris e intrusiones finas y medianas de caliza y cuarzo.

Cronología: Siglo VIII-IX?

Paralelos: MOTOS, 1993; 225, fig. 10-19.

NÚMERO: 104

Núm. Inventario: 5333-6-1

Forma: Abierta

Tipo: Tapadera

Morfología: Base plana, paredes divergentes y pedúnculo central.

Técnica: Mano - torno, de cochura reductora, pasta grisácea e intrusiones medianas de caliza y cuarzo.

Cronología: Larga perduración

NÚMERO: 105

Núm. Inventario: 5504-9,2,3

Forma: Abierta

Tipo: Tapadera

Morfología: Labio apuntado, plano y con pestaña interior, cuerpo de paredes ligeramente curvas, y base plana.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta pajiza, e intrusiones medianas de caliza y cuarzo.

Cronología: Larga perduración.

NÚMERO: 106

Núm. Inventario: 19024-27-2

Forma: Abierta

Tipo: Tapadera

Morfología: Labio ligeramente bifido, base plana.

Técnica: Torno, de cochura oxidante, pasta roja, e intrusiones medianas de caliza y cuarzo.

Cronología: Siglos XXI

Paralelos: ÍÑIGUEZ y MAYORGA, 1993; 134.



NOTAS

* - Proyecto dirigido por el Prof. Pedro Aguayo de Hoyos y titulado “Análisis territorial de la ocupación humana en la Depresión de Ronda durante la Prehistoria Reciente”.

** - Ello se materializó en dos proyectos, uno de carácter parcial, “Análisis del poblamiento romano en la depresión natural de Ronda”, dirigido por Bartolomé Nieto González, y otro más general centrado en la ciudad, “Proyecto para el estudio y conservación del Patrimonio Histórico – Arqueológico de la ciudad de Ronda”, codirigido por Bernardina Padial, Olga Garrido y Bartolomé Nieto, así como un tercero, mucho más reciente, que aborda la problemática del poblamiento medieval en la Serranía de Ronda, dirigido por el que suscribe y financiado, como los demás, por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

1 - En esta misma línea se sitúan las interpretaciones que ofrecen la mayoría de los historiadores y eruditos locales, desde que en el siglo XVII, Macario Fariñas del Corral atribuyera la destrucción de Acinipo al pueblo vándalo, responsable de que, por ejemplo, sus murallas se encontraran arrasadas hasta sus cimientos (NIETO, 1990;138).

2 - Se propone además esta fecha para su fin por la existencia arqueológica, por un lado, de cerámicas del siglo IV en superficie, y textual por otro, pues al Concilio de Elvira asistirá como representante de esta ciudad un presbítero llamado León (VIVES, 1963; 1), lo que viene a reforzar la débil imagen de la que goza Acinipo a comienzos ya del siglo IV.

3 - Son relativamente numerosos los ejemplos de ladrillos con iconografía cristiana, fundamentalmente crismones, que se han encontrado en los alrededores de Ronda. De ellos los más interesantes, ya que cuentan también con epigrafía, son los conocidos “*Bracariuis*”, datados hacia el siglo V d. C. No obstante no serán los únicos, dotando al fenómeno de mayor complejidad, pues junto a éstos aparecen también otros, de similares dimensiones, con motivos vegetales o de lacería o, lo que resulta aún más interesante, portando una iconografía distinta. Se trata de la representación del candelabro de siete brazos, de temática claramente judía. Sobre ésta, GONZÁLBES CRAVIOTO, Carlos (1987): “Un ladrillo de época visigoda con simbología judía hallado en Ronda (Málaga)”, *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, 36 (2), pág. 89-93. Y con carácter más general, LOZA AZUAGA, M^a Luisa (1991-92): “Tipología y catálogo de las placas cerámicas decoradas a molde de época tardorromana y visigoda conservadas en el Museo de Málaga”, *Mainake*, XII-XIV, pág. 251-265.

4 - Al mismo tiempo, también resulta paradójico que en su territorio de influencia no haya aparecido ningún resto de iconografía cristiana parecido a los de antes. No obstante, esto no puede considerarse como determinante de dos realidades diferentes, sino más bien al contrario, como dos facetas de una misma realidad que aún está por investigar.

5 - Sería la llamada “cristianización del paisaje urbano”, reflejada en la proliferación de edificaciones emanadas por las élites eclesiásticas en los solares de las antiguas ciudades (GARCÍA MORENO, 1977-78; 312 y ss.).

6 - Aunque con unos niveles de desarrollo distintos y producidos por entidades diferentes en cuanto a importancia, esto también se observa en Valencia, en la que, fuera de la zona donde se sitúan los edificios erigidos por el episcopado, no se encuentran indicios suficientes que permitan hablar de un cierto urbanismo de carácter civil (GUTIÉRREZ, 1993; 21).

7 - Como tampoco arqueológica, pues si la arqueología puede demostrar tales extremos, éstos se verían reflejados en el registro arqueológico con una abundante y clara pervivencia y continuidad de elementos de tradición hispanogoda, algo que no hemos podido determinar en el caso de Ronda, como se pondrá de manifiesto a lo largo del trabajo.

8 - Véase la nota número 3.

9 - Junto a los topónimos beréberes que se pueden localizar en el Valle del Genal (el *Havaral* –Hawwara– de las crónicas castellanas): Benalauría, Faraján, etc., o en el del Guadiaro: Benaoján; existen otros que parecen netamente preislámicos, como Júzcar en el primero y Montejaque en el segundo (ACIÉN, 1979; 84).

10 - Y precisamente son de los beréberes de Takurunna las únicas y parcas noticias que encontramos en las fuentes escritas. Al margen de los episodios de convulsión que suponen las revueltas, enmarcadas entre finales del siglo VIII y mediados del IX, la noticia más antigua hace referencia a la adhesión que un tal Abd al-A'la Ibn Awsaya, llamado por el autor del *Dikr* señor de la kura de Takurunna, y los *yundíes* que iban con él, muestran al recién llegado Abd al-Rahman I, prestándole juramento (MOLINA, 1983; t. II, 120). Lo mismo harán los Banu Jali, a quienes se verán posteriormente establecidos en la zona de Cañete, prestando al pretendiente Omeya un total de 400 jinetes para su causa (GUICHARD, 1976; 372). Por último, en otra ocasión, ya a mediados del siglo IX (863), la región de Takurunna aportará un total de 299 jinetes para la campaña de Galicia que emprenderá Muhammad I (GUICHARD, 1976; 452).

11 - Es el caso, por ejemplo, de las cazuelas carenadas con parentesco en los cuencos visigodos (Grupo B, variantes I y II), que las encontramos, ya evolucionadas, en contextos de los siglos X y XI.

12 - En la estratigrafía de la ciudad con que contamos hasta el momento, no se ha individualizado ningún nivel, de los pertenecientes a esta franja cultural, que podamos atribuir a un momento de abandono, aunque esto pueda deberse también a la dinámica tan particular de los asentamientos vivos o de larga duración como es nuestro caso.

13 - Así estas iglesias rupestres representarían, por tanto, un reducto humano e ideológico en medio de los acontecimientos de la primera *fitna*, aunque no motivadas por ella.

14 - Concretamente esta referencia aparece en Ahmad AL-RAZI: *Ajbar muluk al-Andalus*, traducida por LEVI-PROVENÇAL, E. (1953): “La «Description de l’Espagne» d’Ahmad al-Razi: Essai de reconstitution de l’original arabe et traduction française”, *Al-Andalus*, XVIII, pág. 51-108.

15 - Es el caso de la zona más septentrional, en torno a Cañete, poblada por los beréberes Banu Jali, aliados de Ibn Hafsun entre 889 y 906.

16 - El planteamiento de esta visión se debe a P. GUICHARD (1980): “La valencia musulmana”, *Nuestra historia*, 2, pág. 202-281, y concretamente en pág. 210, 219 y 220.

17 - Similares posibilidades presenta el valle del río Setenil, separado del Guadalquivir por una elevación de poco relieve, la Sierra de las Cumbres, en donde hemos comenzado a documentar alquerías que podríamos adscribir a esta época, en la que aparecen cerámicas vidriadas.

18 - Quizá una de las pruebas más evidentes de la mano del Estado, califal o taifa, sea el levantamiento del puente árabe de Ronda, al que tradicionalmente se ha llamado romano. En él, aunque muy transformado por haber sido objeto de sucesivas arrolladas, se conservan partes de los paños en los que no es difícil observar una clara influencia califal en la disposición de su aparejo.

19 - Efectivamente, a partir del siglo X es cuando se documenta el nombramiento de gobernadores en Takurunna, adquiriendo con ello una consideración administrativa más elevada de la que gozaba hasta el momento.

BIBLIOGRAFÍA

- ACIÉN ALMANSA, Manuel (1979): *Ronda y su Serranía en tiempos de los Reyes Católicos*, Málaga. 3 vols.
- ACIÉN ALMANSA, Manuel (1989): "Poblamiento y fortificación en el sur de al-Andalus. La formación de un país de husun," en *Actas del III Congreso de Arqueología Medieval Española*, t. I, Ponencias, Oviedo, pág. 137-150.
- ACIÉN ALMANSA, Manuel (1992a): "Abd al-Rahman III y la reunificación de al-Andalus," *Historia* 16, 195, pág. 60-67.
- ACIÉN ALMANSA, Manuel (1992b): "Sobre la función de los husun en el sur de al-Andalus. La fortificación en el califato," en *Coloquio Hispano-Italiano de Arqueología Medieval*, Granada, pág. 263-274.
- ACIÉN ALMANSA, Manuel (1993): "La cultura material de época emiral en el sur de al-Andalus. Nuevas perspectivas," en MALPICA, A. (ed.): *La cerámica altomedieval en el sur de al-Andalus*, Granada, pág. 153-172.
- ACIÉN ALMANSA, Manuel (1994): *Entre el Feudalismo y el Islam. Umar Ibn Hafsun en los historiadores, en las fuentes y en la historia*, Jaén.
- ACIÉN ALMANSA, Manuel (1998): "La desarticulación de la sociedad visigoda," *Hispania, al-Andalus, Castilla. Jornadas históricas del Alto Guadalquivir*, Jaén, pág. 44-67.
- ACIÉN ALMANSA, Manuel (en prensa): "Poblamiento indígena en al-Andalus e indicios del primer poblamiento andalusí," en *El siglo VIII. Islam y Occidente. Un primer encuentro (Alcalá de Henares-Madrid, 1993)*.
- ACIÉN et alii (1995): "Evolución de los tipos cerámicos en el SE de al-Andalus," en *Actes du 5ème colloque sur la céramique médiévale en Méditerranée occidentale, Rabat, 11-17 novembre 1991*, Rabat, pág. 125-139.
- ACIÉN, M.; CRESSIER, P.; ERBATI, L.; PICON, M. (1998): "La cerámica a mano de Nakur (ss. IX-X). Producción beréber medieval," *Arqueología y Territorio Medieval*, 6, pág. 45-69.
- ADROHER, A.; AGUAYO, P. y RUIZ, C. (1991): "Informe de la excavación de urgencia en el solar nº 5 de la calle Juan Bosco de Ronda. 1986," *Anuario Arqueológico de Andalucía/1990*, t. III, *Actividades de Urgencia*, Sevilla, pág. 407-712.
- AGUADO VILLALBA, José (1983): *La cerámica hispano-musulmana de Toledo*, Madrid.
- AGUAYO DE HOYOS, Pedro (1997): "Análisis territorial de la ocupación humana en la Depresión de Ronda durante la Prehistoria Reciente," *Arqueología a la carta. Relaciones entre teoría y método en la práctica arqueológica*, Málaga, pág. 9-34.
- AGUAYO, P.; CARRIÓN, F.; ADROHER, A.; LOBATO, R. (1986): "Excavaciones arqueológicas en Ronda. El corte 4, calle José María Holgado, 17," *Anuario Arqueológico de Andalucía/1986*, t. III, *Actividades de Urgencia*, Sevilla, pág. 259-260.
- AGUAYO, P.; CASTILLA, J.; PADIAL, B. (1990): "Excavación de urgencia en el casco antiguo de Ronda. Calle Armiñán nº 39, 41, 43 y Aurora nº 16. 1989," *Anuario Arqueológico de Andalucía/1989*, t. III, *Actividades de Urgencia*, Sevilla, pág. 339-342.
- AGUAYO, Pedro y CASTAÑO, José Manuel (2000): "Estado de la cuestión sobre la estructura urbana de la ciudad de Ronda en época medieval," *II Jornadas de Arqueología Medieval. Ciudades y territorio en al-Andalus*, (Berja, 1998).

AGUAYO, Pedro; CASTAÑO, José Manuel y PADIAL, Bernardina, "Análisis arqueológico y urbanístico de una manzana. Intervenciones de urgencia en el casco antiguo de Ronda, 1994-2000", *Anuario Arqueológico de Andalucía 2001 (AAA'2001)*, t. III-2, Sevilla, 2004, pp. 772-788.

BERNAL CASASOLA, Darío (1989): "La basílica paleocristiana de Ceuta", *Revista de Arqueología*, 101, pág. 8-13.

BOHIGAS ROLDÁN, R. y RUÍZ GUTIÉRREZ, A. (1989): "Las cerámicas visigodas de poblado en Cantabria y Palencia", *Boletín de Arqueología Medieval*, 3, pág. 31-51.

CABALLERO ZOREDA, Luis (1989): "Cerámica de 'época visigoda y postvisigoda' de las provincias de Cáceres, Madrid y Segovia", *Boletín de Arqueología Medieval*, 3, pág. 75-107.

CANO PIEDRA, Carlos (1996): *Cerámica verde y manganeso de Madinat al-Zahra*, Granada.

CARRILERO, Manuel y NIETO, Bartolomé (1995): "Aproximación al fenómeno paleocristiano en la Depresión natural de Ronda (Málaga)", en *IV Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica (Lisboa, 1992)*, Barcelona, pág. 185-190.

CASTAÑO AGUILAR, José Manuel (2001): "Intervención arqueológica en el Casco Antiguo de Ronda. Calle Armiñán, 29. 1996", *Anuario Arqueológico de Andalucía/ 1996*, Sevilla, pp. 337-354.

CASTILLA BRAZALES, Juan (1992): *Crónica de Arib sobre al-Andalus*, Trad. y ed. crítica por..., Granada.

CASTILLO ARMENTEROS, Juan Carlos (1996): "La cerámica emiral de la campiña de Jaén", *Arqueología y Territorio Medieval*, 3, pág. 191-220.

CASTILLO ARMENTEROS, Juan Carlos (1998): *La campiña de Jaén en época emiral (s. VIII-X)*, Jaén.

CASTILLO GALDEANO, F. y MARTÍNEZ MADRID, R. (1993): "La producción cerámica en Bayyana", en MALPICA, A. (ed.): *La cerámica altomedieval en el sur de al-Andalus*, Granada, pág. 69-116.

CATARINO, Helena (1998): "Cerâmicas omíadas do Garb al-Andalus: Resultados arqueológicos no Castelo Velho de Alcoutim e no Castelo das Relíquias (Alcoutim)", *Arqueología y Territorio Medieval*, 6, pág. 113-132.

C.A.T.H.M.A. (1991): "Importations des céramiques communes méditerranéenes dans le midi de la Gaule (Ve - VIIe)", en *Actas do IV Congresso Internacional A cerâmica medieval no Mediterrâneo Ocidental (Lisboa, 16-22 novembro 1987)*, Mértola, pág. 27-47.

C.E.V.P.P. (1991): "Cerámicas de época visigoda en la Península Ibérica. Precedentes y perduraciones", en *Actas do IV Congresso Internacional A cerâmica medieval no Mediterrâneo Ocidental (Lisboa, 16-22 novembro 1987)*, Mértola, pág. 49-67.

CHALMETA, Pedro (1994): *Invasión e islamización. La sumisión de Hispania y la formación de al-Andalus*, Madrid.

CRESSIER, Patrice y GARCÍA-ARENAL, Mercedes, eds. (1998): *Genèse de la ville islamique en al-Andalus et au Magherb occidental*, Madrid.

FERNÁNDEZ GABALDÓN, Susana (1989): "El despoblado hispanomusulmán de El Ladrillero (Arche, Huelva). Datos para el estudio del substrato indígena onubense en época islámica", *Boletín de Arqueología Medieval*, 3, pág. 205-220.

FERNÁNDEZ SOTELO, Emilio (1988): *Ceuta Medieval. Aportación del estudio de las cerámicas (ss. XXV)*, 3 vols., Ceuta.

FUERTES SANTOS, M.C. y GONZÁLEZ VIRSEDA, M. (1993): "Avance al estudio tipológico de la cerámica medieval del yacimiento de Cercadilla, Córdoba. Materiales emirales", en *Actas del IV Congreso de Arqueología Medieval Española*, t. III, *Comunicaciones*, Alicante, pág. 771-778.

GARCÍA MORENO, Luis (1977-78): "La cristianización de la topografía de las ciudades de la Península Ibérica durante la Antigüedad Tardía", *Archivo Español de Arqueología*, 50-51, nºs 135-8, pág. 311-321.

GÓMEZ BECERRA, Antonio (1992): *El Maraute (Motril). Un asentamiento medieval en la costa de Granada*, Motril.

GÓMEZ BECERRA, Antonio (1997): *Cerámica islámica de Salobreña*, Salobreña.

GUICHARD, Pierre (1976): *Al-Andalus. Estructura antropológica de una sociedad islámica en Occidente*, Barcelona.

GUTIÉRREZ LLORET, Sonia (1993): "De la *civitas* a la *madina*: destrucción y formación de la ciudad en el sureste de al-Andalus. El debate arqueológico", en *Actas del IV Congreso de Arqueología Medieval Española*, t. I, *Ponencias*, Alicante, pág. 13-35.

GUTIÉRREZ LLORET, Sonia (1996): *La cora de Tudmir. De la antigüedad tardía al mundo islámico*, Madrid-Alicante.

GUTIÉRREZ LLORET, Sonia (1998a): "La cerámica emiral de Madinat Iyih (el Tolmo de Minateda, Hellín, Albacete). Una primera aproximación", *Arqueología y Territorio Medieval*, 6, pág. 71-111.

GUTIÉRREZ LLORET, Sonia (1998b): "Ciudades y conquista. El fin de las *civitates* visigodas y la génesis de las *mudun* islámicas del sureste de al-Andalus", *Genèse de la ville islamique en al-Andalus et au Maghreb occidental*, Madrid, pág. 137-158.

HIDALGO, Rafael et alii (1996): *El criptopórtico de Cercadilla. Análisis arquitectónico y secuencia estratigráfica*. Sevilla.

ÍÑIGUEZ SÁNCHEZ, M.C. y MAYORGA MAYORGA, J.F. (1993): "Un alfar emiral en Málaga", en MALPICA, A. (ed.): *La cerámica altomedieval en el sur de al-Andalus*, Granada, pág. 117-138.

IZQUIERDO BENITO, Ricardo (1977a): "Cerámica de necrópolis de época visigoda del Museo Arqueológico Nacional", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 80, pág. 569-611.

IZQUIERDO BENITO, Ricardo (1977b): "Ensayo de una sistematización tipológica de la cerámica de época visigoda", *Revista de Archivos Bibliotecas y Museos*, 80, pág. 837-865.

IZQUIERDO BENITO, Ricardo (1994): *Ciudad hispaomusulmana de "Vascos", Navalmoralejo (Toledo). Campañas 1983-1988*, Toledo.

LARRÉN IZQUIERDO, Hortensia (1989): "Materiales cerámicos de la Cabeza: Navasangil (Ávila)", *Boletín de Arqueología Medieval*, 3, pág. 53-74.

LEVI-PROVENÇAL, Evaristo. (1982): *España musulmana hasta la caída del califato de Córdoba (711-1031 de J.C.)*, tomo IV de la *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, 5ª ed., Madrid.

LOZANO GUTIÉRREZ, Federico (1905): *Historia de Ronda*, Ronda.

MALPICA CUELLO, Antonio, (ed.) (1993): *La cerámica altomedieval en el sur de al-Andalus*, Granada.

MATOS, José Luis de (1986): "Céramique musulmane du sud de Portugal", en *Actas del II Coloquio Internacional de cerámica medieval en el Mediterráneo occidental (Toledo, 1981)*, Madrid, pág. 149-154.

- MATOS, José Luis de (1991): "Cerâmica muçulmana do Cerro da Vila", en *Actas do IV Congresso Internacional A cerâmica medieval no Mediterrâneo Ocidental (Lisboa, 16-22 novembro 1987)*, Mértola, pág. 429-456.
- MIRÓ DOMÍNGUEZ, Aurora (1987): *Ronda, arquitectura y urbanismo*, Málaga.
- MORETI SÁNCHEZ, Juan José (1867): *Historia de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Ronda*, Ronda.
- MOTOS GUIRAO, Encarnación (1991): *El poblado medieval de "El Castellón" (Montefrío, Granada)*, Granada.
- MOTOS GUIRAO, Encarnación (1993): "La cerámica altomedieval de 'El Castellón' (Montefrío, Granada)", en MALPICA, A. (ed.): *La cerámica altomedieval en el sur de al-Andalus*, Granada, pág. 209-237.
- NIETO GONZÁLEZ, Bartolomé (1990): "El municipio romano de Acinipo y su territorio", *Recuerdos de Ronda y su historia. La ciudad romana de Acinipo*, Ronda, pág. 107-145.
- NIETO GONZÁLEZ, Bartolomé (1994): "El proceso histórico de Arunda y su territorio circundante durante la fase cultural romana", *Recuerdos de Ronda y su historia (II)*, Ronda, pág. 214-242.
- PUERTAS TRICAS, Rafael (1985): "La cerámica verde y morado de la Alcazaba de Málaga", *Cuadernos de la Alhambra*, XXI, pág. 31-65.
- PUERTAS TRICAS, Rafael (1988): "Iglesias rupestres de Ronda", *Estudios de Ronda y su Serranía*, 1, Granada, pág. 181-194.
- RIERA FRAU, Magdalena (1998): "Cerámicas emirales y califales halladas en Mallorca", *Arqueología y Territorio Medieval*, 6, pág. 177-190.
- RETUERCE VELASCO, Manuel (1998): *La cerámica islámica de la Meseta*, 2 vols. Madrid.
- RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, Francisco (1977): *La Serranía de Ronda. Estudio geográfico*, Málaga.
- RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, Francisco (1979): *Ronda capital subregional*, Málaga.
- ROSKAMS, Steve (1996): "Urban transition in North Africa: Roman and Medieval towns of the Maghreb", en CHRISTIE, N. y LOSEBY, S.T. (eds.): *Towns in transition. Urban evolution in Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Aldershot, pág. 159-183.
- ROSSELLÓ BORDOY, Guillermo (1978): *Ensayo de sistematización de la cerámica árabe de Mallorca*, Palma de Mallorca.
- ROSSELLÓ BORDOY, Guillermo (1991): *El nombre de las cosas en al-Andalus: una propuesta de terminología cerámica*, Palma de Mallorca.
- RUIZ DE ALMODÓVAR SEL, Caridad (1981-82): "Notas para el estudio de la taifa beréber de Ronda: los Banu Ifran", *Andalucía Islámica*, vol. II-III, pág. 95-106.
- SALVADOR VENTURA, Francisco (1990): *Hispania meridional entre Roma y el Islam. Economía y sociedad*, Granada.
- SALVADOR VENTURA, Francisco (1998): "Las ciudades del Alto Guadalquivir en época visigoda", en *Hispania, al-Andalus, Castilla. Jornadas históricas del Alto Guadalquivir*, Jaén, pág. 31-43.
- TORRES BALBÁS, Leopoldo (1944): "La acrópolis musulmana de Ronda", *Al-Andalus*, IX, pág. 449-481.
- TORRES, Claudio et alii (1991): "Cerâmica islámica de Mértola. Propostas de cronología e funcionalidade"

dade” en *Actas do IV Congresso Internacional A cerâmica medieval no Mediterrâneo Ocidental (Lisboa, 16-22 novembro 1987)*, Mértola, pág. 497-536.

VALLVÉ BERMEJO, Joaquín (1986): *La división territorial de la España musulmana*, Madrid.

VIGUERA MOLINS, María Jesús (1986): “Noticias dispersas sobre Ronda musulmana”, en *Actas del XII congreso de la Union Europeenne d’Arabisants et d’Islamisants (Málaga, 1984)*, Madrid, pág. 757-769.

VIVES, José (1963): *Concilios visigóticos e hispanorromanos*, Barcelona-Madrid.

Vivir en al-Andalus. Exposición de cerámica (s. IX-XV), Almería, 1993.

WICKHAM, Chris (1989): “La otra transición: del mundo antiguo al feudalismo”, *Studia Historica. Historia Medieval*, VII, pág. 7-35.

VV.AA. (1994): *La Serranía de Ronda*, Madrid.

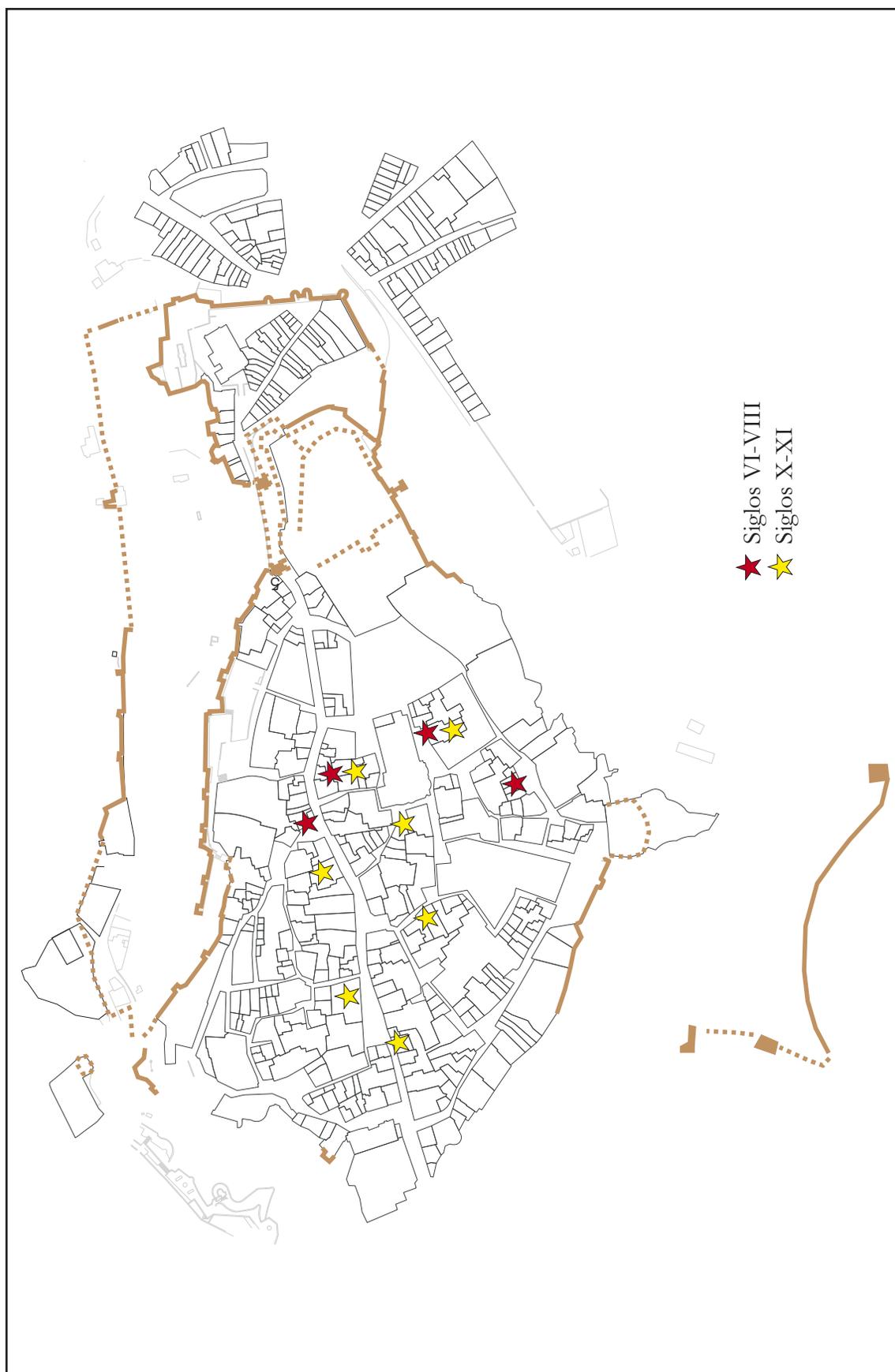


Figura 1 - Ubicación de las Intervenciones arqueológicas estudiadas

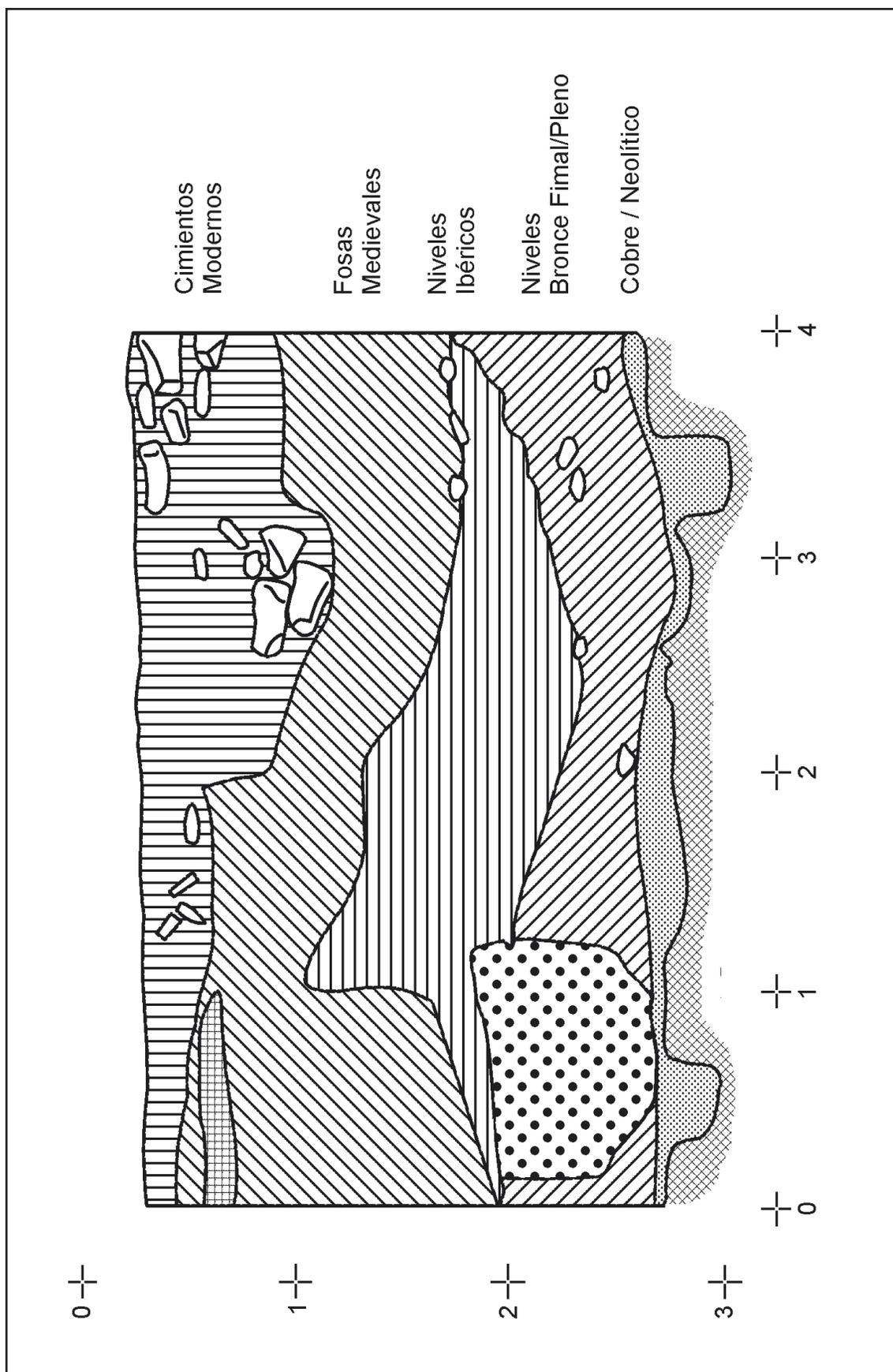


Figura 2 - Excavación arqueológica en la calle José María Holgado de Ronda (RH-86, Corte4, Perfil Norte)

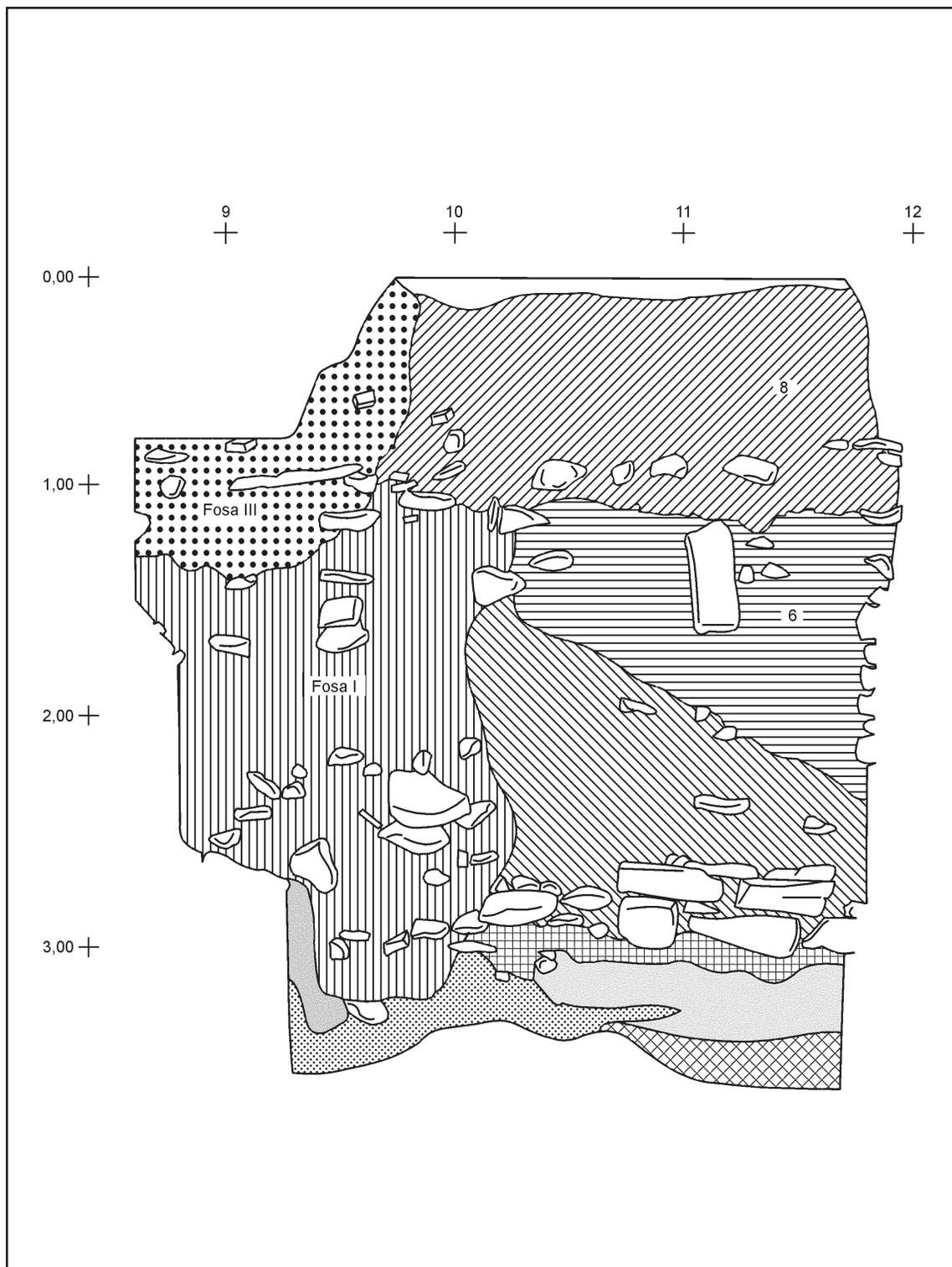


Figura 3 - Excavación arqueológica en la calle Juan Bosco de Ronda (RJB-86, Corte 5, Sector A, Perfil Este, Zona Central)

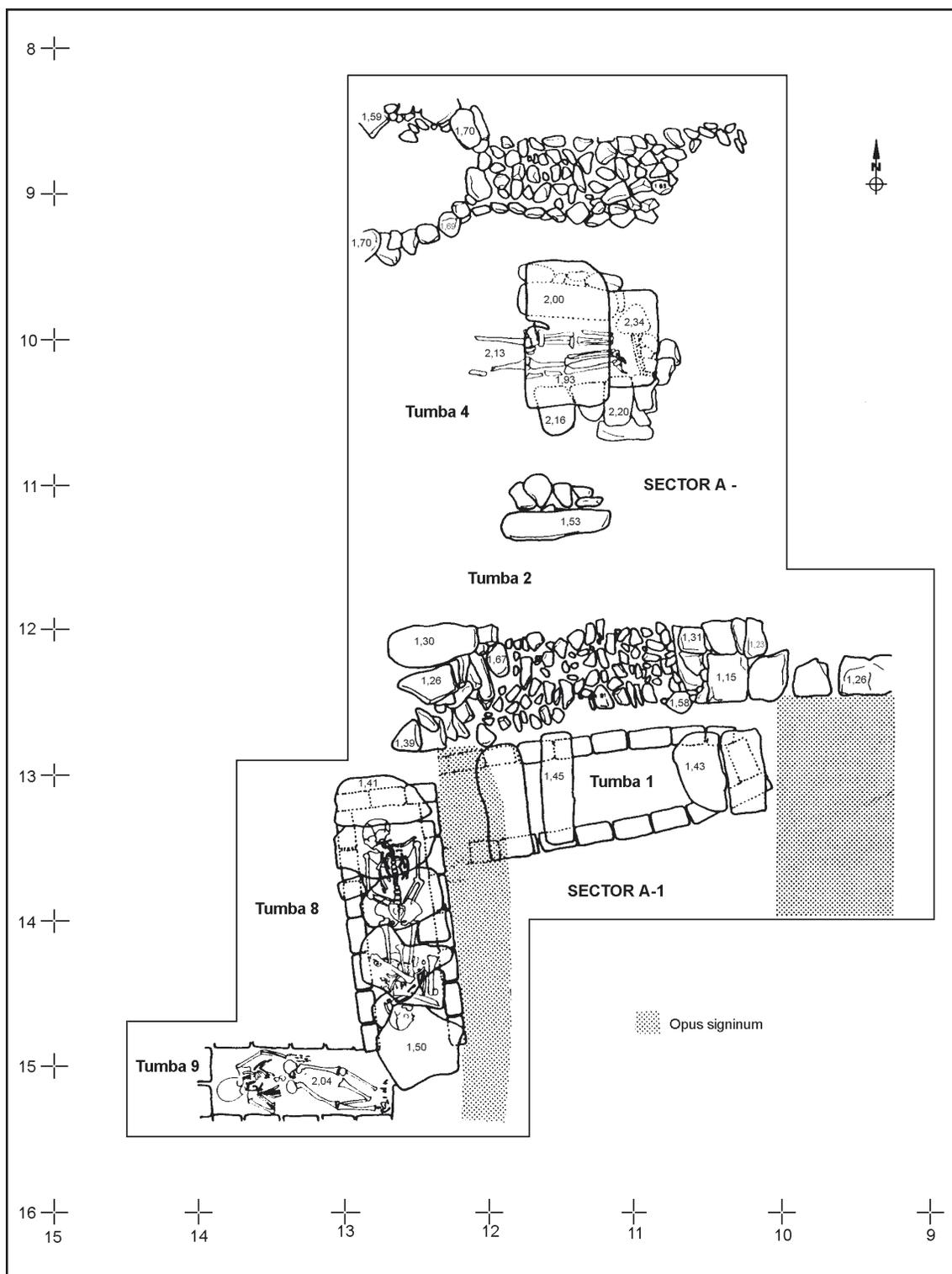


Figura 4 - Intervención arqueológica en la calle San Juan Bosco de Ronda (Palnta esquemática)

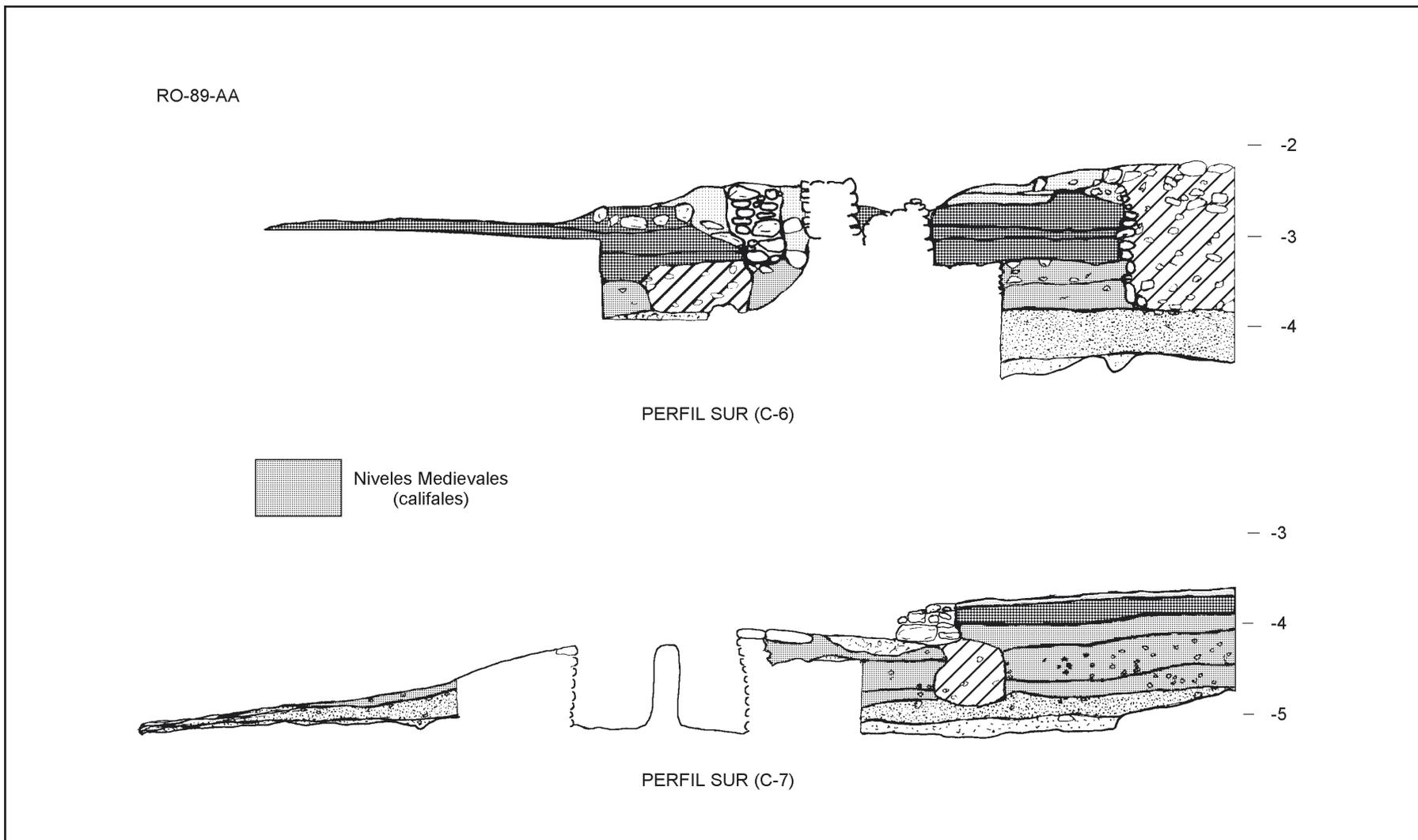


Figura 5 - Intervención arqueológica en las calles Armuña y Aurora de Ronda

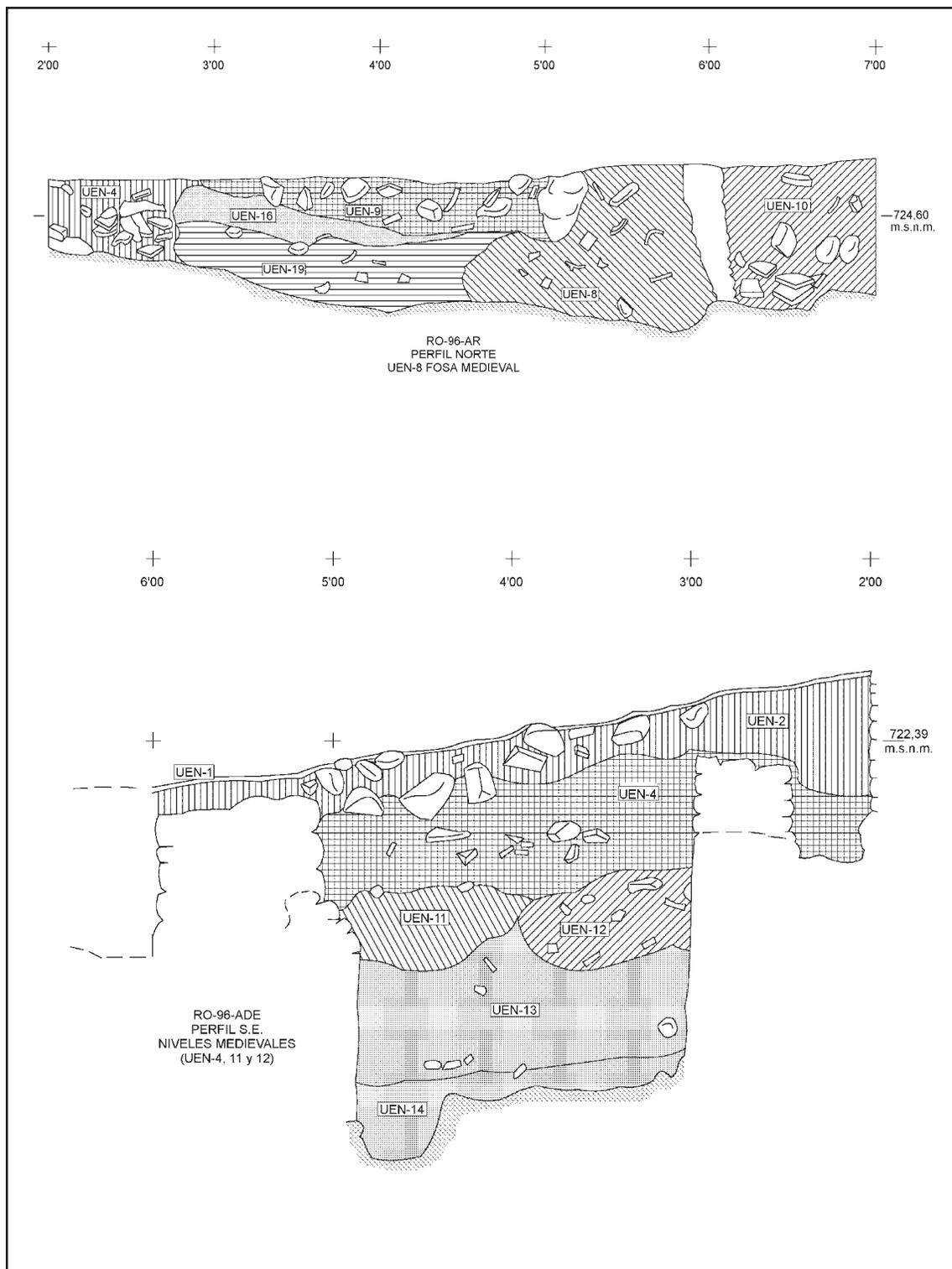


Figura 6

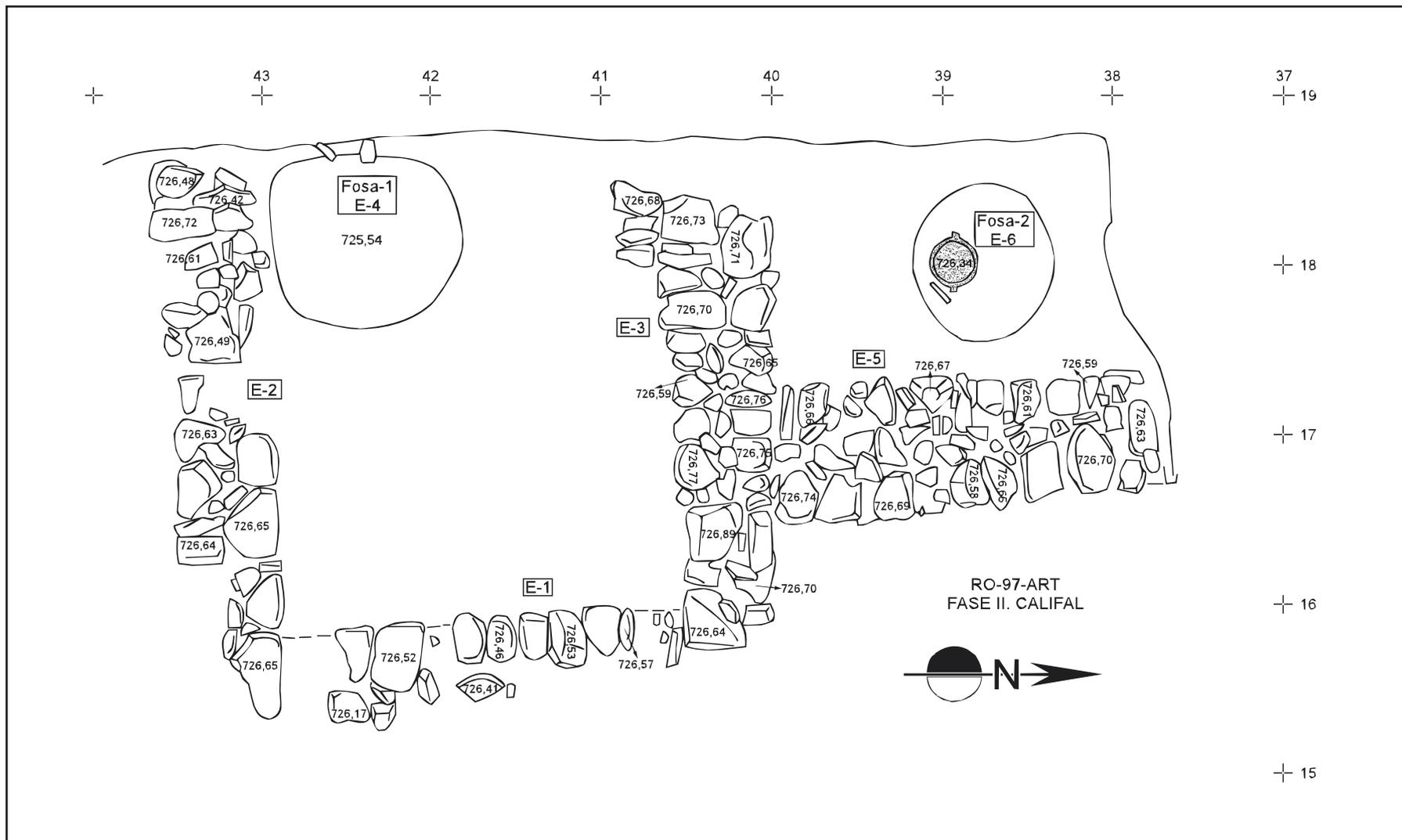


Figura 7 - Estructuras medievales en el solar nº15 de plaza Duquesa de Parcent

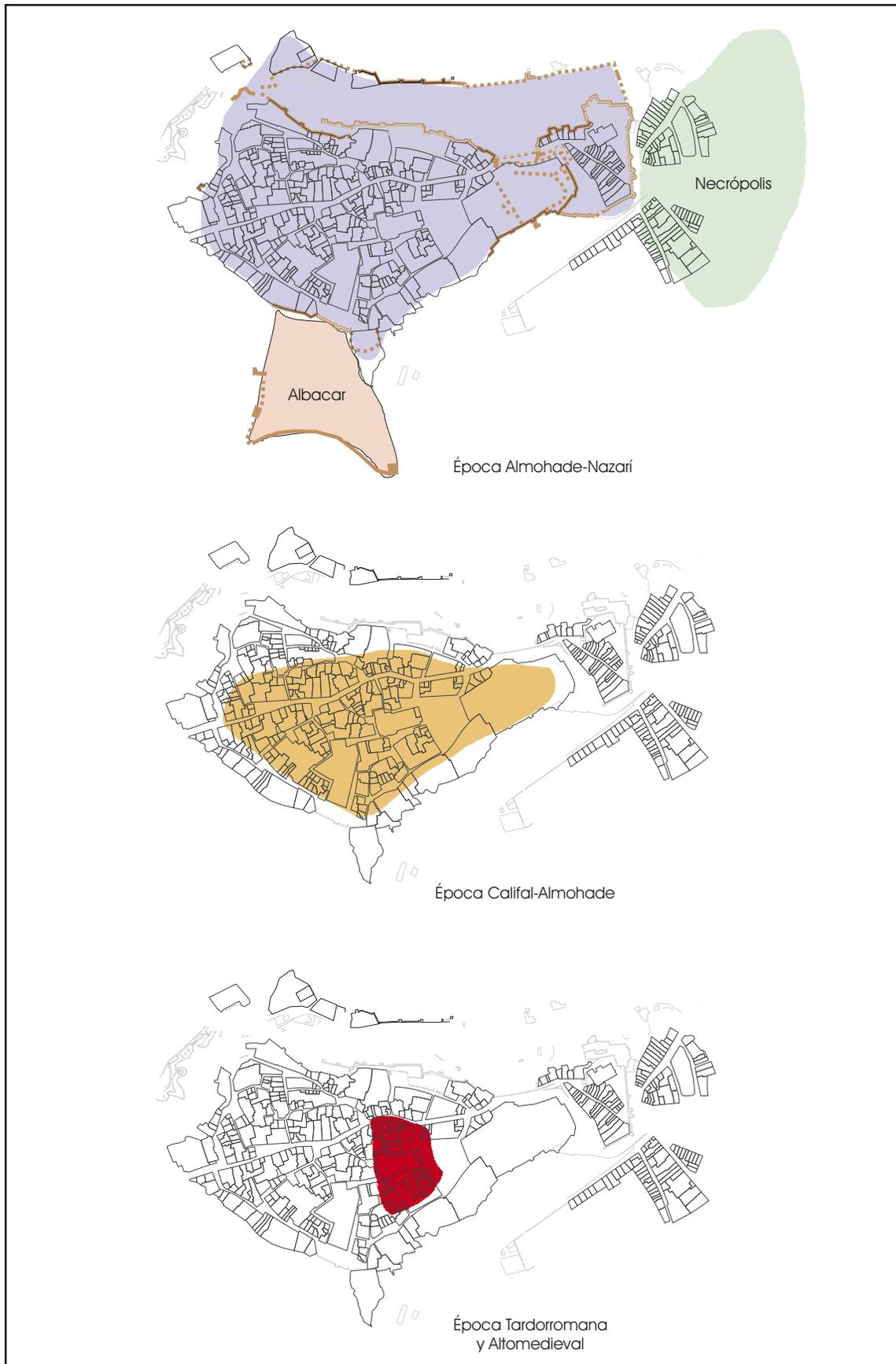


Figura 8 - Evolución urbana de Ronda. Siglos VI-XV

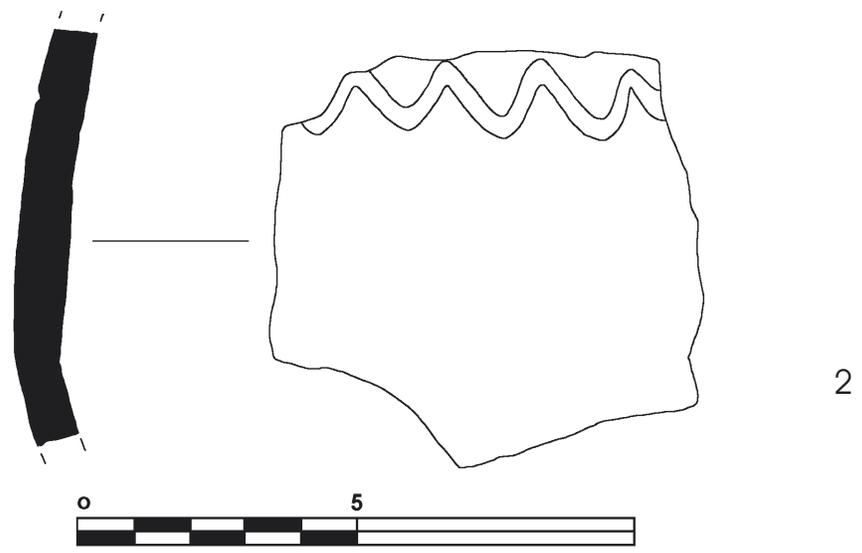
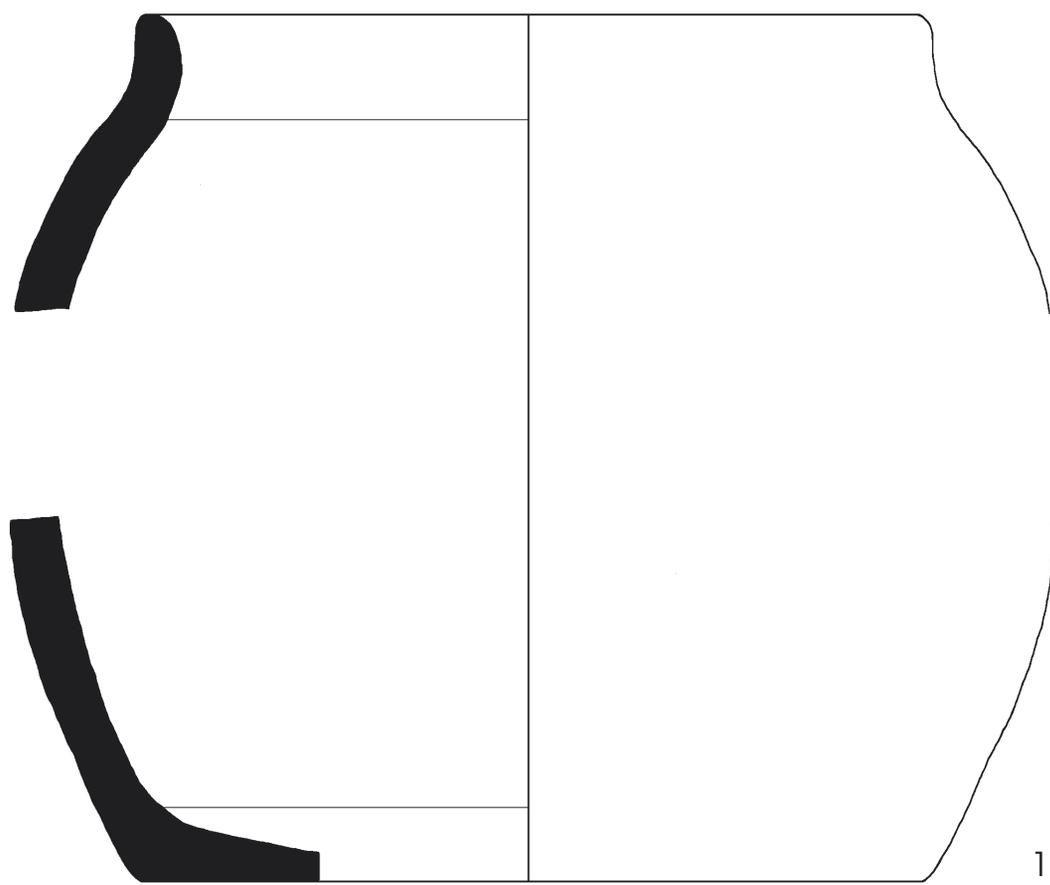


Lámina I

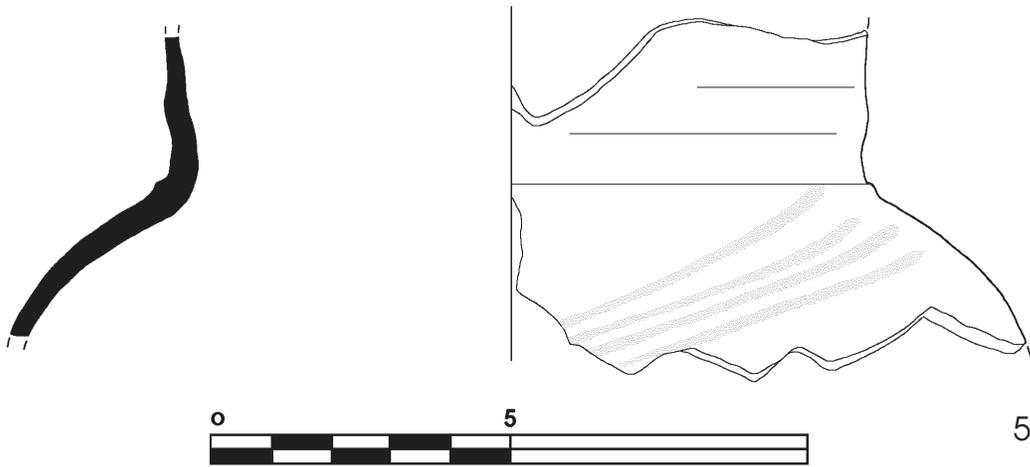
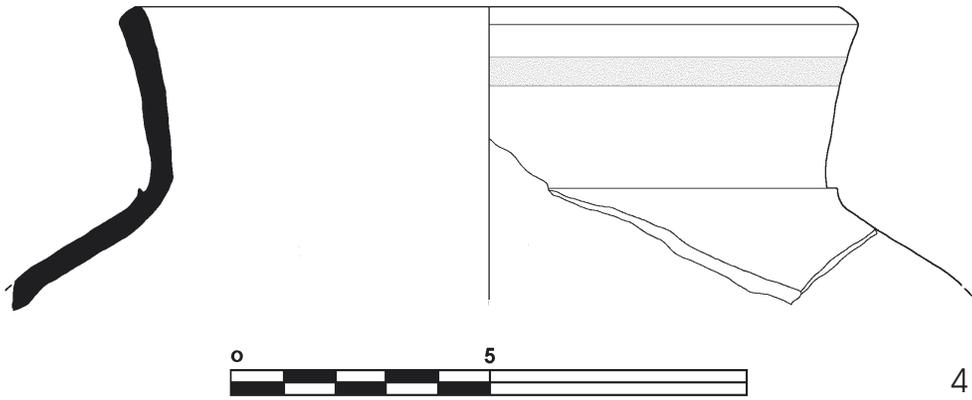
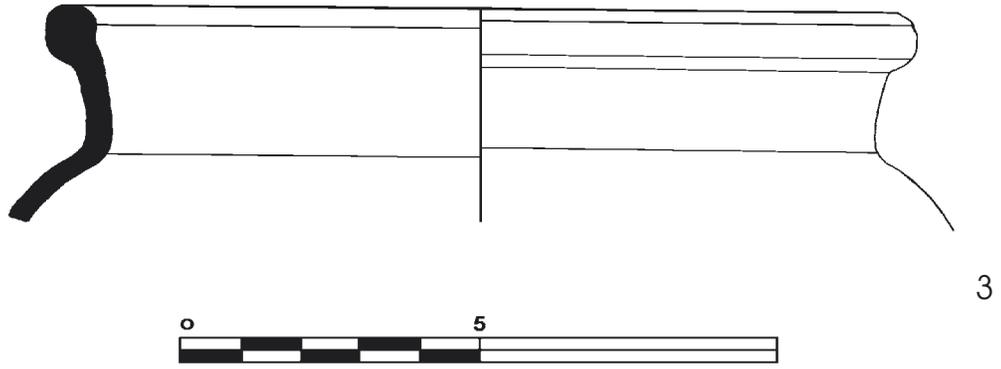


Lámina II

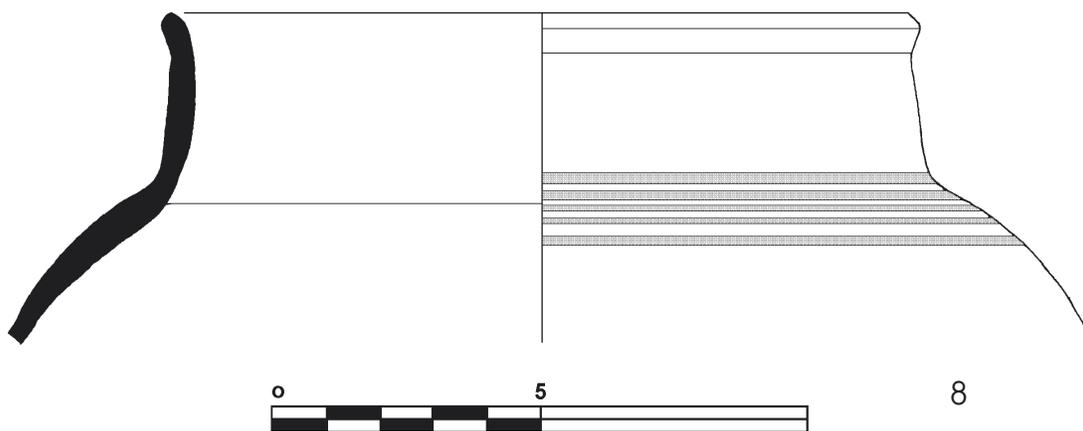
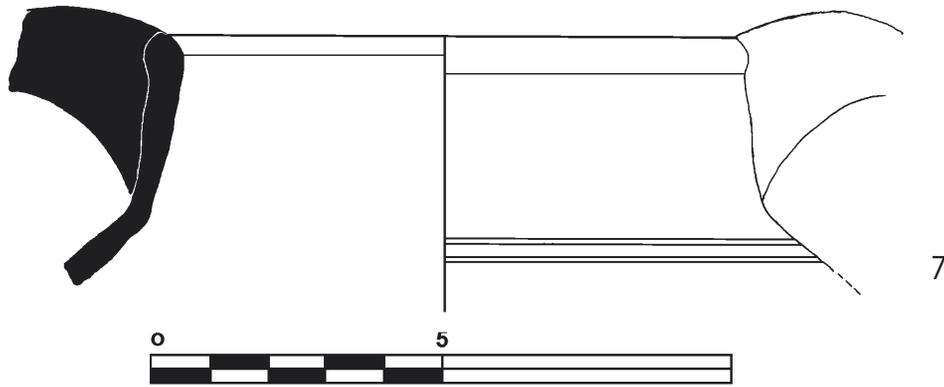
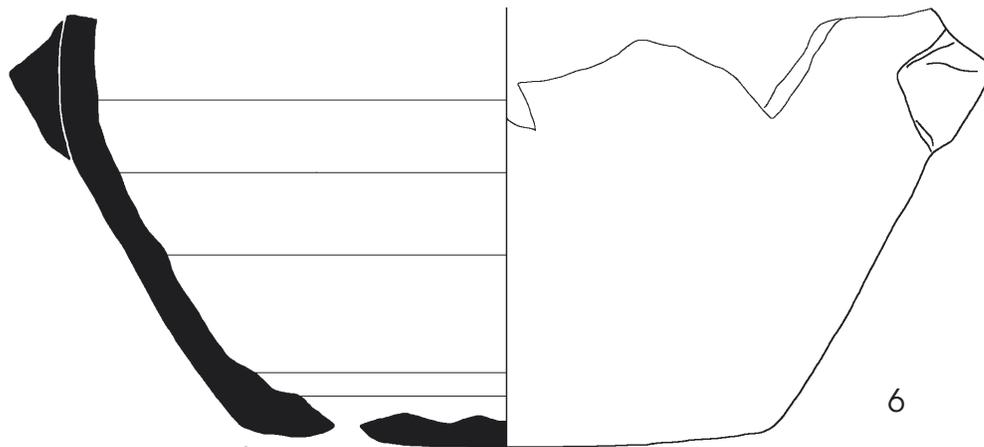


Lámina III

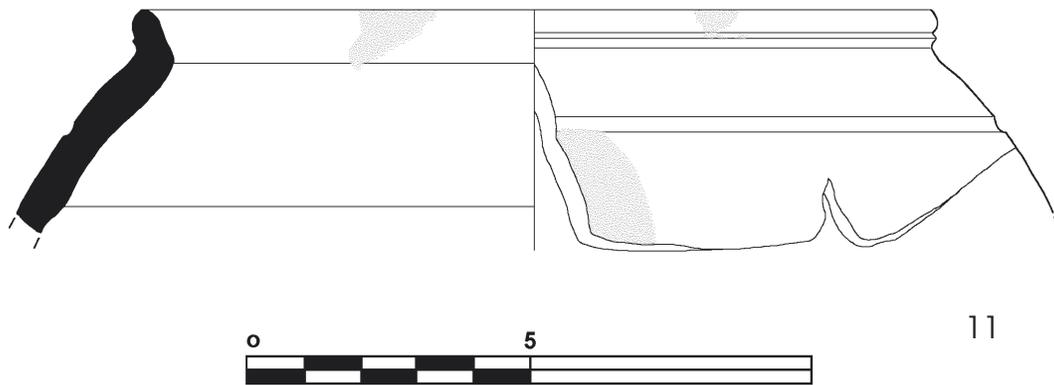
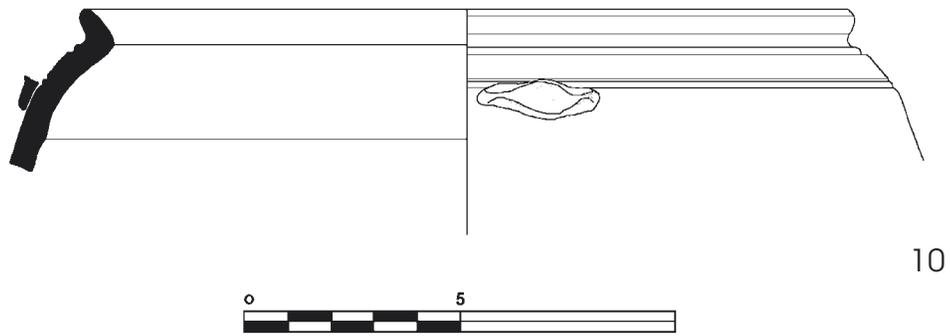
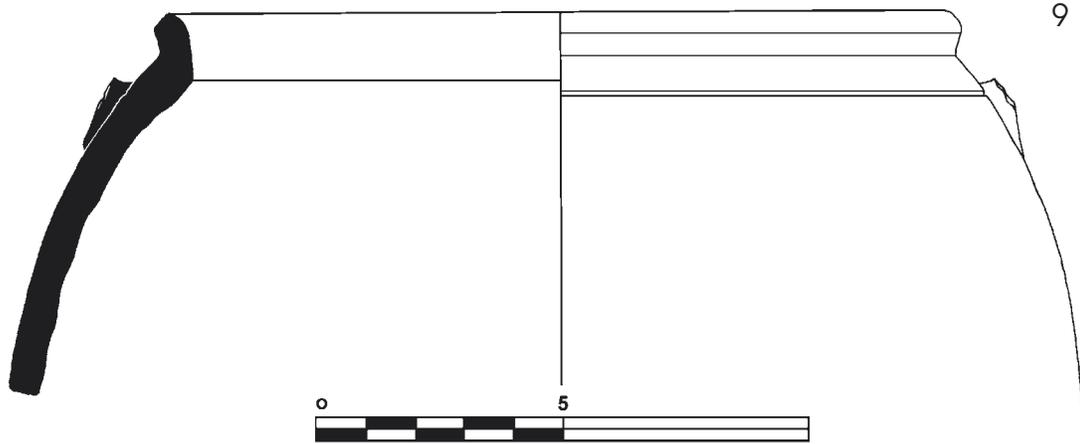


Lámina IV

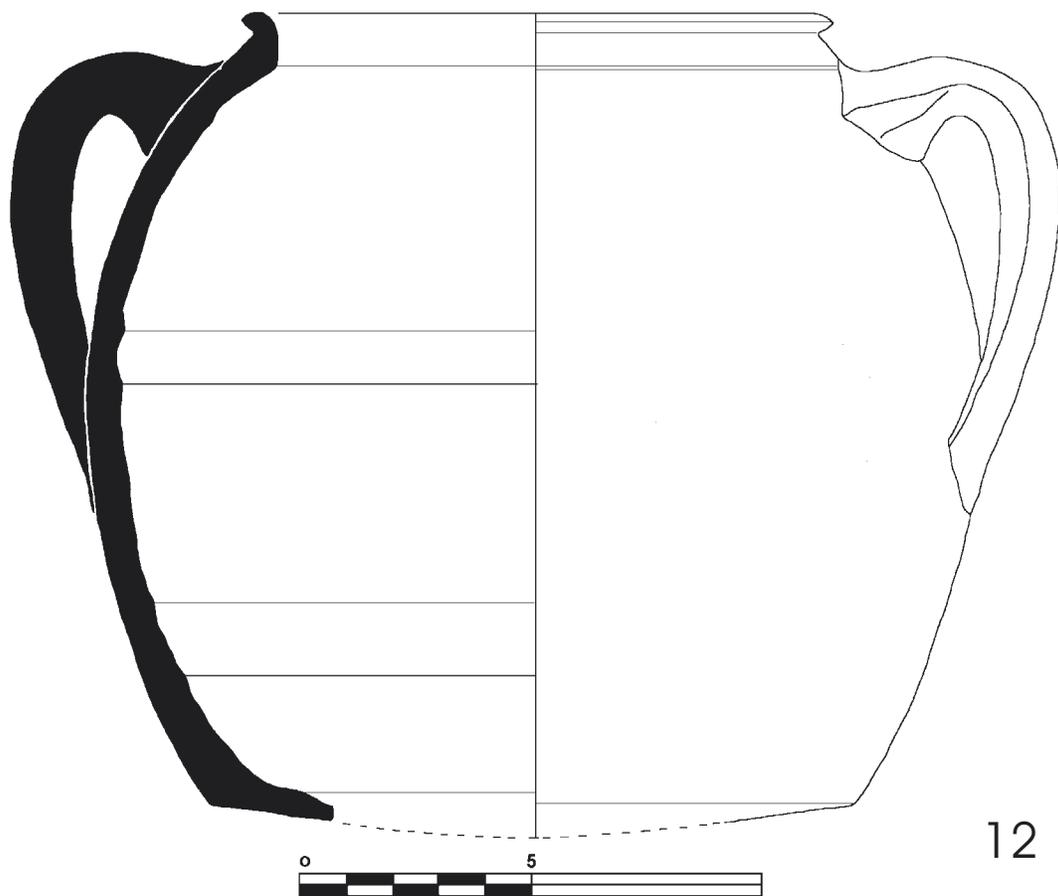


Lámina V

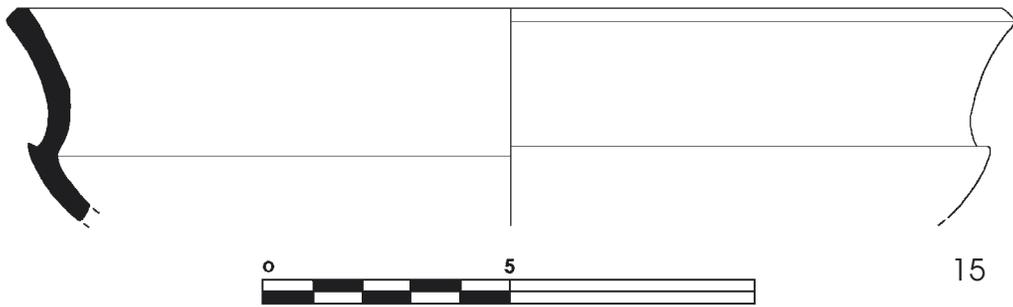
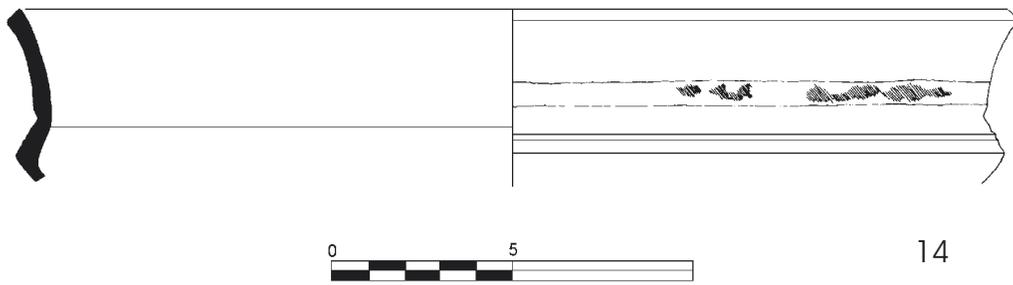
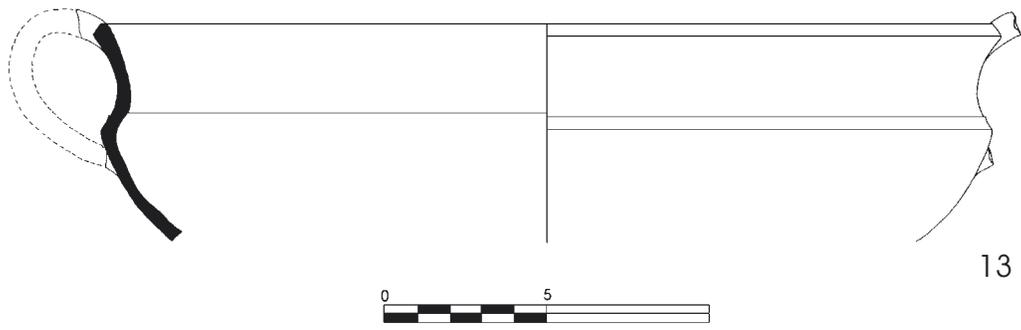


Lámina VI

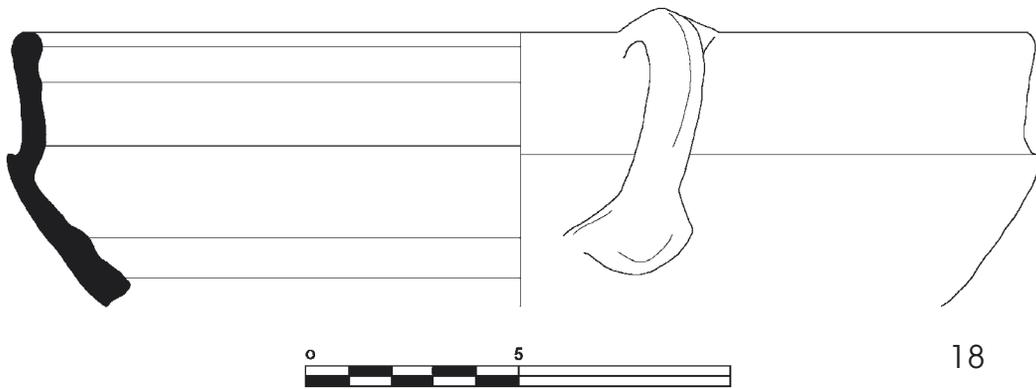
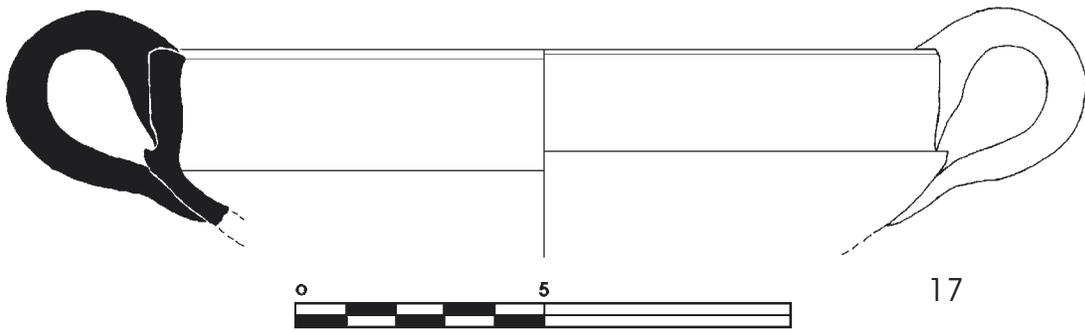
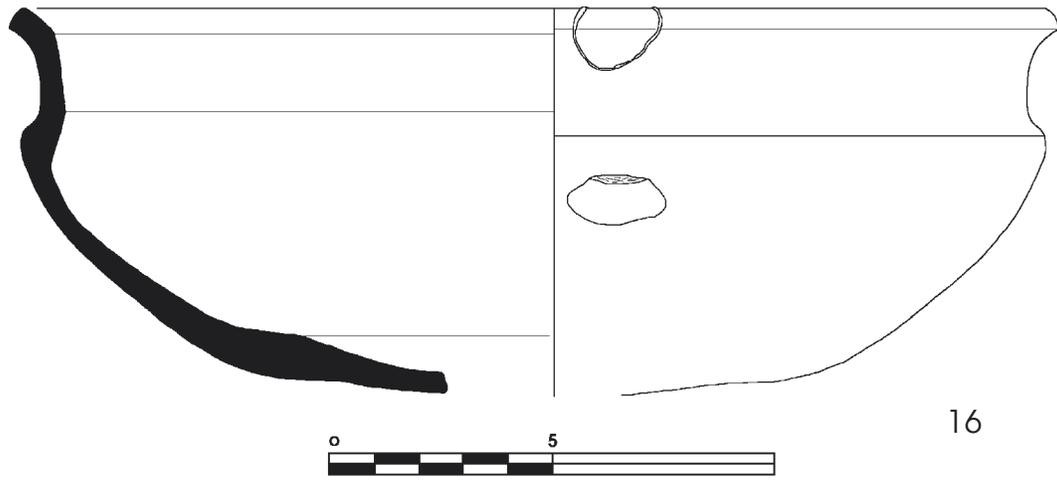


Lámina VII

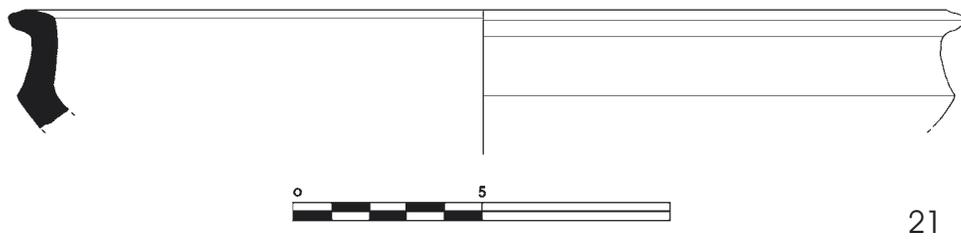
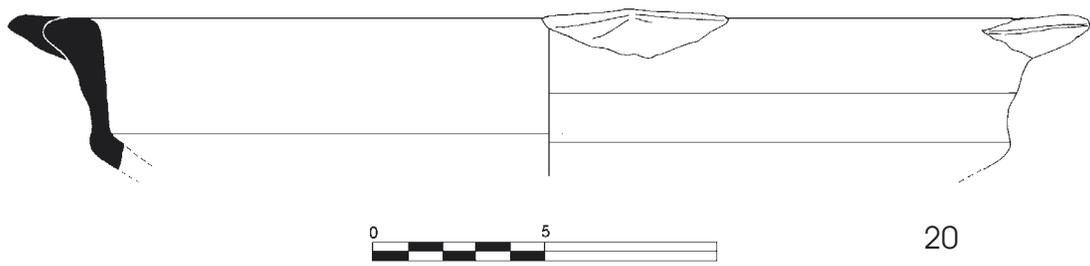
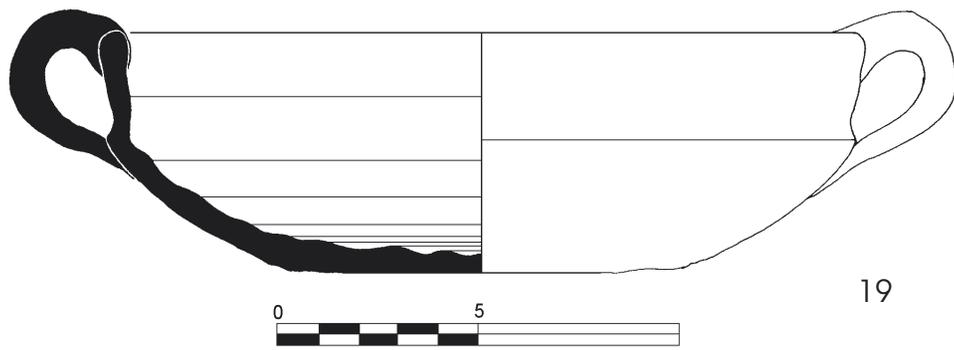
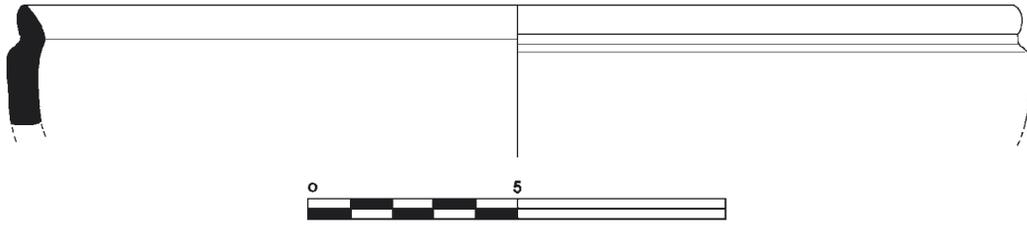


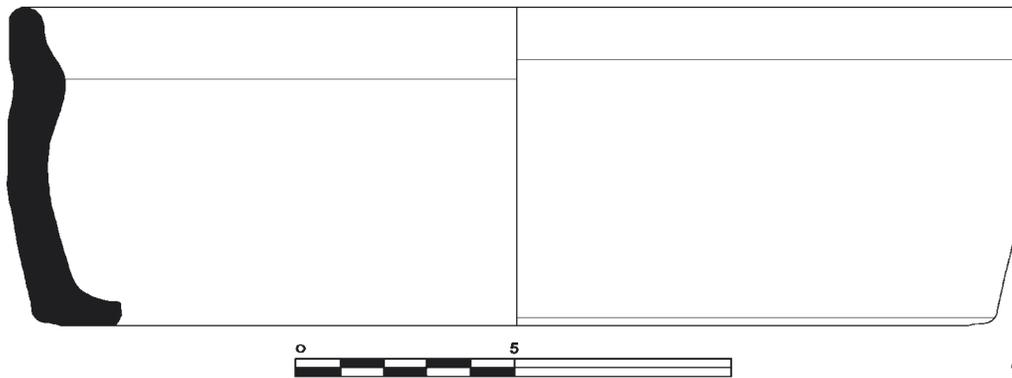
Lámina VIII



22



23



24

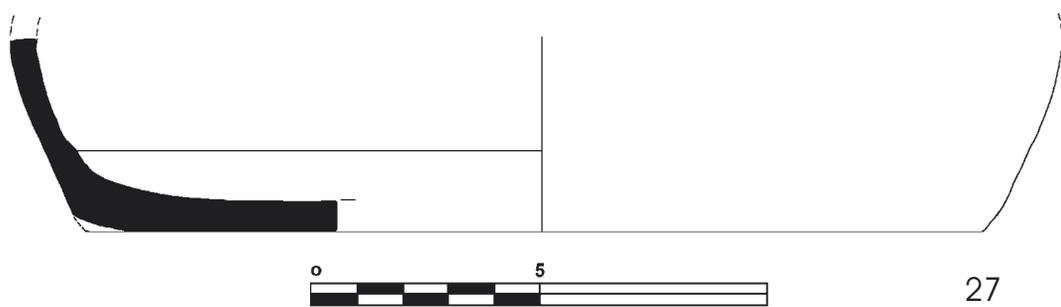
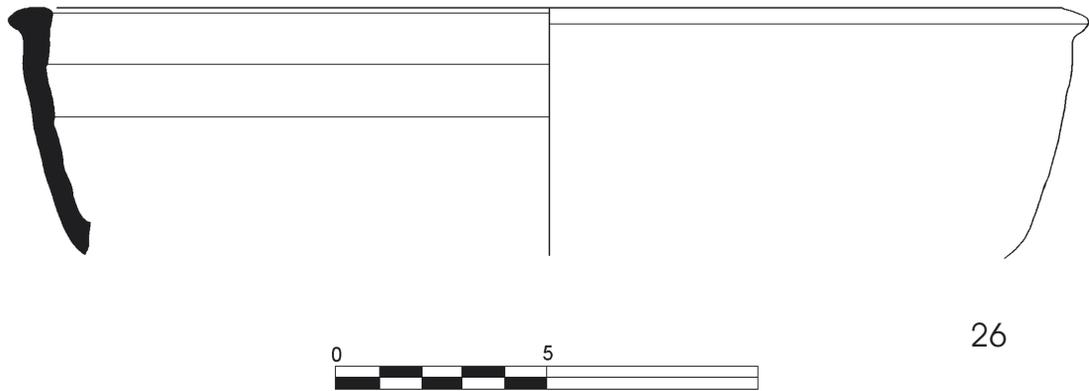
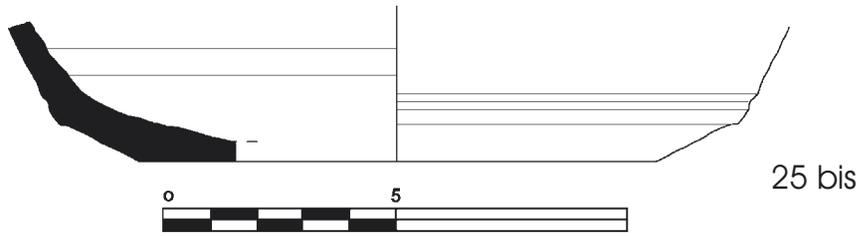
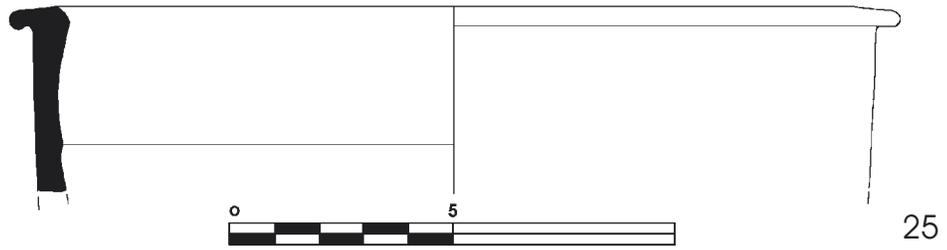


Lámina X

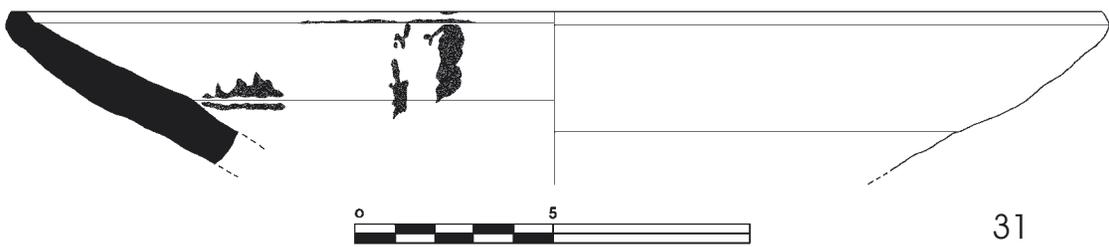
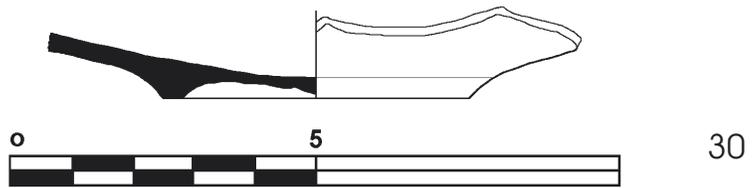
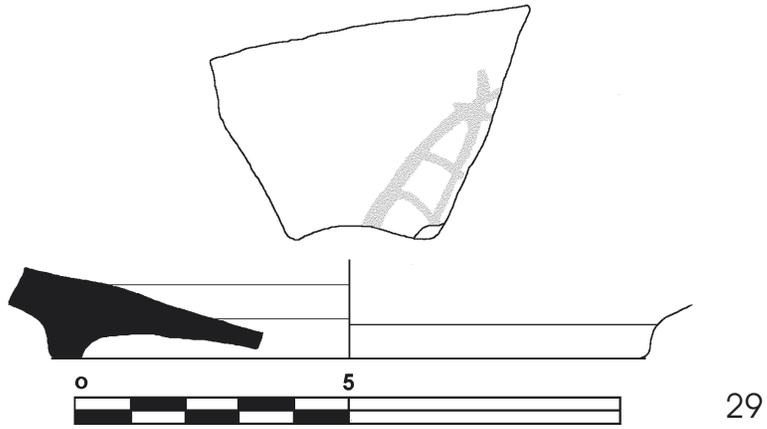
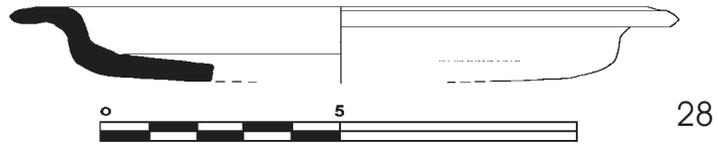


Lámina XI

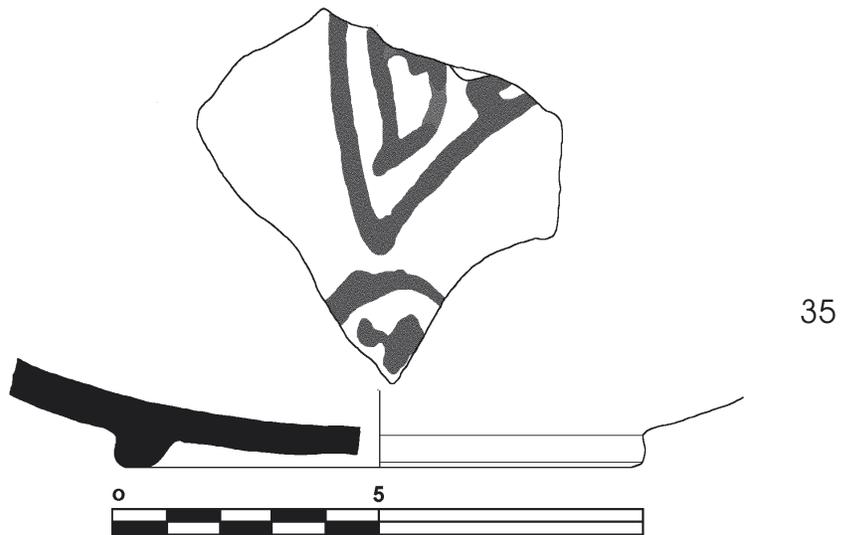
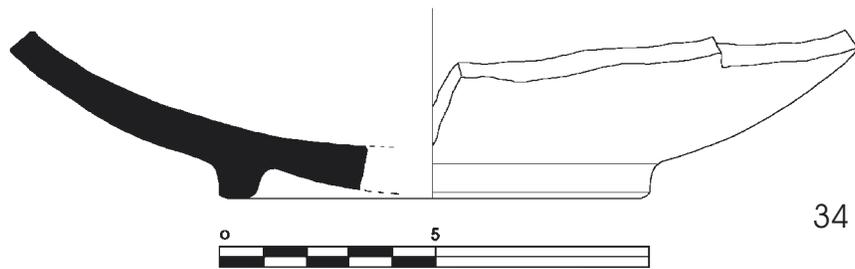
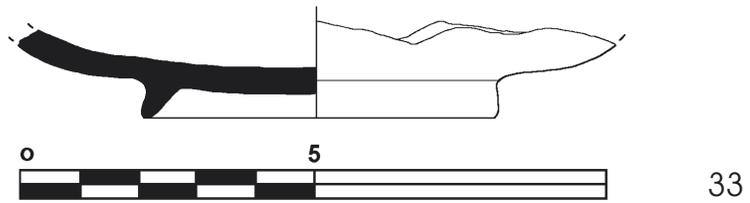
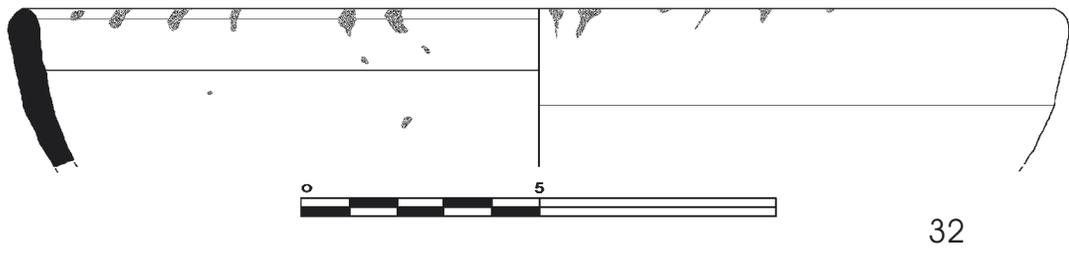


Lámina XII

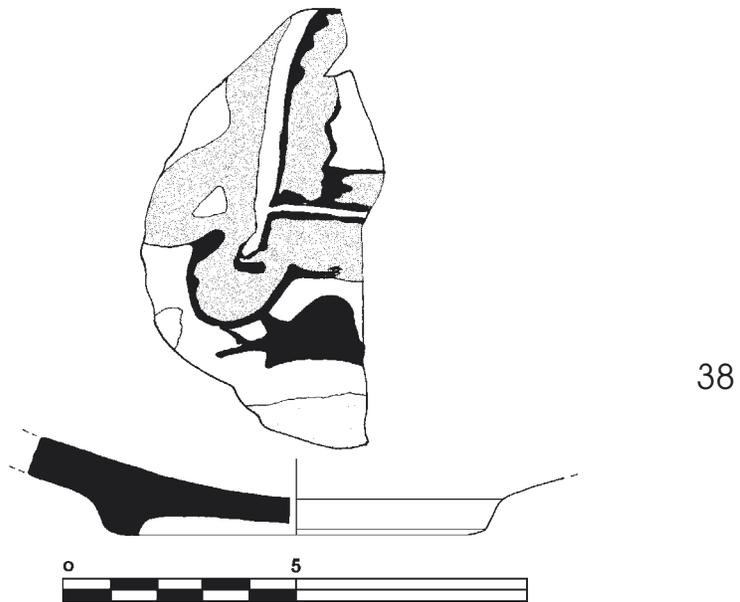
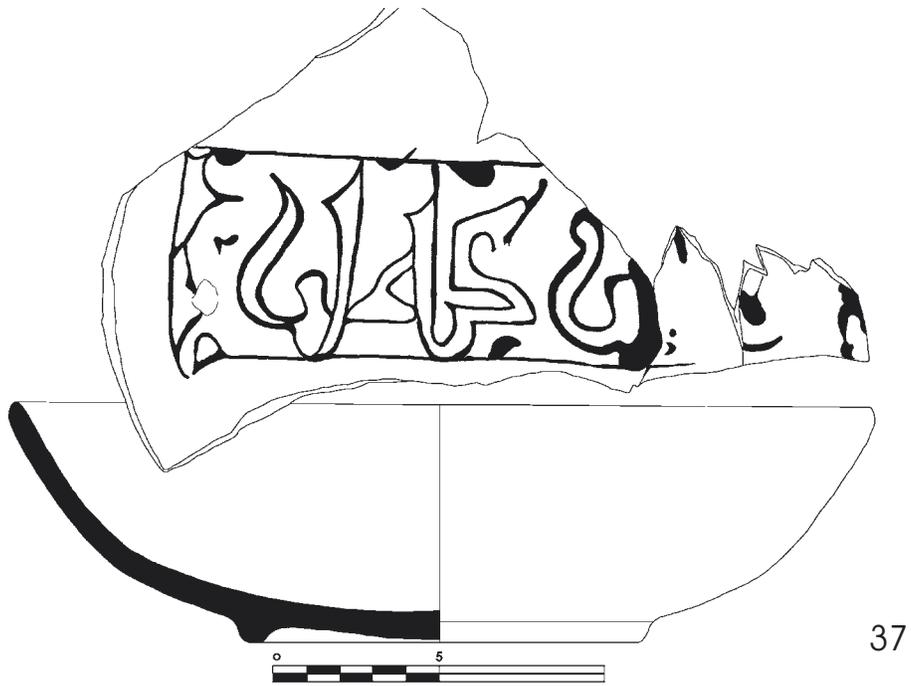
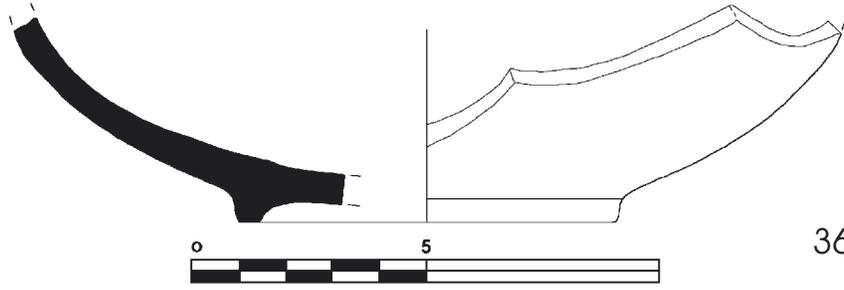


Lámina XIII

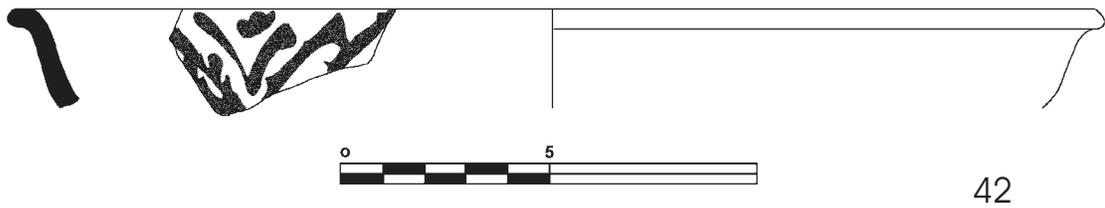
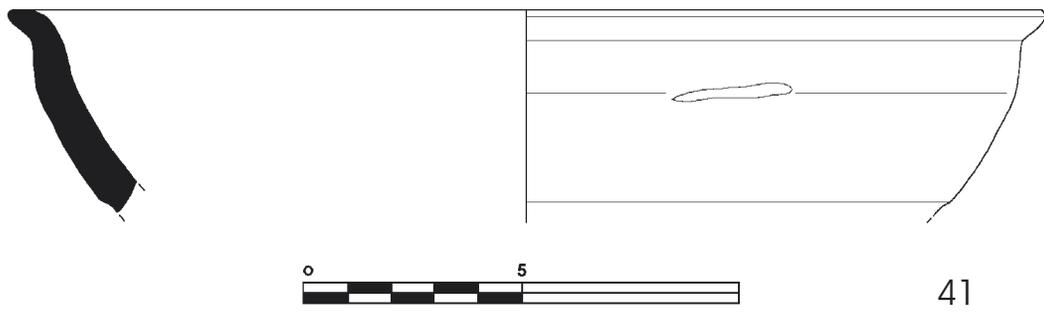
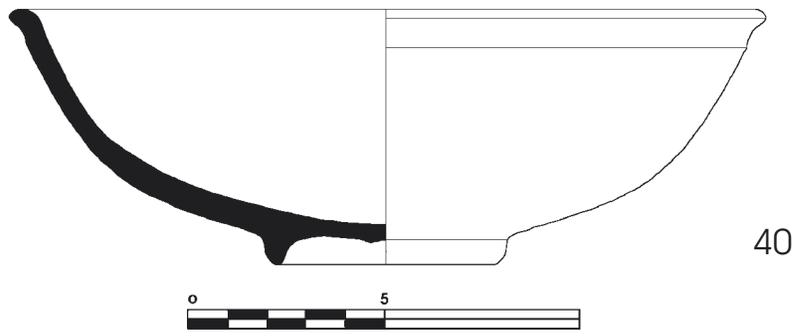
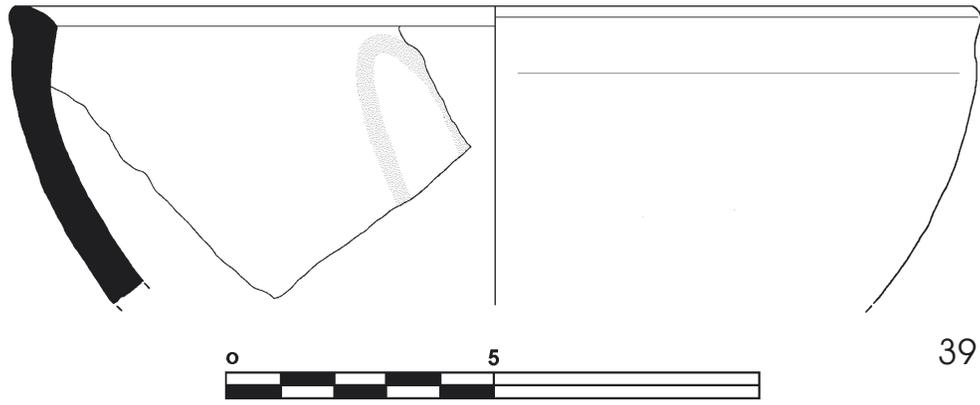


Lámina XIV

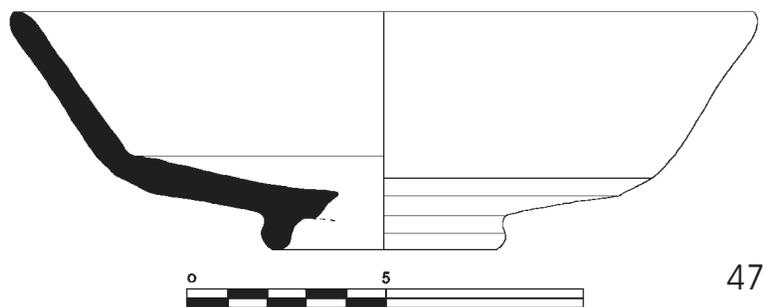
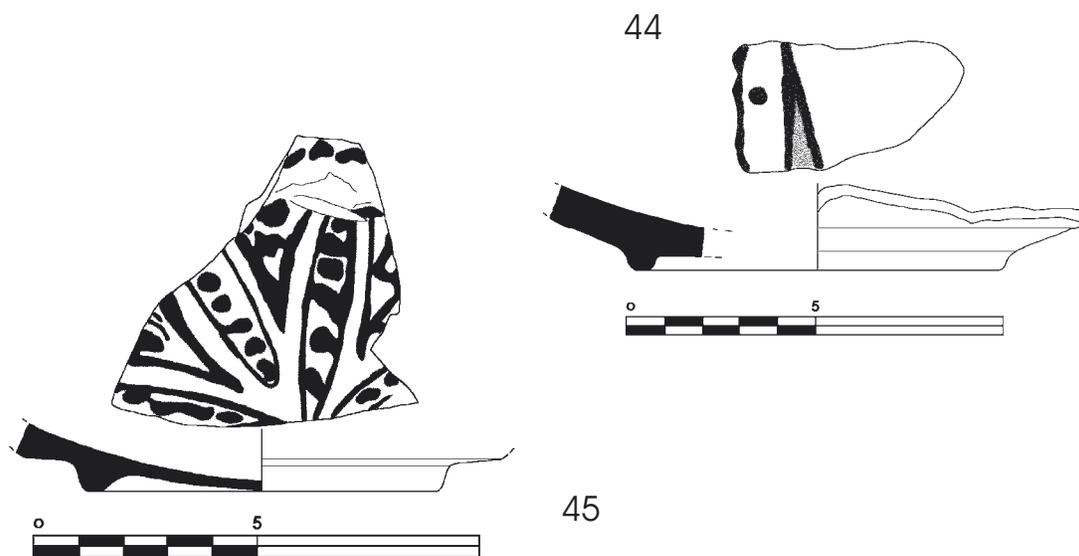
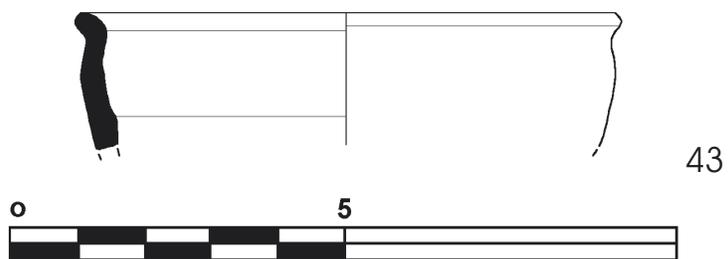
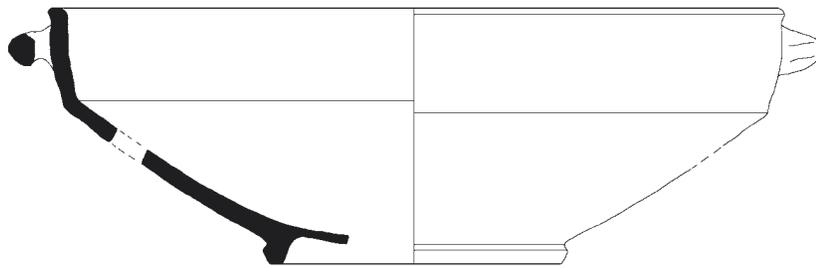
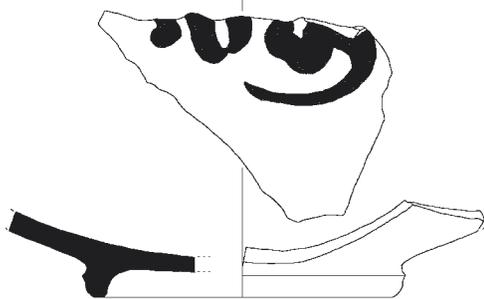


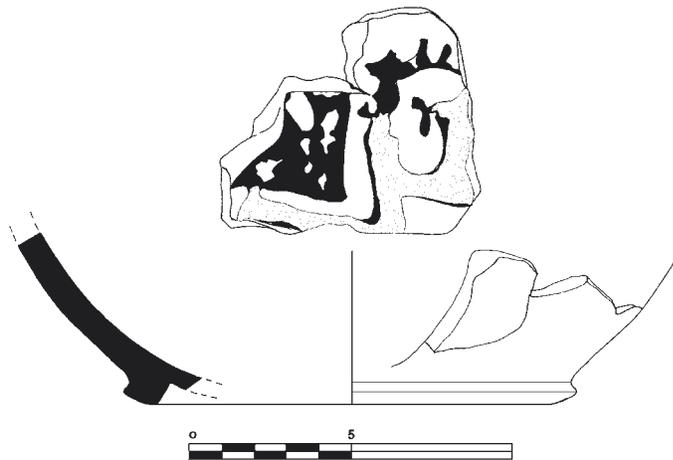
Lámina XV



48



49



50



Lámina XVI

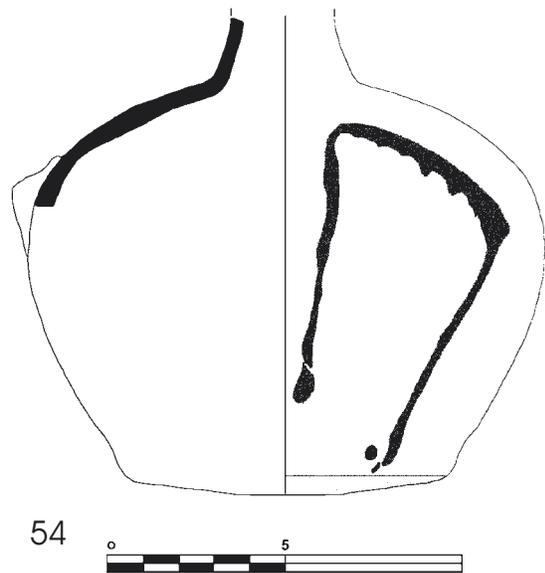
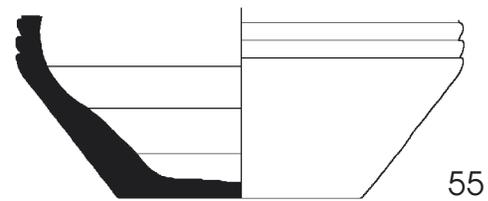
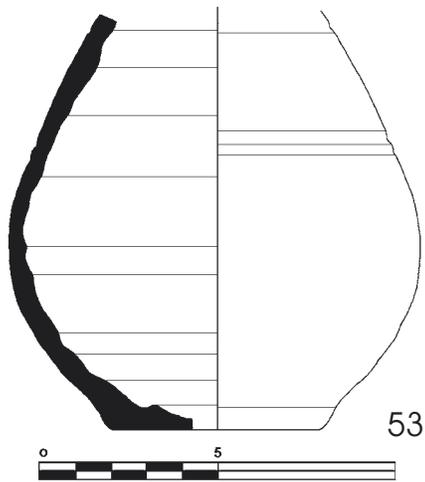
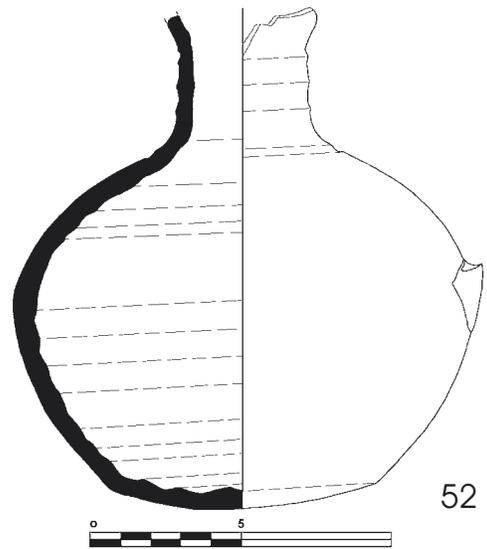
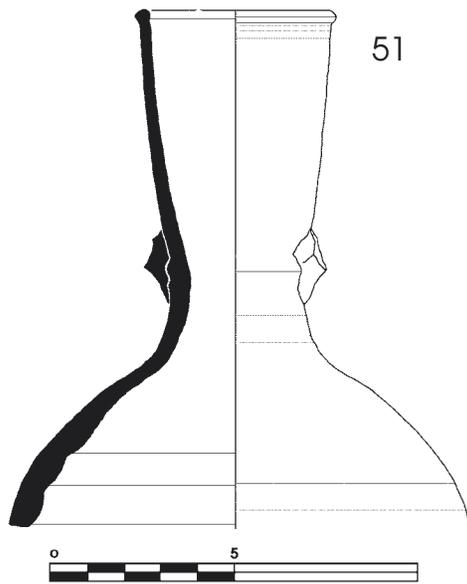


Lámina XVII

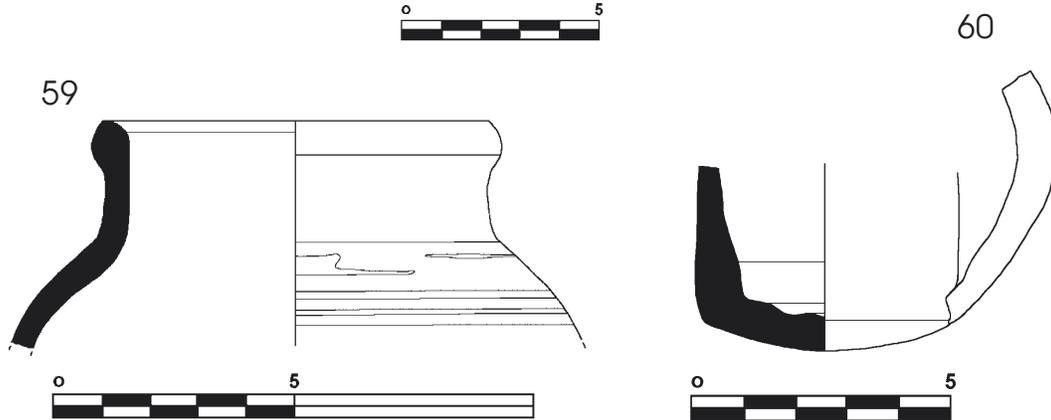
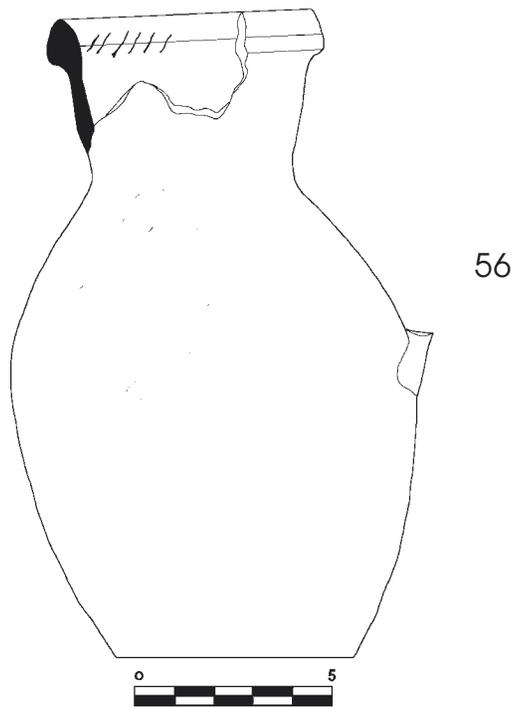
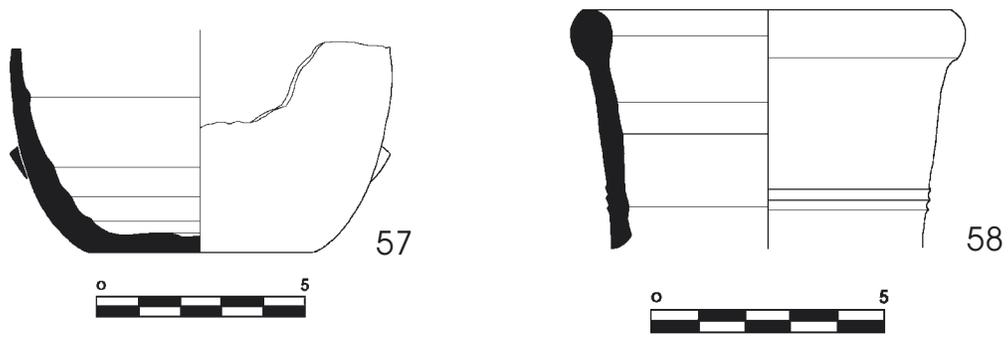


Lámina XVIII

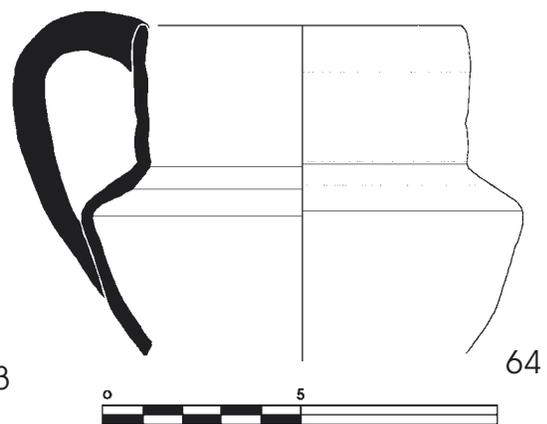
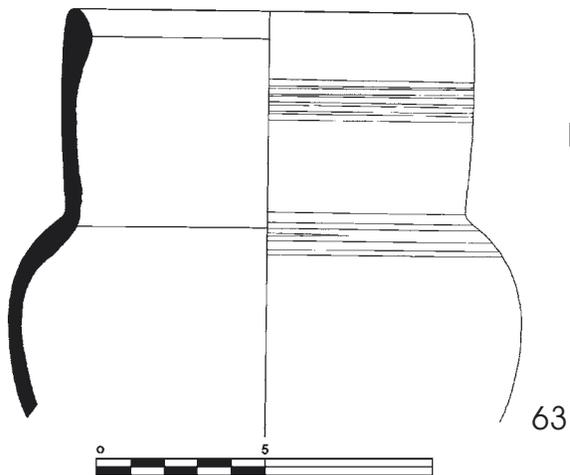
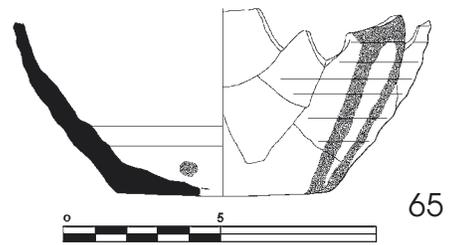
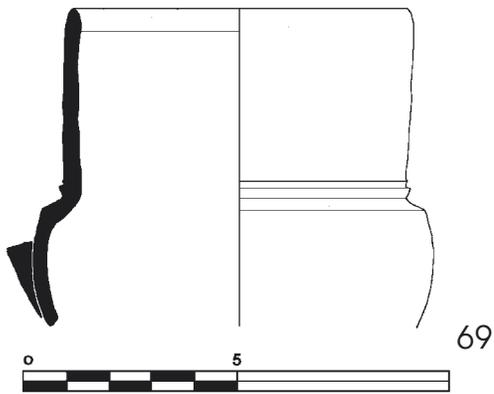
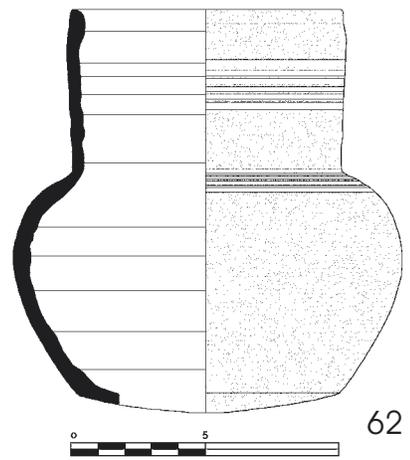
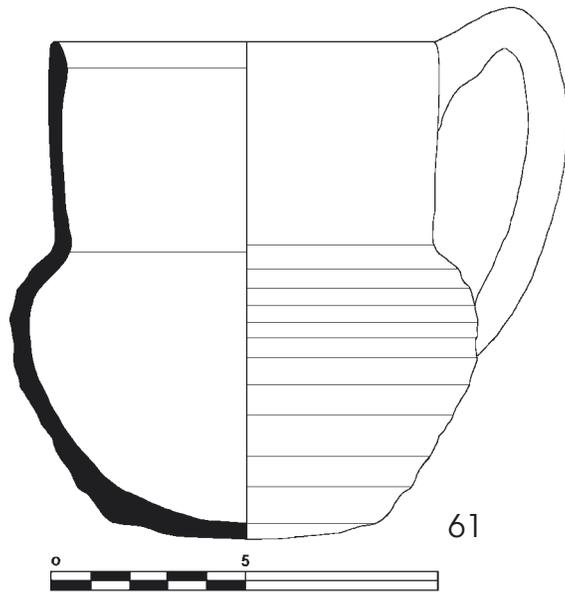


Lámina XIX

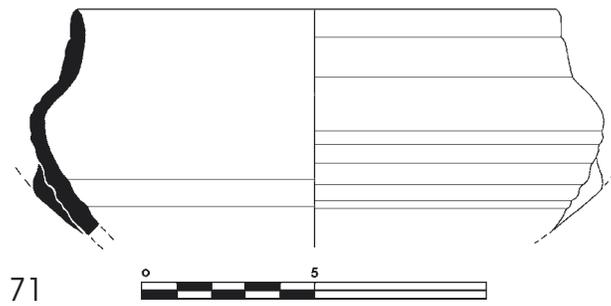
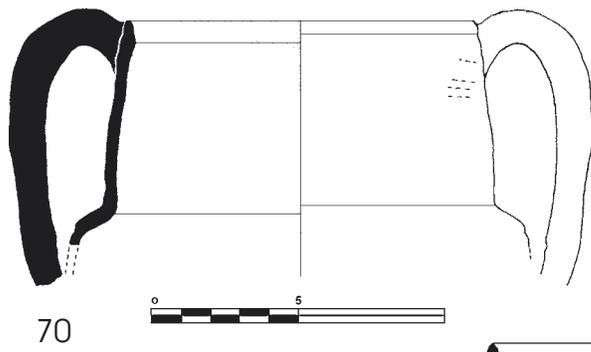
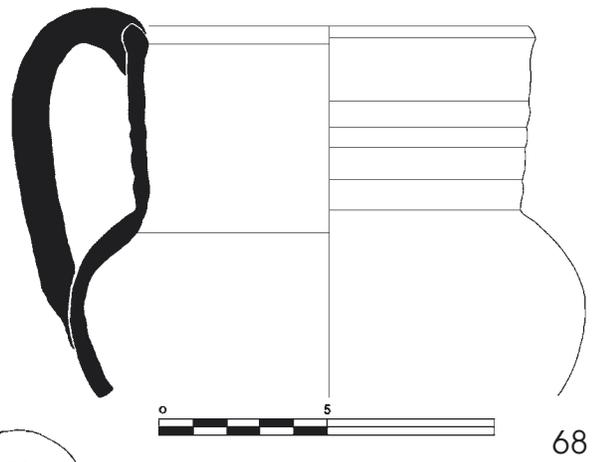
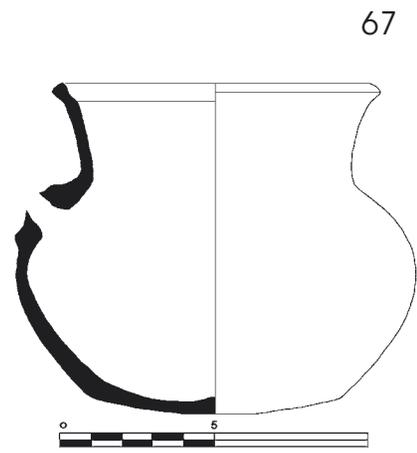
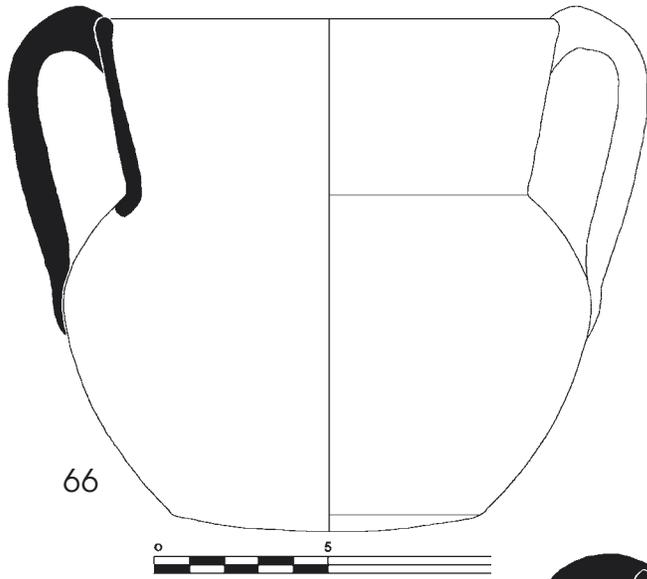


Lámina XX

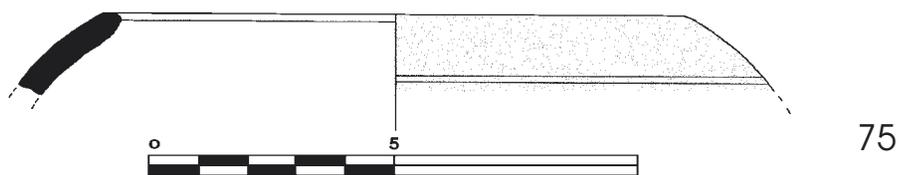
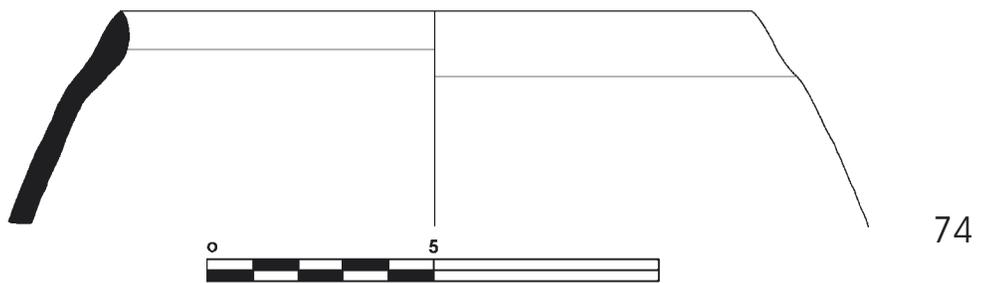
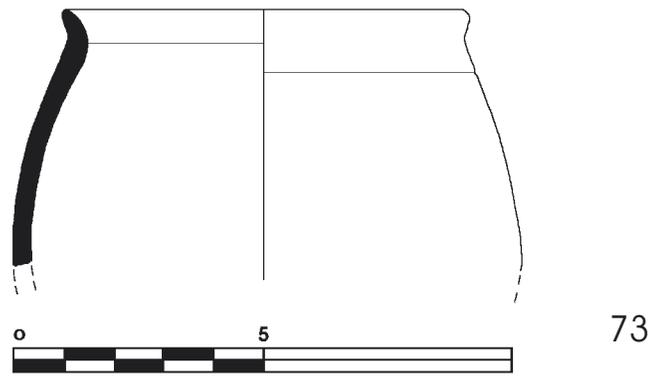
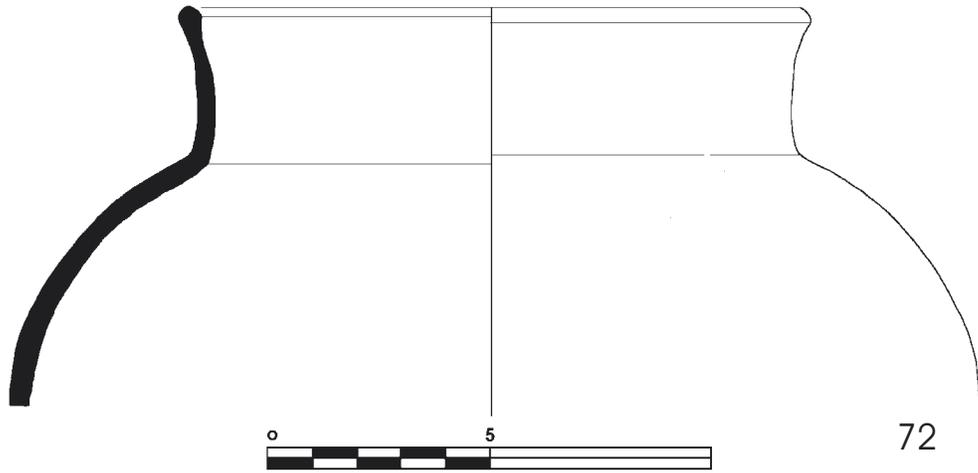


Lámina XXI

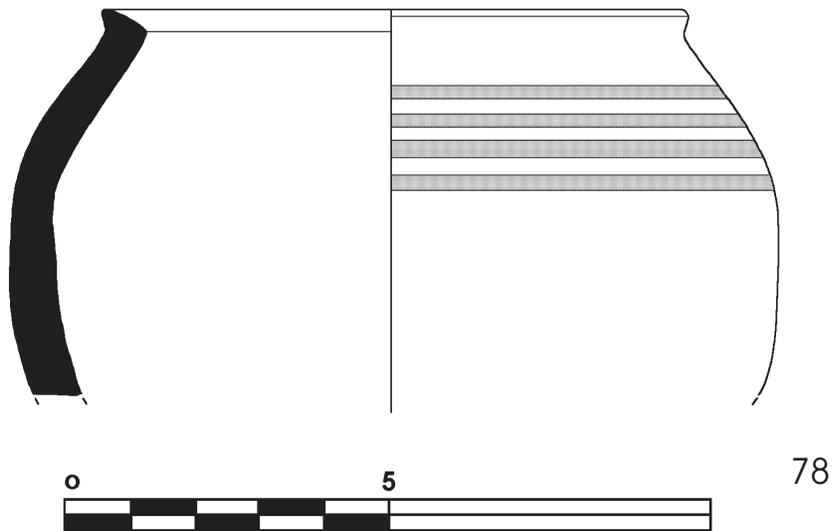
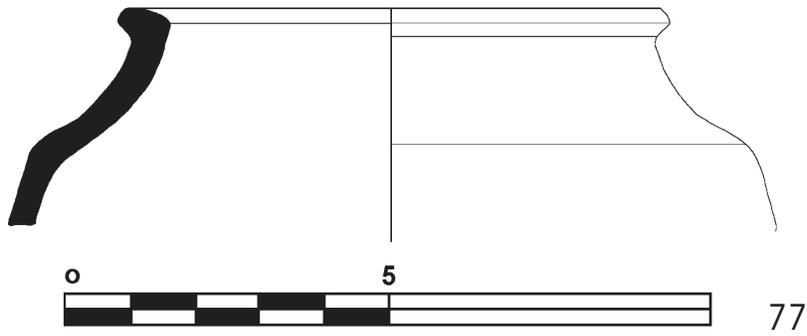
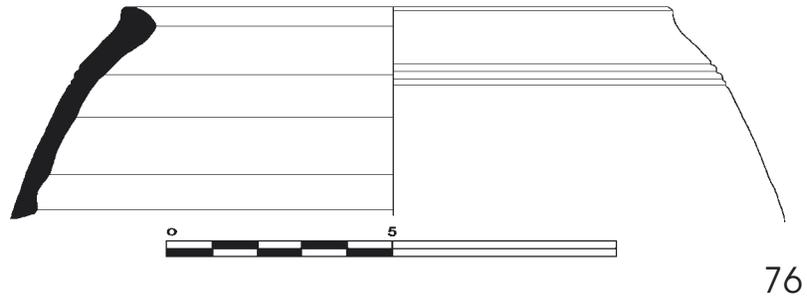
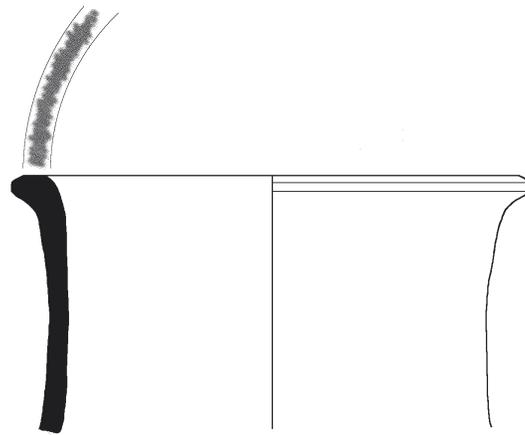


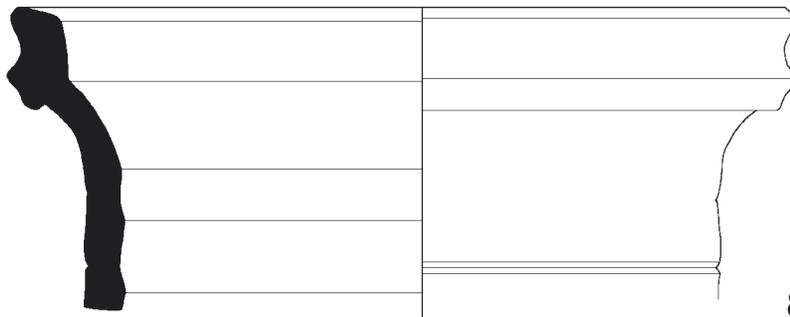
Lámina XXII



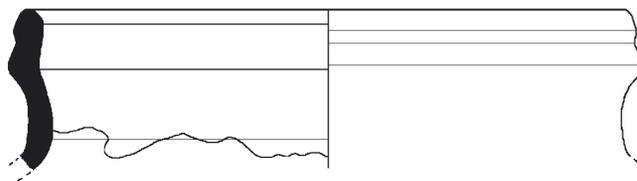
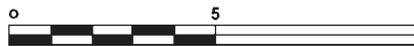
79



80



81



82

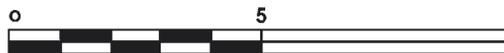


Lámina XXIII

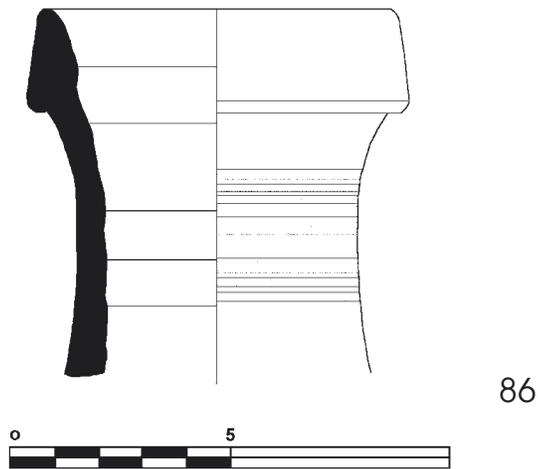
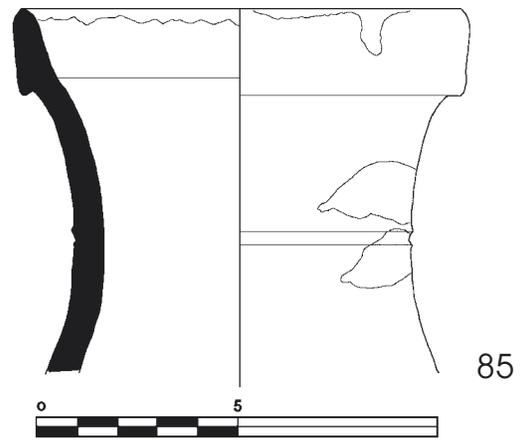
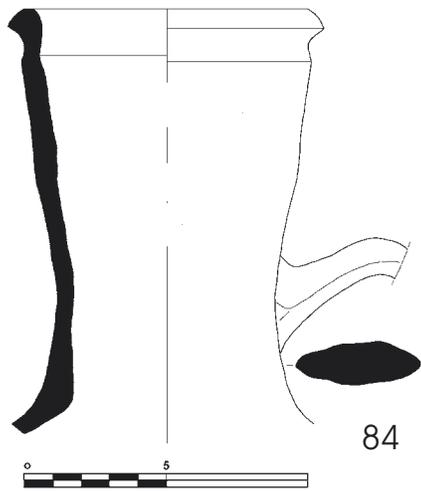
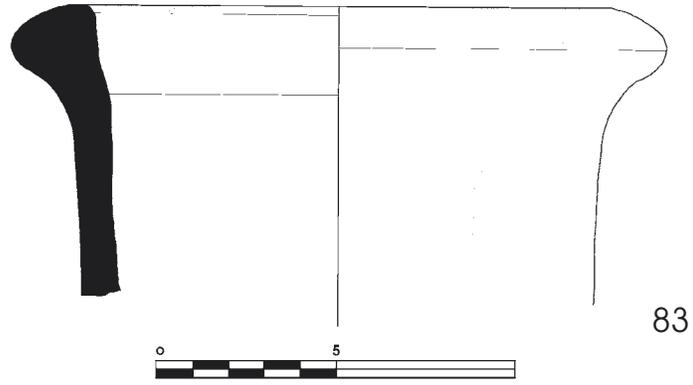
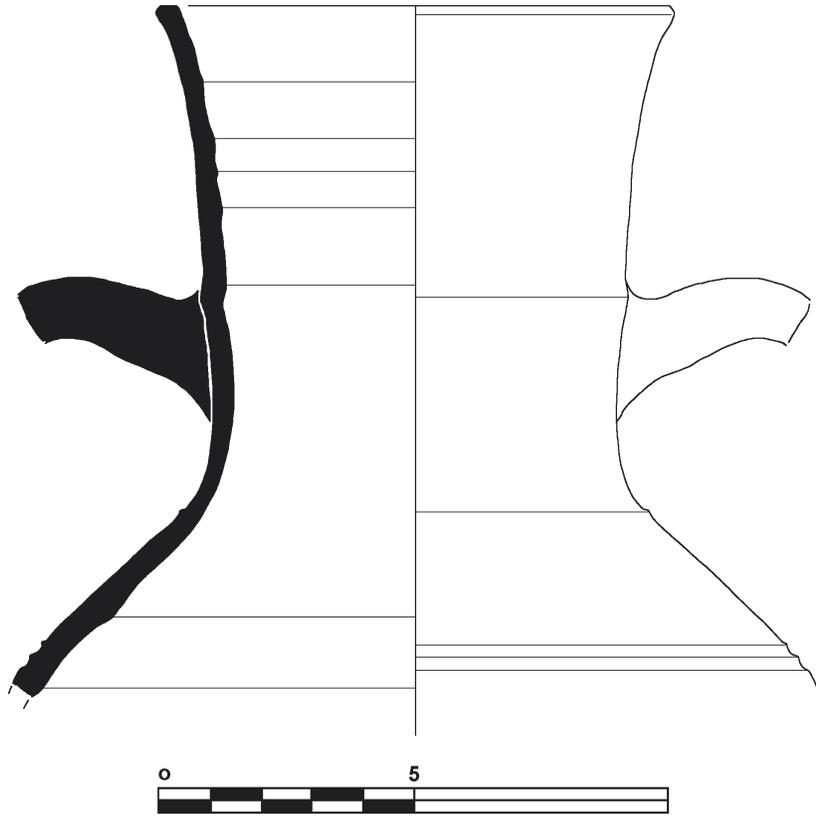
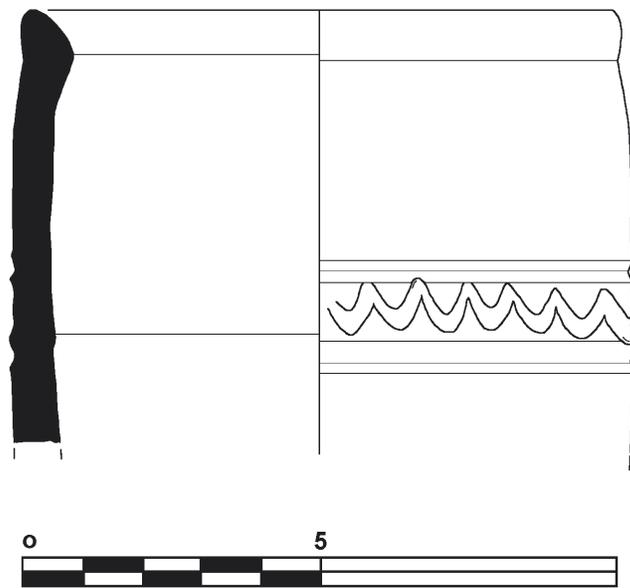


Lámina XXIV

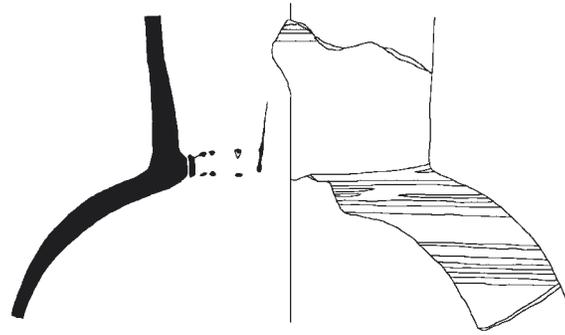


87

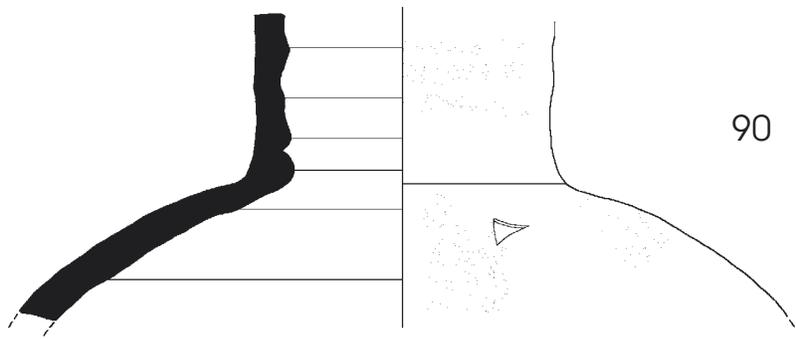
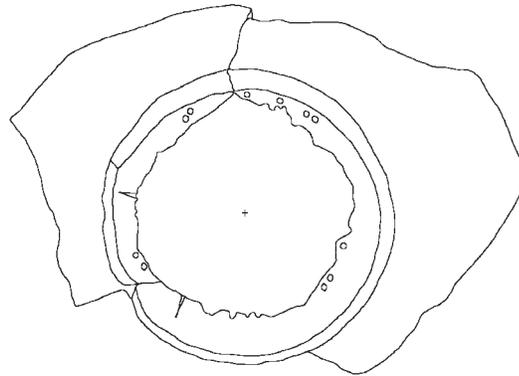


88

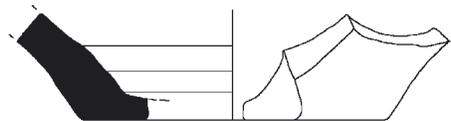
Lámina XXV



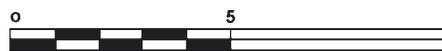
89



90



91



92



Lámina XXVI

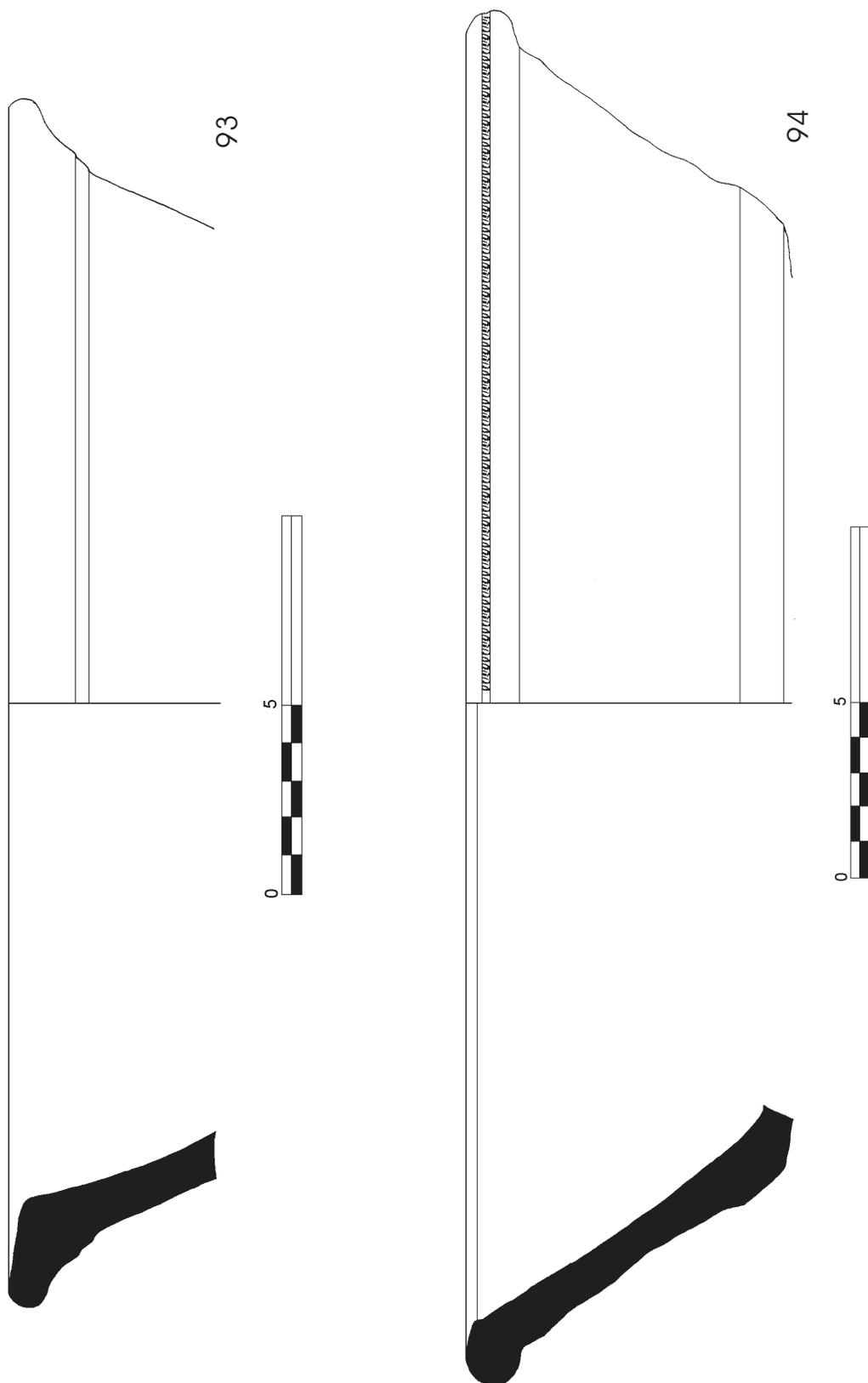


Lámina XXVII

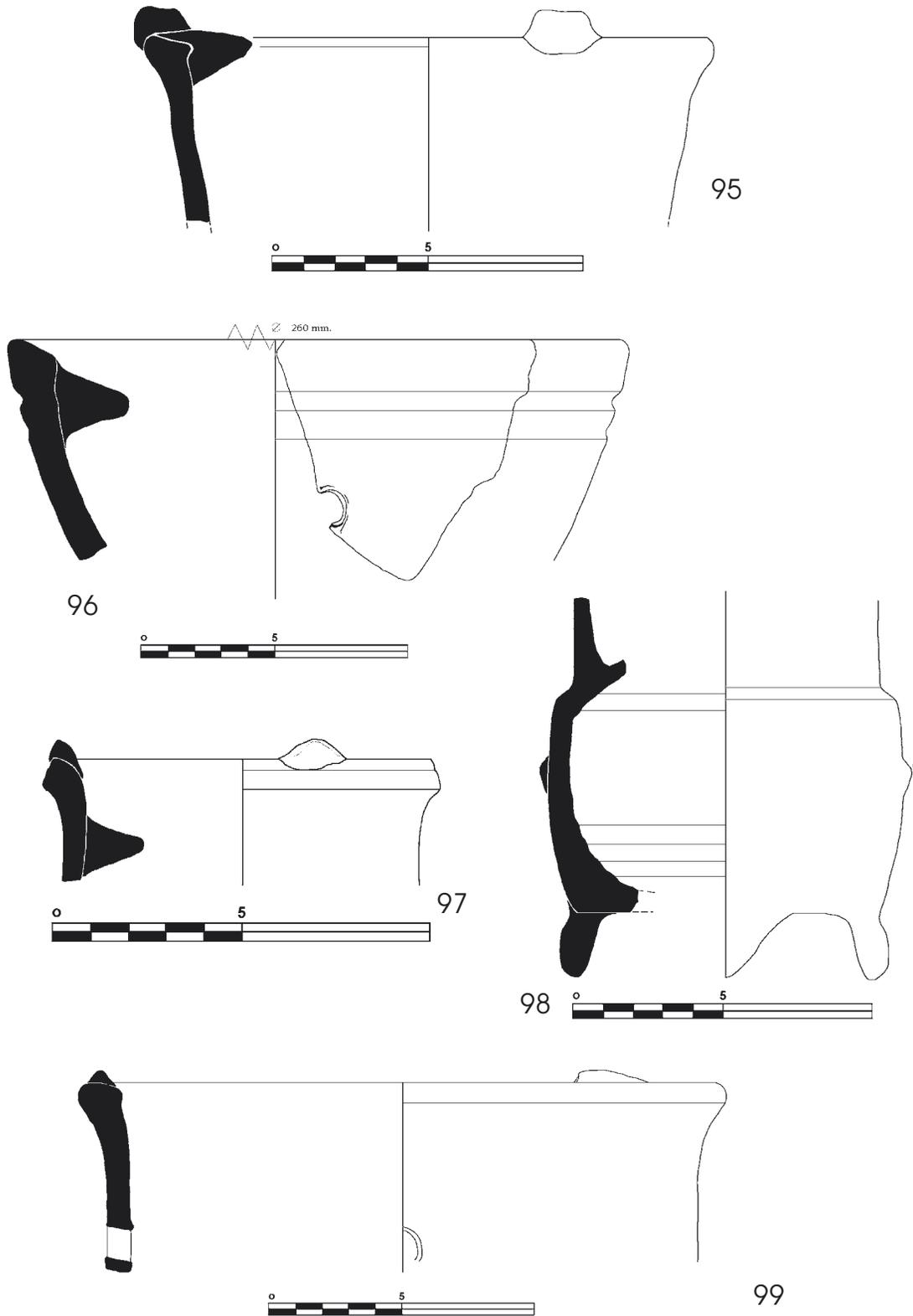
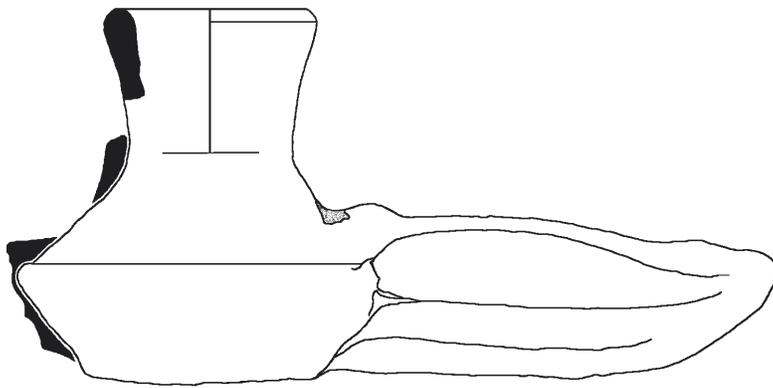
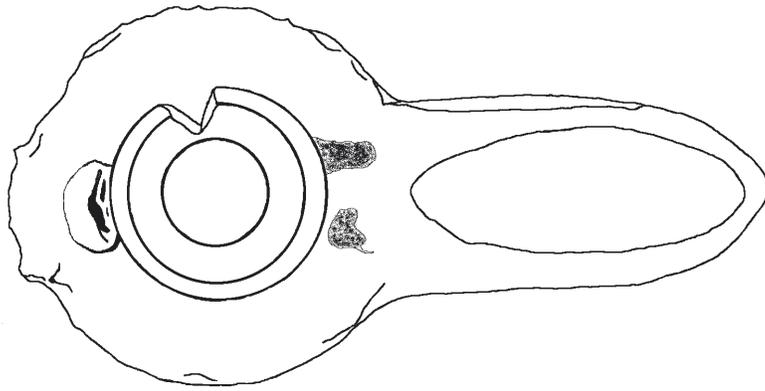
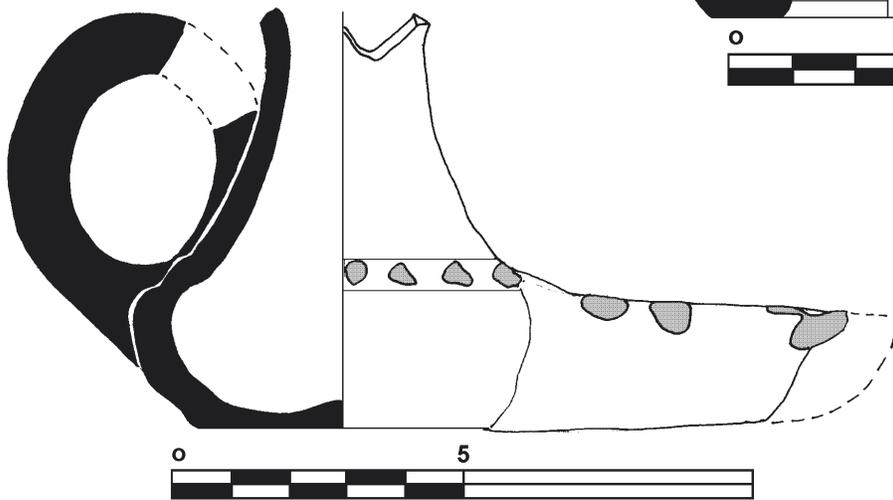
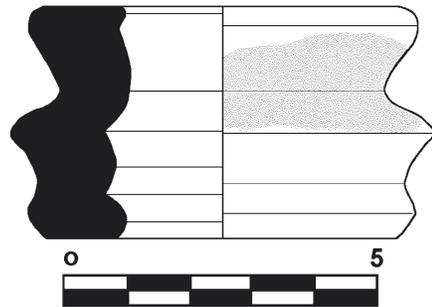


Lámina XXVIII



100

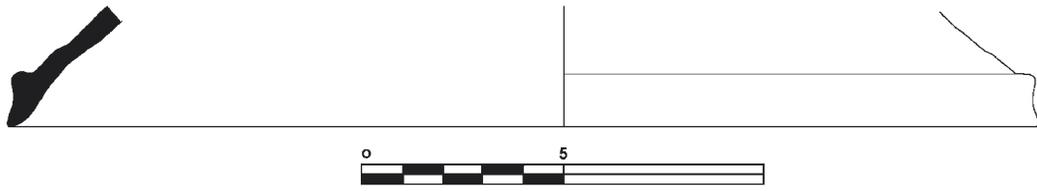
102



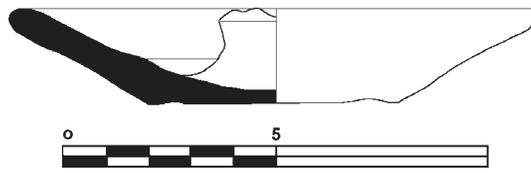
101

Lámina XXIX

103



104



105



106

